

LA ALMONEDA DEL DIABLO.

IMPRENTA DE CRISTÓBAL GONZALEZ.
San Vicente alta, núm. 52.

LA
ALMONEDA DEL DIABLO,

COMEDIA DE MAGIA

EN TRES ACTOS Y UN PRÓLOGO;

ESCRITA POR

DON RAFAEL M. LIERN. y Cerarda

Refundida por su autor
y ejecutada en el teatro del Circo el 16 de Enero de 1864.

SEXTA EDICION.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
calle de San Agustin, 12, 2.º

1864.

PERSONAJES.	ACTORES.
MARIBLANCA.	Doña Josefa Hijosa.
CATALINA..	Balbina Valverde.
FLORINDA..	Concha Alba.
JAZMIN.	Josefa Osorio.
BLASILLO.	Don José Miguel.
LISARDO.	Manuel Osorio.
FUENTESECA.	Enrique Arjona.
MAESE PEDRO.	Juan Lopez Benetti.
REPRESENTANTE..	Natalio Jurdao.
JUAN..	Manuel Castelló.
RAPIÑA.	Enrique Martinez.
CRIADO.	Manuel Vera.
PREGONERO 1.º.	José Bullon.
IDEM 2.º.	Juan Riquero.
ALDEANO 1.º.	José Diez.
IDEM 2.º..	Juan Reig.
ESTUDIANTE 1.º.	N. N.
IDEM 2.º	N. N.
UNA MUJER..	Doña Inocencia Lopez.

ALDEANOS DE AMBOS SEXOS, CRIADOS, LACAYOS, ALGUACILES, UN EJÉRCITO DE MONOS, HADAS, NINFAS, ODALISCAS, BRUJAS, HABITANTES DE JÁUJA, HABITANTES DEL TEMPLO DE LA FELICIDAD, NEGROS, ETC., ETC.

PRÓLOGO.

Valle pintoresco.—En segundo término, á la izquierda, casa rústica con puerta y encima ventana, ambas practicables. A la derecha, en segundo término, el establo de Blasillo.

ESCENA PRIMERA.

JUAN, ALDEANOS DE AMBOS SEXOS en traje de dia de fiesta.—En seguida MAESE PEDRO, despues FLORINDA y CATALINA.

(Los aldeanos cantan una seguidilla á la puerta de la casa de Maese Pedro. Las aldeanas traen flores y frutas para ofrecer á Florinda. Mucha animacion. Terminada la copla, asómase á la ventana Maese Pedro.)

CORO.

No te adornes, Florinda.
Qué más adorno
que tu boca de mieles
tus negros ojos,

y esos cabellos,
que hasta al oro más fino
producen celos?

M. PEDRO. (Desde la ventana.) Alabado sea Dios.

UN ALD. Viva Maese Pedro!

TODOS. Viva!

M. PEDRO. Gracias, amigos mios, muchas gracias. De buena gana bajaria en este momento á daros un apreton de mano... pero no encuentro los gregüescos...

JUAN. Tan tarde y desnudo todavía, Maese Pedro?

M. PEDRO. De qué te admiras? Sabes tú lo que hay que hacer en una casa un dia de boda? La única persona que nada hace es la novia. Y si no, apuesto algo bueno á que mi hija ha dos horas ya que está vestida. (Llamando.) Florinda? Florinda?

FLORINDA. (Dentro.) Allá voy.

M. PEDRO. Sal, hija mia, sal inmediatamente.

FLORINDA. (Sale bastante desnuda de espalda, y al ver tanta gente entra en su casa precipitadamente.) Ay!

TODOS. (Riendo.) Ja, ja!

MUJERES. (Escandalizadas.) Huy!

M. PEDRO. Cáspita! Pues me he equivocado. Eh, muchachos, no mireis! Ea, que no mireis os digo! Tened la bondad de volveros de espalda. Vamos, hombre, qué tonteria! Eso es, así: moralidad sobre todo. (Los hombres miran con avidez hácia el interior de la casa. Las mujeres les obligan á volverse de espalda.)

CATALINA. Pedro?

M. PEDRO. Catalina?

CATALINA. Ya he encontrado tus gregüescos.

M. PEDRO. Voy. Lo habeis oido? esperad un momento: soy con vosotros.

CATALINA. Bajas?

M. PEDRO. Sí. Mira, hija, no salgas á la puerta si no estás completamente vestida. (Desaparece de la ventana. Sale Catalina.)

CATALINA. Qué? Hola! Ya he oido vuestra cancion. Es muy bonita!

JUAN. Buenos dias, Catalina. (Todos saludan y la rodean afectuosamente entregándole las frutas y las flores.)

CATALINA. Felices los dé Dios. Parece que cuando no es para trabajar se madruga con más gusto, eh?

JUAN. Y cuando es para una boda... mucho mejor. Digo y una boda como esta; pues qué, todos los dias se casa un potentado?

CATALINA. Un potentado! Maldita la gracia que me hace ver casar á mi hija, que no tiene más que diez y ocho años, con un vejancon de sesenta, por más títulos de nobleza que le adornen, ni más onzas que apalée.

JUAN. Pues yo no creo que haya mayor felicidad que casar una hija y saber que no ha de carecer de nada.

CATALINA. De nada, de nada!... Eso es lo que tú no puedes asegurar. La dicha no consiste en las riquezas.

M. PEDRO. Mariblanca? Mariblanca? (Sale maese Pedro atacándose los gregüescos.)

MUJERES. (Escandalizándose otra vez. Los hombres se rien.) Ay!

M. PEDRO. Pero muchachas, qué es eso? No veis que estoy decente? No seais gazmoñas. Juan, Antonio os espera en la bodega. Id á beber un trago á la salud de los novios.

JUAN. Sí? Vamos á remojar el gaznate, compañeros. Viva maese Pedro!

TODOS. Viva! (Alegria y movimiento.)

JUAN. Viva Catalina!

TODOS. Viva! (Juan empuja á los del acompañamiento, que se dirigen hácia la bodega en tropel y alegremente.)

M. PEDRO. Gracias, muchas gracias... Ah! y cuenta con dejar una sola gota en la cuba, si no quereis que perdamos las amistades. Lo que es ser persona de calidad! Qué bien sienta esto de ser el objeto del entusiasmo

popular! (Con ridiculo aire de importéncia.) Pero ahora que me acuerdo... ¡Mariblanca? Matiblanca?

CATALINA. (Presumido.) Qué quieres de Mariblanca?

M. PEDRO. Que me busque el sombrero, que no sé por donde anda.

CATALINA. Algun dia vas á perder las medias sin quitarte los zapatos.

M. PEDRO. Hija, estoy aturdido. Ya ves, es natural. Esto de... Mariblanca? Apuesto cualquier cosa á que está todavia paseando su borrico. Parece imposible que pueda quererse tanto á un cuadrúpedo!

CATALINA. Sobre todo, tan feo como el nuestro. Bien es verdad que á nadie sino á tí se le hubiera ocurrido la idea de comprar un borrico rabon.

M. PEDRO. Es verdad; pero no es mia toda la culpa. Cuando hacíamos el trato, los gitanos me lo enseñaron de frente, yo de frente no pude ver si era rabon, y como soy incapaz de engañar á nadie, creia que todo el mundo era lo mismo.

CATALINA. Hombre más bobo!

M. PEDRO. De cada dia siento más no haberlo vendido á los extremeños, que me lo compraban hace dos meses para hacer chorizos. Cree que si no hubiera sido por los lagrimones de Mariblanca... Pero hija, no perdamos el tiempo. Dispon lo que falte; de un momento á otro llegará el novio, y ya ves... (Con importancia.)

CATALINA. Sí, como es tan de mi gusto!...

M. PEDRO. Catalina!... pero hija, tú no sabes lo que dices! Ahí es nada el fortunon! Casarse nuestra hija nada menos que con el señor don Alberto Pizarro de Quiñones, señor de Fuenteseca del Prado, vizconde de la Remolacha, etc. etc. (Oyese dentro ruido y una carcajada.)

MARIBLANC. Quereis dejar en paz á mi borrico? (Dentro.) Que es feo? más feos sois vosotros, que teneis mal corazon.

(Siguen las risas dentro.)

M. Pedro. Esa es la voz de Mariblanca... (Viéndola aparecer.) No lo dije?

ESCENA II.

Dichos y MARIBLANCA.

Mariblanc. (Fingiendo que habla todavia con los de dentro.) Sí? acercaos á pegarle si sois hombres. Os hace algun daño el pobre animalito? Vaya que es mucho cuento!

M. Pedro. Yo pensaba que hoy no volvia por acá su merced. Es esta hora de venir? Dónde has puesto mi sombrero?

Mariblanc. Yo no lo he visto desde el domingo pasado.

M. Pedro. Dónde estaba?

Mariblanc. Sobre vuestra cabeza?

M. Pedro. (Desentonado.) Buena salida! A ver si le buscas inmediatamente. Mete á Blasillo en el establo.

Catalina. No grites, hombre, no grites... ven conmigo y lo buscaremos entre los dos. (Entran en su casa.)

M. Pedro. Voy en seguida. Por supuesto que en cuanto pasen otra vez los extremeños.. te quedas sin borrico, Vive prevenida. (Váse.)

ESCENA III.

MARIBLANCA.

Quieren venderlo! Pobre Blasillo! No tengas miedo que yo te defenderé. (Dirigiéndose dentro á la derecha.) Tú me comprendes, no es verdad? Nos entendemos perfectamente. Yo creo, que si lo quiero tanto, es por la rábia que le tienen todos. Rábia injusta, por supuesto, porque no he visto un asno de más talento que Blasillo. Ni rebuzna, ni cocea... ni tiene mala intencion.

ESCENA IV.

MARIBLANCA y FLORINDA en traje de boda. Sale ésta muy gozosa de su casa.

FLORINDA. No os impacienteis, amigos mios; ya estoy lista. Calla! pues dónde están los convidados? Mariblanca, sabes por dónde andan los convidados?

MARIBLANC. Qué convidados!

FLORINDA. Vaya una pregunta! Los de mi boda. Pues qué, no sabes que me caso?

MARIBLANC. Sí, señora.

FLORINDA. Entonces... Anda, despáchate. Deja á Blasillo en el establo, y vuelve en seguida, que nos vamos á marchar de un momento á otro.

MARIBLANC. Que lo deje?

FLORINDA. Digo, como no quieras que venga de testigo á casa del escribano. Anda, que te despaches, he dicho.

MARIBLANC. Al momento. Espera, Blasillo, hijo mio, espera ahí. Hoy te voy á poner pienso doble, que has paseado mucho. Tienes apetito? (Entra en la casa.)

ESCENA V.

FLORINDA. Tiene en la mano un bonito ramo de flores.

FLORINDA. Pero señor, dónde se habrá metido esa gente? No deja de ser gracioso lo que me está ocurriendo. Salir tan compuesta, y encontrarme sin más acompañamiento que Mariblanca y su borrico. (Rie.) No sé cómo me rio, porque, á decir verdad, lo que me ocurre es sério. Es posible que me case yo con un viejo, sin otra razon que la de ser rico, y que dentro de un par de horas me llame en vez de Florinda

la señora de Fuenteseca? Si al menos no amara yo á otro... pero si no puedo borrar de mi corazon la imágen de Lisardo!.. (Oyese dentro una flauta.) Ah, es él! Conozco su cancion! Amor sin esperanza! Porque aun suponiendo que los dos nos quisiéramos mucho, cómo habia de consentir mi padre que me casara con un pobre pastor, mantenido casi por la caridad del pueblo? Imposible. Ya está aquí. Apenas puedo dominar mi emocion. (Aparece Lisardo bajando por la colina.)

ESCENA VI.

FLORINDA y LISARDO.

LISARDO. (En la fuente, en las flores
en todas partes
ó real ó fingida
siempre delante.
Si es mi deleite!
si me muero sin ella!)
Florinda siempre!

FLORINDA. (Por qué siempre me busca,
si no me ama?
Y si es que me quiere,
por qué no habla?
Voy á saberlo.)
Buenos dias, Lisardo. (Gozosa.)

LISARDO. Guardeos el cielo. (Con amor.)

FLORINDA. Por qué senda bajásteis (Con sentimiento é inocencia.)
desde la choza,
que no tuvo dos flores
para mi boda?

LISARDO. Cuantas crecian
destrozaban mi mano

si las cogia.

FLORINDA. Ni unos blancos jazmines (Reconviniéndole con cariño.)
ni una azucena!

LISARDO. Como ofrenda de boda
traigo otra ofrenda.

FLORINDA. Cuál? (Con interés.)

LISARDO. De mi alma
y abrasando mis ojos....
estas dos lágrimas. (Amargamente.)

FLORINDA. Qué motiva ese llanto? (Con afan.)

LISARDO. Terribles celos!

FLORINDA. Y esos celos son hijos... (Id.)

LISARDO. De amor inmenso!

FLORINDA. Y esos amores? (Id.)

LISARDO. De una flor de este valle. (Con mucha intencion.)

FLORINDA. Cuál es su nombre? (Con deseo creciente.)

LISARDO. Nunca saldrá á mi boca.

FLORINDA. Su nombre quiero. (Con fuego.)

LISARDO. Imposible. (Me ahogo!)

FLORINDA. (Duro tormento!)
Por qué se calla?

LISARDO. (Si no sabe de penas! (Con desesperacion.)
Si no me ama!)

FLORINDA. Ese nombre decidme,
por Dios, Lisardo.

LISARDO. Ved si acertais el nombre
por su retrato.
(Durante el tiempo que habla Lisardo, Florinda manifiesta en el semblante diferentes emociones.)
Es flor... que reina
sobre todas las flores
de la pradera;
puro su limpio cáliz
como las gotas
del rocío que ruedan

entre sus hojas (*);
contenta vive
sin saber que hay pesares...
Es insensible!
Junto á la flor hermosa
un lírio vése
que de amores por ella
suspira y muere;
y aunque le mata,
ni le mira siquiera!..
No tiene alma! (Mucha amargnra.)

FLORINDA. Yo á la flor no conozco...
mas me parece (Mucha amargura.)
que han de ser muy injustos
vuestros pinceles.
No hay flor sin alma! (Llorando.)

LISARDO. Esa flor lo desdice...
Florinda! Lágrimas! (Viéndola llorar.)
Qué motiva ese llanto? (Con afan.)

FLORINDA. Dolor profundo!

LISARDO. Y ese dolor es hijo? (Id.)

FLORINDA. De amor oculto.

LISARDO. Y esos amores? (Id.)

FLORINDA. De una flor de ese valle. (Con intencion.)

LISARDO. Cuál es su nombre?

FLORINDA. Nunca saldrá á mi boca.

LISARDO. Su nombre quiero.

FLORINDA. Imposible! (Me ahogo!)

LISARDO. (Duro tormento!)

FLORINDA Por qué no habla?

LISARDO. (Si no sabe de penas!) (Desesperado.)

FLORINDA. (Si no me ama!) (Con amargura.)

(*) García Gutierrez. (EL GRUMETE.)

LISARDO. Ese nombre decidme. (Fuego.)
FLORINDA. Nunca, Lisardo.
Ved si acertais el nombre
por el retrato.
Es flor que crece
del orgullo á la sombra:
por eso muere.
Junto al lírio, es un lírio, (La frase ES UN LIRIO la dice significando que nada le importa que lo sepa; y á consecuencia de un movimiento de Lisardo.)
se alza una rosa:
que la adora él se cree,
mas no la adora...
que el amor grande,
más, mientras más se oculta,
del pecho sale.
De la rosa inocente
qué quiere el lirio?
Que atrevida dé pruebas
de su cariño?
Qué es de una rosa
cuando el pudor se exhala
de entre sus hojas?
Mas la rosa sencilla
que el lírio quiere...
LISARDO. Pienso que son injustos (Interrumpiéndola con pasion.)
vuestros pinceles.
El lírio la ama,
y se muere y...
FLORINDA. Entonces, (Con amor.)
por qué no habla?
LISARDO. Porque teme ofenderla
solo al decirla...
FLORINDA. Pero qué flor se ofende (Con reconvencion.)
de ser querida?

LISARDO. Peca de tímido.....
FLORINDA. Porque ni vé ni sabe (Desesperada.)
lo que es cariño.
LISARDO. Salga por fin del pecho (Con fuego.)
donde se alberga
la pasion más oculta
que mi alma quema.
Corra á raudales:
si con ella os ofendo,
vos despreciadme.
Esa flor peregrina (Viveza.)
bella y lozana,
pura como las tintas
de una alborada (Ansiedad en Florinda.)
de perlas y de oro...
esa flor... es Florinda!
VOZ. Vivan los novios! (Dentro.)
VOCES. Vivan! (Dentro.)
FLORINDA. Idos! (Con agitacion.)
LISARDO. Y el nombre (Con mucho afan.)
del lírio triste?
FLORINDA. Idos por Dios, Lisardo. (Con agitacion.)
LISARDO. Es insensible! (Dolor.)
Cómo se llama? (Con calor.)
FLORINDA. Idos por Dios, que llegan. (Reconvencion.)
LISARDO. No tiene alma! (Dureza.)

ESCENA VII.

Dichos, MARIBLANCA, JUAN, MAESE PEDRO, CATALINA, FUENTESECA, el acompañamiento de la primera escena y ademas los criados de FUENTESECA.

ALDEANAS. Vivan los novios?
TODOS. Vivan! (Echando los sombreros al aire.)

FUENTESEC. (Enfáticamente.) Basta, basta de vítores y aclamaciones.

M. PEDRO. Ah! conque es mi yerno, mi nobilísimo yerno? Y mi noble hija, por dónde anda? Héla aquí.

FUENTESEC. Estoy satisfecho de vuestra adhesion, y encuentro legítimo ese entusiasmo.

LISARDO. (Escucha la escena oculto detras de un bastidor.) Ah! si yo fuera rico.

M. PEDRO. Por fin, señor, ha oido el cielo mis votos, dejándome ver el noble dia en que uno de los hijos más nobles de la noble España... se ha dignado aceptar noblemente la... del... lo... diré más, diré... (Perdiendo el hilo de su discurso.)

FUENTESEC. No, no lo digais..... guardadlo para otra ocasion. Comprendo que al dignarme descender hasta vosotros, enlazando mi noble mano con la de una plebeya, os hago un gran favor. Si mis abuelos levantaran la cabeza, se volverian probablemente á morir de rubor y de vergüenza; pero á mí me importa poco de mis abuelos. (Con mucha hinchazon.)

LISARDO. (Fátuo!) (Florinda mira casi constantemente hácia el punto donde está Lisardo.)

FUENTESEC. Yo amo á Florinda con todas las fuerzas de mi espíritu..... y no deseo sino adelantar la ceremonia cuanto sea posible. (Á Florinda.) El escribano nos espera. Podemos partir si gustais, y desde su misma casa pasaremos á la iglesia. Estais encantadora, hermosa Florinda.

M. PEDRO. Pues en marcha. (Dispónense todos á partir, pero suspenden la marcha á la siguiente indicacion de Fuenteseca.)

FUENTESEC. En marcha. Ah! esperad un momento: el amor me habia quitado la memoria. Al indicaros que podiamos partir, me habia olvidado de un aviso que he recibido esta mañana del escribano. Las cartas no podrán firmarse hasta las once.

M. PEDRO. Hasta las once?

FUENTESEC. Sí; hasta esa hora no acabará el señor Rapiña la almoneda que de oficio debe hoy verificarse en el castillo de Fausto el encantador.

FLORINDA. Qué, se hace almoneda en el castillo? (Extrañeza en todos.)

FUENTESEC. Pues no sabeis que ha muerto ese hechicero?

TODOS. (Con espanto y curiosidad.) Ha muerto!

FUENTESEC. A mí me ha dado la noticia el escribano; y como entre los objetos que han de pregonarse debe haber algunos muy curiosos, he resuelto que asistamos todos á la subasta. Yo quiero regalar todavía algo más á mi Florínda.

M. PEDRO. Demonio, demonio, demonio! (Temor en todos y repugnancia.)

FUENTESEC. Qué es eso, teneis miedo? Supersticiosos! Obedecedme. Qué se diria de vosotros! que érais unos cobardes. Ea, en marcha. Maese Pedro, capitaneado á los hombres. Vos, Catalina, á las mujeres... El brazo, preciosa Floriuda. Lacayos, á retaguardia. (Recobrando la alegria, márchanse todos confusamente.)

M. PEDRO. Viva mi noble yerno!

TODOS. Viva! (Mucha animacion.)

FLORINDA. Pobre Lisardo!

ESCENA VIII.

LISARDO, solo, deteniéndose despnes de intentar seguir á Florinda.

Qué iba yo á hacer? Soy un insensato! Para qué seguirla? (Deja su sombrero sobre una roca que deberá hallarse á la izquierda en primer trémino) Es inútil. Todo ha terminado para mí. Acabemos con esta odiosa vida. Mañana, el primer albor del dia descubrirá mi cadáver á la puerta de mi cabaña. (Una roca enorme da paso á Jazmin.)

ESCENA IX.

LISARDO y JAZMIN.

JAZMIN. Servidor amigo. Tendreis la bondad de decirme dónde para el castillo de Fausto el encantador?

LISARDO. Hélo allí: Dios os guarde. (Vá á partir.)

JAZMIN. Mucha prisa llevais.

LISARDO. Toda la que exije el negocio.

JAZMIN. (Con cierta impertinencia.) Desagradable negocio por cierto.

LISARDO. Qué sabeis vos?

JAZMIN. Teneis pintada la pena en el semblante.

LISARDO. Pues bien, si es mi gusto...

JAZMIN. Gusto... y vais á mataros?

LISARDO. Es un capricho.

JAZMIN. Triste placer é insensato capricho!

LISARDO. Y qué os importa? Seguid vuestro camino y dejadme en paz.

JAZMIN. Algo bueno apostaria á que el orígen de esa temeraria resolucion es una mujer. (Consigue fijar la atencion de Lisardo.)

LISARDO. Y aun cuando eso fuese cierto, no soy dueño de hacer lo que mejor me plazca?

JAZMIN. Si no hubiese otro remedio, convenido; pero como yo creo que hay uno muy fácil... Quereis oir un consejo?

LISARDO. Para qué?

JAZMIN. Os desprecian porque sois pobre?

LISARDO. Sí.

JAZMIN. Probad que no lo sois.

LISARDO. ¿Habeis venido á burlaros? Cómo he de probar que soy rico, cuando no poseo ni un solo escudo?

JAZMIN. Que no, y apenas puede vuestro sombrero con el peso del oro?

LISARDO. (Con gran extrañeza.) Mi sombrero?

JAZMIN. Sí: vedlo y os convencereis. (Extiende Jazmin la vara: de la parte superior de la roca donde Lisardo dejó su sombrero, brota un cuerno de la abundancia que arroja sobre él infinidad de monedas de oro y plata.)

LISARDO. Qué es esto, Dios mio? qué poder misterioso?.. Oro! Es oro efectivamente!.. Perdonad, amigo; no me tacheis de ingrato. Gracias, pero no puedo detenerme. Voy á ver si compro todavía mi felicidad. Ah, si supiérais mi situacion!.. Esas montañas son mi casa... si alguna vez necesitais de mí, preguntad por el pastor Lisardo. Guárdeos Dios.

JAZMIN. (Deteniéndole.) Una palabra. (Con mucha intencion.) Comprad un objeto cualquiera en el castillo.

LISARDO. Perdonad, hidalgo; pero no puedo detenerme. (Váse corriendo llevándose el sombrero lleno de oro.)

ESCENA X.

JAZMIN solo.

Pobre muchacho! Hay que confesar que soy un génio protector de una buena causa. Un amante á quien su pasion inspira la idea de matarse... bien merece que se le proteja... siquiera por lo rara que va siendo la especie. Ya, quién se mata por amor? Pero no perdamos el tiempo. Se acerca la hora de la subasta. Vamos al castillo de Fausto. (Húndese por escotillon.)

MUTACION.

—

ESCENA XI.

Gabinete corto en el castillo de Fausto. Representa este la oficina del hechicero con todos sus accesorios. Debe tener un aspecto verdaderamente diabólico y fantástico. Sube por escotillon una mesa cubierta con tapete encarnado, alumbrada por dos velas verdes, únicas luces que alumbran la escena. Sobre la mesa recado de escribir y un cestito con los talismanes de la subasta. Jazmin sube sentado á la mesa.

JAZMIN.

Todavía faltan algunos minutos para la hora de la almoneda. Aquí están los talismanes. Triste suerte la mia! Conocer el valor de estos objetos y no poder adquirirlos. Lo interesante es saber á qué manos van á parar para destruirlos luego. Y esos imbéciles creerán que compran un juguete cualquiera!.. Oigo ruido. Escondámonos. (Váse por la izquierda.)

ESCENA XII.

El señor RAPIÑA, JUAN, cuatro ALGUACILES y dos PREGONEROS.—Estos personajes, exceptuando á Juan, deben ser muy ridículos.

RAPIÑA. Engaño como él! Esto ha sido una verdadera infamia.

JUAN. Pero señor escribano...

RAPIÑA. Callad, señor guarda-bosque!.. Yo sé lo que me digo; como que ha pasado ante mí. El encantador no

era sino un hechicerillo de mala muerte. Bah! Un encantador de tres al cuarto; nada. Si hubiera sido un hechicero de suposicion, creeis que hubiera vivido en un castillo tan desmantelado como este? No se le hubieran encontrado grandes riquezas? Porque quién habia de suponer que los tesoros del brujo estuvieran reducidos á esta media docena de baratijas. (Las del cestillo.) Buen chasco ha sido .. No valia semejante miseria la pena de una subasta anunciada por medio de pregones públicos. En fin, cómo ha de ser! Pregoneros y alguaciles, á vuestros puestos respectivos. (Colócanse dos alguaciles y un pregonero á la derecha, y á la izquierda los restantes. Los pregoneros en primer término.) Señor guarda-bosque, abrid las puertas para que entre el populacho. Alguaciles, os recomiendo la mayor compostura... (Siéntase.) Pregoneros, os encargo toda la sonoridad de que sean susceptibles vuestras laringes. (Los alguaciles y pregoneros saludan respetuosamente y quedan inmóviles.)

ESCENA XIII.

Dichos, FUENTESECA, FLORINDA, MAESE PEDRO, CATALINA, MARIBLANCA, ALDEANOS, LACAYOS, etc.—Poco despues LISARDO.—Nótase en todos cierto temor supersticioso.

FUENTESEC. ¡Qué apariencia tan diabólica! No tembleis, hermosa Florinda.

FLORINDA. Apenas puedo contener el miedo.

M. PEDRO. (Temblando.) ¿Cómo es eso? Miedo... miedo... mírame á mí: yo no tengo miedo.

CATALINA. Pero estás temblando.

M. PEDRO. Es de frio. Si aquí hay más humedad que en una bodega.

RAPIÑA. (Con gravedad cómica y aire importante.) Silencio, señores. Se dá principio á la subasta. Pregoneros, empezad.

LISARDO. Un momento, señor escribano. Las once no han dado todavía. (Extrañeza en todos al ver aparecer á Lisardo.)

RAPIÑA. (Mirando el reló.) Las once han dado hace... hace medio segundo, y doy fé. Empezad, he dicho.

FLORINDA. (Él aquí!)

M. PEDRO. (Por Lisardo.) (Qué insolencia!)

MARIBLANC. Qué, vienes á comprar el castillo, Lisardo?

LISARDO. (Con cierta importancia.) Y por qué no? Bien pudiera ser. En fin, veremos lo que decido.

FUENTESEC. Una pregunta, señor Rapiña, si no incomodo.

RAPIÑA. (Con marcada adulacion.) Incomodar! Los ricos no incomodan nunca. (El actor encargado de este papel debe hacer una caricatura.)

FUENTESEC. (Con desprecio.) Se permite á los mendigos asistir á estos actos?

LISARDO. (Con altanería.) Sí señor, si esos mendigos son tan ricos como cualquier potentado.

FLORINDA. (Qué dice?)

FUENTESEC. Sois un insolente, y os he de mandar apalear. (Animacion en todos para tranquilizar á Fuenteseca y á Lisardo.)

LISARDO. A mí?

FUENTESEC. Esa cuestion la dejaremos para despues. Podeis empezar, señor escribano. Hay muchos objetos preciosos?

RAPIÑA. Preciosos? Ahí teneis en ese cestillo todo cuanto ha de adjudicarse.

FUENTESEC. (Con disgusto.) Eso? (Lléganse todos á examinar el cestillo.)

M. PEDRO. Eso nada más?

RAPIÑA. Nada más que eso.

TODOS. Já! já!

FUENTESEC. Y todas esas curiosidades? (Las de las paredes.)

RAPIÑA. Todas estas curiosidades han sido legadas por su dueño al museo nacional. (Grandes murmullos producidos

por los comentarios que hacen los del acompañamiento.) A ver, señores, órden y compostura.(Se restablece el órden.) Empezad.

PREG. 1.° (Pregonando grotescamente.) Una pata de cabra.

TODOS. Já, já, já!

RAPIÑA. (Destemplado.) Silencio he dicho! Al que no calle, le suelto un alguacil. (Silencio.)

PREG. 1.° Una pata de cabra.

FUENTESEC. Hombre, voy á comprarla para el extremo de un tirador. Cuatro reales doy por ella.

PREG. 1.° Cuatro reales por la pata de cabra... cuatro reales... á la una.... á las dos.... á las tres. (Llega Fuenteseca á la mesa, paga y recibe la pata de cabra.)

RAPIÑA. Se adjudica la pata de cabra al excelentísimo señor de Fuenteseca.

PREG. 2.° Una caja de píldoras. (Curiosidad en todos, que se repite cada vez que se pregona un objeto nuevo. Todos los compradores hacen lo que hizo Fuenteseca al adquirir la pata de cabra.)

M. PEDRO. (Tienes tos, Catalina?)

CATALINA. (No.)

M. PEDRO. (Entonces no la compro.)

LISARDO. (No le vendria mal la caja á la vieja Cecilia. Padece tanto del pecho... Ocho reales doy por ella.

PREG. 2.° A la una... Ocho reales á las dos... á las tres.

RAPIÑA. Cómo os llamais?

LISARDO. Lisardo.

RAPIÑA. Vuestra profesion?

LISARDO. Pastor.

RAPIÑA. Se adjudica la caja de píldoras al pastor Lisardo.

PREG. 1.° Una cola.

CATALINA. (A su marido.) Qué?

M. PEDRO. (Un rabo, torpe.)

RAPIÑA. (Al pregonero.) Hablad de modo que os entienda la plebe.

PREG. 1.° Un rabo. (Risa en todos.)

RAPIÑA. (Con aplomo y gran serenidad.) Silencio, señores. A quién le hace falta un rabo?

FUENTESEC. (Qué pregunta!)

RAPIÑA. (Desentonado.) Silencio he dicho!

PREG. 1.º Una cola.

MARIBLANC. (Qué bien le sentará á Blasillo, que es rabon! Voy á comprarla.)

RAPIÑA. No hay quién ofrezca nada por la cola?

FUENTESEC. Me parece, señor escribano, que os vais á quedar con ella.

MARIBLANC. Yo ofrezco dos reales.

M. PEDRO. Es para el borrico, eh?

MARIBLANC. Sí señor.

M. PEDRO. Efectivamente, le estará que ni pintada.

RAPIÑA. (Al pregonero.) Decid á las tres, porque no habrá competencia.

PREG. 1.º Dos reales, á las tres.

RAPIÑA. Se adjudica la cola á...

MARIBLANC. Mariblanca, servidora de vuesarcé. Me marcho corriendo; no quiero retardarle esta alegria á mi Blasillo. (Váse llevándose la cola.)

PREG. 1.º Una ramita de oro.

FLORINDA. Qué bonita!

FUENTESEC. Os gusta? Voy á comprarla.

LISARDO. (No, miéntras me quede un escudo.)

FUENTESEC. Un escudo.

PREG. 1.º Un escudo.

LISARDO. Tres.

PREG. 1.º Tres.

FUENTESEC. Seis.

PREG. 1.º Seis.

LISARDO. Doce.

FUENTESEC. (Disgustado.) Qué? (Interés en todos.)

PREG. 1.º Doce escudos... á la una.

FUENTESEC. Trece.

LISARDO. Catorce.

FUENTESEC. Demonio!

PREG. 1.° Catorce.

FUENTESEC. Quince.

LISARDO. Diez y seis.

FUENTESEC. Piensas, insensato, que voy á honrarte con mi competencia? Quédate la alhaja en buen hora. La desprecio tanto...

LISARDO. (Con insolencia.) Como yo desprecio vuestros insultos.

FUENTESEC. Veremos si dices lo mismo cuando te mande cortar las orejas. (Gran animacion.)

RAPIÑA. (Levantando mucho la voz.) Basta, señores. Yo represento aquí la ley, y en su nombre os mando callar. Continuad.

PREG. 1.° Diez y seis escudos á las dos... diez y seis escudos á las tres. (Háblanse todos para comentar esta adjudicacion.)

RAPIÑA. Se adjudica la rama de oro al pastor Lisardo.

FUENTESEC. (Qué humillacion!)

FLORINDA. (Juraria que la ha comprado para mí.)

PREG. 1.° Una caja de polvo (Nueva curiosidad.)

RAPIÑA. Creo que la habeis equivocado. Ved si es la de polvo. (Abrela el pregonero.)

PREG. 1.° Es la misma efecti... (Estornuda.) Achit!

TODOS. (Estornudando.) Achit!

PREG. 1.° Jesús!

TODOS. Jesús!

M. PEDRO. No lo dije? La humedad. Ya nos hemos constipado todos.

LISARDO. (Es particular.) (Pónese á reflexionar.)

M. PEDRO. Dos reales por la caja.

PREG. 1.° Dos reales á la una... dos reales á las dos... dos reales á las tres.

RAPIÑA. Se adjudica la caja á Maese Pedro Rodriguez. Señores, ha concluido el acto. Se dá por terminado el remate. (Dispónense todos á partir.)

LISARDO. (Ese estornudo... casualidad no puede ser. Qué sospecha! «Compra un objeto cualquiera en el castillo» me dijo aquel personaje misterioso... No hay duda... deben ser talismanes... Serán talismanes? (Aparece en el muro sobre la puerta del foro la palabra Sí escrita.) Ah! Qué felicidad! Soy venturoso!) Tened la bondad de esperar un momento. (Detiénense todos.)

FUENTESEC. Qué quereis?

LISARDO. Yo he comido desde pequeño el pan de maese Pedro. En prueba de mi gratitud concebí el proyecto de hacer un regalo á mi protectora Florinda el dia de su boda: para ello he consumido las economías de toda mi vida. El regalo es este... (La rama de oro.) Me permitís que se lo ofrezca?

M. PEDRO. Ese muchacho está loco!

FUENTESEC. (Con afectacion y altaneria.) La futura señora de Fuenteseca no puede aceptar regalos de un pordiosero.

M. PEDRO. Bien dicho.

TODOS. (Apoyando con calor.) Muy bien.

LISARDO. Canalla miserable y servil!... Quiénes sois vosotros para apoyar el insulto dirigido á un compañero?

JUAN. Y tú quién eres para levantar la voz?

LISARDO. Callad y descubríos para atreveros siquiera á mirarme. (Vuelan los sombreros de todos los hombres.)

TODOS. (Con espanto.) Qué!

FUENTESEC. Pues quién sois?

LISARDO. Un noble como vos.

FUENTESEC. Esa es una impostura infame.

LISARDO. Impostura? Vedlo por vuestros propios ojos. (Desaparece su traje de pastor y queda gallardamente vestido á la chamberga. Un génio le entrega á Lisardo sombrero y espada. Crece el temor y vanse todos confusa y precipitadamente.)

TODOS. Ay!

FUENTESEC. Jesús!

M. PEDRO. Huyamos.

TODOS. Huyamos. (Vanse todos. Un momento antes Lisardo entrega á Florinda la rama de oro, y ésta á Lisardo su ramo de flores.)

ESCENA XIV.

LISARDO.—En seguida JAZMIN.

LISARDO. Gracias, Dios mio, gracias! Todavía puedo ser feliz porque no es un sueño. Este traje no es ilusion de mi vista, es una agradable realidad. (Con efusion.) Tengo un talisman.

JAZMIN. Un talisman poderoso.

LISARDO. Quién va? quién sois?

JAZMIN. Vuestro génio protector. Oid. Todos los objetos vendidos en la almoneda son talismanes, pero entre ellos no hay más que dos poderosos: el vuestro y la pata de cabra adjudicada al señor de Fuenteseca. Si explotais el vuestro con talento, podreis contrarrestar el poder del otro. Dentro de tres dias perderá vuestro talisman su influencia mágica. Si antes que espire ese término no habeis conseguido la felicidad, que para vos es la mano de Florinda, vivireis eternamente desgraciado. Adios.

LISARDO. Esperad un momento.

JAZMIN. Es imposible: Dios os guarde. (Vase.)

LISARDO. Tres dias nada más! No hay que perder un instante: vamos á arrancar á Florinda del pié de los altares si es preciso.

MUTACION.

La misma decoracion de la escena primera.

ESCENA XV.

BLASILLO en el establo.—MARIBLANCA sale por la izquierda trayendo la cola.

MARIBLANC. Qué contento va á ponerse Blasillo con mi regalo! Esta cola debe halagar su vanidad. Ya no se reirán más de él esos imbéciles. Hola, Blasillo; estás ahí, hijo mio? Mira, te traigo un regalo. Una cola. ¡Qué mirada tan llena de agradecimiento! Te alegras! eh? (El borrico mueve las orejas.) Anda, pues voy á ponértela. (Préndele la cola con alfileres.) Cuando digo que no hay en el mundo un borrico más inteligente... Qué lástima! daria lo que más quisiera... por trasformarlo en hombre. (Trasfórmase en hombre el pollino. Blasillo queda vestido con una botarga gris. Conserva orejas de jumento. Debe decir los dos tercios primeros de la escena siguiente con gravedad cómica ó con la gravedad del asno, como se dice vulgarmente. Alguna que otra vez debe esforzar y prolongar las aspiraciones á guisa de ligero rebuzno Antes de hablar mira con asombro á todas partes.) Ay, Dios mio! Qué es esto? Hé aquí mi deseo realizado. (Espantada.) Yo estoy temblando de miedo!

BLASILLO. Preságio feliz, me rio!
Hombre soy, no hay duda alguna!
Boca, nariz... ¡Qué fortuna!

MARIBLANC. (Esto más! habla, Dios mio!) (Con temor.)

BLASILLO. Qué delicia! Estoy pensando
que es fortuna á lo que entiendo
esto de entrar yo riendo

donde entran todos llorando.
Desprecios ayer, y tranca...
hoy razon... ¡Diverso prisma! (Repara en Mariblanca.)
Sois Mariblanca?

MARIBLANC. (Temblando.) La misma.

BLASILLO. Muchas gracias, Mariblanca.

MARIBLANC. Las gracias á mí?

BLASILLO. Sí tal.

MARIBLANC. A aceptarlas no me atrevo.

BLASILLO. A vuestro cariño debo
la existencia racional,
la dignidad, el descanso.
y esta hermosura que veis... (Dá algunos pasos hácia ella.)
Por que temblais? No sabeis
que soy bonachon y manso?

MARIBLANC. Al cariño?

BLASILLO. Si señor.

MARIBLANC. Vaya un empeño gracioso!

BLASILLO. Este cambio prodigioso
es debido á vuestro amor.

MARIBLANC. No digais más desatinos,
vamos...

BLASILLO. Qué es desatinar?
No suele amor trasformar
á los hombres en pollinos?

MARIBLANC. Es verdad. (Con sencillez.)

BLASILLO. Pues qué hay que asombre,
en que de hacerlo cansado
haya esta vez trasformado
por gusto, á un pollino en hombre?

MARIBLANC. Pero sois hombre?

BLASILLO. (Mucha gravedad para decir estas palabras.) Cabal.
Y estoy, ó se me figura
tal cual así de hermosura,
y de talento tal cual;

ved si no: pestañas, cejas...
dos manos, frente espaciosa,
boquita chica y graciosa
y orejas..... (Se las tienta)

MARIBLANC. Pero qué orejas!

BLASILLO. Grandes son por vida mia! (Asombrado del tamaño.)

MARIBLANC. No de hombre.

BLASILLO. Pues hombre soy.

MARIBLANC. Entonces.. ..

BLASILLO. Es que no estoy
desasnado todavía.
Ya tomaré mis lecciones. (Da otro paso hácia ella)
Pero por qué os alejais?
Sin duda no recordais
las galantes atenciones
que tuve siempre con vos,
cuando sin otra compaña
íbamos á esa montaña
en paz y en gracia de Dios?
Teneis de mí muchas quejas?

MARIBLANC. Que si tengo quejas dice?

BLASILLO. Una vez no más os hice
apear por las orejas.
Os acordais?

MARIBLANC. Si señor.
Bien y por qué os enojásteis?

BLASILLO. Porque un requiebro aceptásteis
del hijo de mi herrador.

MARIBLANC. Pues júzgolo un desatino.

BLASILLO. De celillos fué un exceso.

MARIBLANC. De celillos? Segun eso,
me amábais?

BLASILLO. (Mucha gravedad.) Como un pollino.
Y fiel, entre los constantes
en amor.., si este no miente, (El corazon.)

continúo francamente
tan pollino como antes.

MARIBLANC. De veras?

BLASILLLO. Como os lo digo.
Que haria se me figura
por vos cualquiera locura.

MARIBLANC. Os casaríais conmigo?

BLASILLO. De ningun modo,

MARIBLANC. Qué escucho?
Por qué?

BLASILLO. Si de aqui no hay nada, (Accion de dinero.)
es esa una borricada
que debe pensarse mucho.

MARIBLANC. Es verdad! Mas trabajando
con gusto, y con aficion ....
busquemos ocupacion.

BLASILLO. En eso estaba pensando.

MARIBLANC. Qué es lo que pensais hacer?

BLASILLO. Ser soldado, ir á la guerra.
(Mariblanca manifiesta disgusto.)
Que tierra es esta?

MARIBLANC. Qué tierra?
tierra de España.

BLASILLO. Oh placer!
Por la Vírgen que me agrada.
Podeis por mi esposa daros.

MARIBLANC. A qué pensais dedicaros?

BLASILLO. Pienso dedicarme... á nada.

MARIBLANC. Pues cómo ganar el pan?

BLASILLO. (Sentencioso.)
En España sin matarse
puede con fruto abrazarse
la profesion de holgazan.
Con un adarme de audacia
que el rubor natural venza,

dos onzas de desvergüenza,
tres onzas de pertinácia,
una libra de frescura,
dos libras de hipocresía,
dos más de palabrería
y tres de desenvoltura;
una arroba de adhesion
fingida, hácia aquel que mande,
otra de echarla de grande
y un quintal de adulacion:
disponer una empanada
sin reparar en el modo,
hablar un poco de todo
sin saber mucho de nada,
y prepararse á seguir
el viento que ha de soplar,
hay mesa donde tragar
y cama donde dormir. (Sentencioso.)

MARIBLANC. Para el tonto que lo crea!
No me acomoda esa traza.

BLASILLO. Si no, pediré una plaza
de maestro de una aldea.

MARIBLANC. No dá mucho... pero pase:
mas un...
(Imitando con las manos las orejas de un pollino.)

BLASILLO. Qué?

MARIBLANC. Jesús María!

BLASILLO. No seré por vida mia
el único de la clase.
Ya vereis si encuentro franca
la puerta de un pueblecillo.

MARIBLANC. Sentencioso está el Blasillo.

LISARDO. Y hermosa la Mariblanca.
(Aspiracion fuerte.)

MARIBLANC. Poned la mano en el pecho.

No fuera mucho mejor
que os hiciérais labrador?
Bajo ese rústico techo,
lo halla, quien trabaja, todo:
y honrado, no envilecido...

BLASILLO. Vuestra voz me ha enternecido.
Id á buscarme acomodo
ya que con él me brindais.

MARIBLANC. (Muy alegre.)
De veras trabajareis?

BLASILLO. Como un asno.

MARIBLANC. No sabeis
la alegría que me dais.

BLASILLO. Comience una nueva vida.

MARIBLANC. Vereis cómo yo os côloco.

BLASILLO. Corred.

MARIBLANC. Esperad un poco:
voy á volver en seguida.

BLASILLO. Mas decidme, es ganga esa?

MARIBLANC. Aceptadla sin reparos;
nunca en ella han de faltaros
limpia cama y blanca mesa.

BLASILLO. La habita alguna princesa?

MARIBLANC. Parécelo por lo franca.

BLASILLO. Hay vino?

MARIBLANC. Mucho.

BLASILLO. No hay tranca?

MARIBLANC. Qué ha de haber! Ya vereis vos...

BLASILLO. Pues acepto.

MARIBLANC. Guárdeos Dios. (Vase corriendo.)

BLASILLO. Dios os guarde, Mariblanca.

ESCENA XVI.

BLASILLO.—A poco LISARDO.

BLASILLO. Es gallarda la borri... Iba á decir la borrica esa! Resábios de mi estado primitivo. Pobre Mariblanca! Creo que he nacido ambicioso! Sentiria abrigar en el corazon malas pasiones. Es tan poca cosa una aldeana! Qué admirable es la naturaleza! Voy á dedicarme desde hoy á escribir en un cuaderno mis sensaciones. Será un libro curioso: lo titularé «Memorias de un ex-pollino.»

LISARDO. Ya debe haber llegado la comitiva. Lo importante por el pronto es apoderarse de Florinda y huir con ella, si es preciso, á los paises más remotos.

BLASILLO. (Muy admirado.) Qué gentil persona!

LISARDO. Quién sois?

BLASILLO. No os lo puedo decir á punto fijo.

LISARDO. Cómo os llamais?

BLASILLO. Blasillo.

LISARDO. Vuestra edad?

BLASILLO. Diez minutos.

LISARDO. Os burlais?

BLASILLO. No sé mentir.

LISARDO. Qué sois?

BLASILLO. Nada.

LISARDO. Qué quereis ser?

BLASILLO. Algo.

LISARDO. Qué habeis sido?

BLASILLO. Un asno.

LISARDO. Por vuestras contestaciones diría cualquiera que lo sois todavia. Teneis miedo?

BLASILLO. No.

LISARDO. Estais dispuesto á seguirme?

BLASILLO. Sí.

LISARDO. Aunque tenga que atravesar el mundo entero?

BLASILLO. Aunque tengais que bajar á los infiernos.

LISARDO. Desde hoy eres mi escudero. Sígueme: pero antes quiero darte una apariencia racional menos dudosa.

BLASILLO. Sois poderoso?

LISARDO. Mira. (Desaparece la botarga de Blasillo: queda este vestido á la chamberga.)

BLASILLO. Ajá! Esto es otra cosa. Gracias á Dios que eché el pelo completamente! Te quedaste sin novio, Mariblanca.

LISARDO. Van á empezar los peligros, ven.

BLASILLO. Un momento.

LISARDO. Vacilas?

BLASILLO. No es eso, sino que vuestro sombrerero se ha olvidado de mandarme el chambergo.

LISARDO. Tira. (Presentándole el suyo, del cual tirando saca otro Blasillo.)

BLASILLO. Sois brujo por ventura?

LISARDO. Un poco.

BLASILLO. Y con qué he de defenderme si me acometen?

LISARDO. Con esta espada.

BLASILLO. Con cuál?

LISARDO. Tira. (Preséntale el ramo. Tira de una flor Blasillo y saca una espada.)

ESCENA XVII.

DICHOS.—FLORINDA y MARIBLANCA.

FUENTESEC. (Dentro.) Detenedla.

VOZ. (Dentro.) Sujetad esos caballos.

FLORINDA. Favor! socorro! (Con precipitacion.) Amparadme por la Vírgen, caballero. Ah! sois vos, Lisardo?

LISARDO. Florinda!

FLORINDA. Pretenden conducirme muy lejos de aquí para separarnos.

LISARDO. Nada temais: venid conmigo. Yo os pondré al abrigo de las persecuciones de mi rival. Síguenos, Blasillo. (Suben Lisardo y Florinda á la colina.)

MARIBLANC. Ya he conseguido vuestra colocacion. (A Blasillo.) Calle! qué buen mozo!

BLASILLO. (Con importante desden.) Regular.

MARIBLANC. Cuando gusteis...

BLASILLO. A la otra puerta. (Vuelve la espalda.)

MARIBLANC. Qué, os vais? á dónde?

BLASILLO. Ahí cerquita. A la China.

MARIBLANC. Y vuestra palabra?

BLASILLO. Aquello no fué más que una burrada. (Con desprecio.) Yo merezco una princesa, no una fregona.

MARIBLANC. Pero teneis valor de abandonarme?

BLASILLO. Ya volveré dentro de treinta ó cuarenta años.

MARIBLANC. Bribon!

BLASILLO. Quisiera, no obstante, hermosa Mariblanca, llevarme un recuerdo vuestro.

MARIBLANC. Un recuerdo?

BLASILLO. Sí, pichona mia.

MARIBLANC. Tomad. (Le da un enorme bofeton.)

BLASILLO. Ay! pues no se me borrará tan fácilmente.

ESCENA XVIII.

DICHOS.—MAESE PEDRO.—FUENTESECA.

M. PEDRO. Dónde está esa rebelde?

FUENTESEC. Qué infamia! Vedla ahí.

M. PEDRO. Con Lisardo? Voy á matarle.

LISARDO. Llegaos si os atreveis.

BLASILLO. Llegaos, sí.

FUENTESEC. A ellos!

LISARDO. Es inútil, insensatos, mirad! (Transfórmase el Teatro en una marina fantástica en la que se ven sirenas, tritones, delfines, caballos marinos, etc. Cascadas, saltos de agua, arcadas de estalactitas. En el centro quedan elevados en un templete de lo mismo, Florinda y Lisardo. Blasillo montado sobre una tortuga. Fuentesecca y Maese Pedro se convierten en estátuas y se elevan sobre pedestales.)

FUENTESEC.
M. PEDRO. } (Trasformándose.) Ay!

BLASILLO. Hombre, qué bonito! Já! já! Pobre Mariblanca! Te has quedado con un palmo de narices. (Con burla.)
A ver si tu amor alcanza
á pescarme cualquier dia.

MARIBLANC. Yo os juro, por vida mia, (Con indignacion.)
que sabré tomar venganza.

FIN DEL PRÓLOGO.

ACTO PRIMERO.

Selva corta.—A la izquierda, en primer término, un gran peñon: otro á la derecha.

ESCENA PRIMERA.

FLORINDA, LISARDO, y BLASILLO.

LISARDO. Hé aquí un sombrío collado donde poder tomar aliento.

FLORINDA. Bien necesito un descanso reparador. Tengo la cabeza trastornada. Es tan extraordinario cuanto nos sucede!

BLASILLO. Que si es extraño? Yo lo creo; como que ocurre por arte de mágica.

FLORINDA. Conque sois brujo segun eso?

LISARDO. Brujo precisamente, no; pero....

BLASILLO. Pero le falta poco.

LISARDO. Calla.

BLASILLO. Callo.

LISARDO. Poseo un talisman, cuya influencia mágica durará solo tres dias, en cuyo término podré conseguir tu mano, segun me ha indicado mi génio protector; pero para ello es preciso contrarrestar el poder del amuleto que posée mi rival.

FLORINDA. Posée alguno?

LISARDO. Más poderoso que el mio. La pata de cabra: lo adquirió como yo en la almoneda de Fausto el Encantador. Eran talismanes todos los objetos que se vendieron en ella.

BLASILLO. Allí se compró tambien mi cola.

LISARDO. Calla.

BLASILLO. Callo.

FLORINDA. Y la ramita de oro que lloro perdida!

LISARDO. Dudoso yo de cómo habia de emplear mi talisman para conseguir mi principal deseo, que es nuestro enlace, invoqué á mi génio en el camino que conduce á tu quinta desde el castillo. Aparecióseme efectivamente, y me dijo:—La pata de cabra pierde su influjo durante una hora cada dia.—Es siempre la misma?—No: solamente en uno de esos períodos podrás conseguir la mano de Florinda. Tres dias durará el poder de tus píldoras, tres horas favorables tendrás en ellos: utilízalas,—me dijo, y desapareció.

FLORINDA. Cosa más particular!

LISARDO. De manera que héme aqui con las mismas dudas de antes. Cómo adivinar la hora en que ese talisman pierde su influencia? Y de no adivinarla, cómo casarme contigo?

FLORINDA. Dios nos protegerá. Sabes, Lisardo, que el paseo me ha abierto el apetito?

LISARDO. Almorzarias?

FLORINDA. De buena gana, pero quiero un almuerzo frugal.

BLASILLO. (Frugal? no he probado nunca ese plato.)
LISARDO. Dónde quieres la mesa?
FLORINDA. En cualquier parte.
LISARDO. Héla allí. (Abrese el peñon de la izquierda. Aparece dentro de él una mesita rústica cubierta de manjares.)
BLASILLO. Gracias: sois muy galante. (Dirígese hácia la mesa.)
LISARDO. Aparta, necio. (Dale un puntapié.)
BLASILLO. Ah! yo creí que era la mia. Vamos estará al otro lado. (Llégase al peñon de la derecha.) Chis, eh, á ver, ábrete. Vamos, hombre, no juegues; ábrete... no, pues no se abre. Señor?
LISARDO. Qué quieres?
BLASILLO. Palabra. Ten la bondad de tragarte una pildorita.
LISARDO. Para qué?
BLASILLO. Para que me den pienso... digo para que me sirvan algo. Malditos resábios!
LISARDO. Quita allá: te has propuesto aburrirme? (Al ver que el peñon donde entró Florinda se cierra recobrando su forma primitiva.) Cielos! .
BLASILLO. Piff!.. se afufó. (Retrocede hasta tocar con la espalda el peñon de la derecha.)
LISARDO. Florinda, Florinda mia!

ESCENA II.

DICHOS y MARIBLANCA, á quien da paso el peñon de la derecha. Viene vestida de gitana: trae en la mano una varita mágica.

MARIBLANC. Paso: toma. (Le da un bofeton.)
BLASILLO. Ay! y van dos.
MARIBLANC. Es inútil que llames á Florinda.
LISARDO. Quién vá? quién eres?
BLASILLO. (Tentándose el carrillo.) Por la mano parece Mariblanca.
MARIBLANC. La misma soy.
BLASILLO. Qué?

LISARDO. Tú en ese traje?

MARIBLANC. De qué te admiras? No llevas tú ese?

LISARDO. Es verdad. Y Florinda?

MARIBLANC Ya habrá llegado á casa de Fuenteseca.

BLASILLO. Pues ni que fuera un galgo. (Ay cómo me mira! Me escaparé sin otro?)

LISARDO. Quién me la ha robado?

MARIBLANC. Tu génio enemigo.

LISARDO. Y no podré hablarla?

MARIBLANC. Verla y hablarla, sí; apoderarte de ella, creo que será imposible.

LISARDO. Y si quisiera verla en este momento?

MARIBLANC. Podrias conseguirlo. Dirígete al palacio de Fuenteseca, pero no confies en arrancarla de él.

LISARDO. Véala yo cerca de mí, que no han de faltarme medios de conseguirlo. Sígueme, Blasillo. (Vase.)

MARIBLANC. Vete solo. Blasillo se queda conmigo.

BLASILLO. (No lo dije? Sopapina tenemos.)

MARIBLANC. Probablemente llegará antes que tú.

BLASILLO. (Esto es que me va á mandar por los aires de un moquete. Qué cobardia! Por qué ha de temer á una fregona un caballero que ciñe espada? Fuera miedo, y salga el sol por Antequera. A ver si la asusto con mi gallardía.)

ESCENA III.

BLASILLO y MARIBLANCA.

Momentos de pausa. Toman ambos una actitud altanera. Blasillo ladéase el sombrero y coloca la mano en el pomo de la espada.

MARIBLANC. (Con descaro.) Qué mira el lacayo?

BLASILLO. Y qué la gitana?

MARIBLANC. Conteste él primero.

BLASILLO. Primero la maga.
MARIBLANC. Conteste.
BLASILLO. (Con aire de exagerada importancia.) Es más propio
de gentes hidalgas
que llevan pendiente
del cinto la espada,
usar de la lengua
despues de las damas.
MARIBLANC. Es fino el lacayo. (Con ironía.)
BLASILLO. Tambien la gitana. (Secamente.)
MARIBLANC. Comienzo.
BLASILLO. Ya escucho.
Sed clara.
MARIBLANC. Muy clara.
BLASILLO. Sed breve.
MARIBLANC. Muy breve...
relámpago y agua.
Vivia no ha mucho
en quinta cercana
del sitio en que estamos,
y en mísera estancia...
un... un... no me atrevo. (Con finura.)
BLASILLO. Un asno, sed clara.
MARIBLANC. Sentia ofenderos.
BLASILLO. A mí? por qué causa?
ni niego mi orígen,
ni escondo mi cara.
MARIBLANC. Callad el lacayo. (Con altanería.)
BLASILLO. Seguid la gitana.
MARIBLANC. Tenia el que digo...
BLASILLO. Dos pares de patas,
color ceniciento,
blanquizca la panza,
y en fin dos orejas
tamaño de largas.

Es fiel el retrato:
ya estais despachada.

MARIBLANC. Aun falta la cola.

BLASILLO. La cola no falta.
Si habeis de ser justa,
decid que faltaba:
faltó no lo niego,
y en qué no habrá faltas?
faltóme repito,
y al ver que faltaba,
faltóos el tiempo
y á todo faltábais
por no verme falto
de cola rizada.
Si pudo faltarme
no me hace ya falta,
y fálteme el cielo
si falto yo á nada.
Pues no faltaria
sino que faltara!

MARIBLANC. No os falta la lengua,
ni os faltan palabras.

BLASILLO. Ni á vos travesura,
descaro, ni gracia...

MARIBLANC. Prosiga... el lacayo? (Con coqueteria.)

BLASILLO. Seguid... la gitana. (Enfáticamente.)

MARIBLANC. Dejemos la historia
por triste y por larga.
Al verme allí sola
por vos despreciada,
á génios maléficos
doctores en mágia,
su gracia pedíles...

BLASILLO. Pues vaya una gracia!

MARIBLANC. Los génios me oyeron...

é hiciéronme maga.

BLASILLO. Y cuál es tu intento!

MARIBLANC. Mi intento? Venganza!

BLASILLO. No temo tus iras. (Con desden.)

MARIBLANC. Pues de ellas te guarda
que todo lo intenta
mujer despechada.
Desde hoy, no lo olvides,
do quiera que vayas
(Esta tirada de versos debe decirse con un claro oscuro que solo el talento de la actriz puede adivinar.)
seguirte verásme
cual siguen al agua
los ágiles peces,
la flor á las plantas,
la abeja á las flores,
y al campo sus galas.
Casarte... es delirio!
Amar... es bobada!
No verme... imposible!
Vencer... cosa vana!
Y asi, es lo más cuerdo
rendirme las armas,
y más que por fuerza
rendirlas por gracia.
Que bien te merezco,
lo dicen mis ansias;
que puedo vencerte,
lo dice esta vara:
ya ves que es locura
querer la batalla.
Discurre, contempla,
medita, repara,
lo observa, lo mira,
lo piensa, lo allana,

y elije la senda
que juzgues más ancha;
ó ser mi marido,
ó muerte cercana.
Ya ves, el lacayo,
que peco de clara. (Con insolencia.)

BLASILLO. Qué importan tus iras,
ni qué tu venganza?
Desde hoy, no lo olvides,
del punto á que vayas,
huir has de verme
cual huyen las aguas
del pródigo orígen
do límpidas manan,
cual huye el cervato
del perro de caza,
y aquel que algo debe,
si no tiene blanca,
de aquel que le sigue
pidiendo la paga.
Pescarme.. es delirio!
Quererme... es bobada!
Seguirme... imposible!
Vencer... cosa llana!
Y asi es poco cuerdo
rendirte las armas.
Que no me mereces,
lo dice esta gracia;
que puedo rendirte,
lo dice esta espada;
ya ves que es cordura
querer la batalla.
Discurre, contempla,
medita, repara,
lo observa, lo mira,

lo piensa, lo masca,
y díme en conciencia
si vale esa cara
mi esbelta y mi noble
persona gallarda.
En fin, te desprecio (Mas viveza.)
por tonta, por sándia,
por nécia, por fea,
por bruja, por maga,
y elijo la muerte;
ya ves, la gitana,
que pico de claro.
si pecas de clara. (Recobra su actitud altanera.)

MARIBLANC. Pues guerra.
BLASILLO. (Muy ligado y con fuerza progresiva hasta el final.) Pues guerra.
MARIBLANC. Sangrienta...
BLASILLO. Inhumana.
MARIBLANC. Sin tregua...
BLASILLO. Sin tregua.
MARIBLANC. Quien caiga...
BLASILLO. Que caiga.
MARIBLANC. Comiencen los hechos.
BLASILLO. Acaben palabras.
MARIBLANC. Con Dios, el lacayo! (Vase por la derecha.)
BLASILLO. Con él, la gitana!
(Ni el Cid en bravura
me lleva ventaja.) (Vase por la izquierda.)

MUTACION.

Parque del palacio de Fuenteseca.—En el centro de una calle de árboles y estátuas hay un magnífico pedestal; sobre él una estátua ecuestre. A derecha é izquierda, en primer término, dos hermosos sáuces corpóreos ó de la clase más conveniente al maquinista para la transformacion que han de sufrir. Junto á cada uno de ellos un rosal. En segundo término de la derecha é izquierda, dos pajareras chinescas. Vése en el telon del foro el palacio de Fuenteseca. A esta decoracion debe dársele un aspecto risueño y agradable.

ESCENA IV.

FUENTESECA, MAESE PEDRO y CATALINA.

FUENTESEC. Que venga ahora ese miserable pastorzuelo á contrarrestar mi poder!

M. PEDRO. Conque la pata de cabra es un talisman poderoso?

FUENTESEC. Poderosísimo. Con su ayuda podré conseguir todo cuanto me viniere en gana.

M. PEDRO. Quién lo hubiera sabido! No, no os lo hubiérais llevado tan barato en la subasta.

FUENTESEC. Pero teniéndolo yo, figuraos que es vuestro.

M. PEDRO. Es verdad, todo se queda en casa. Y yo que arrojé mi caja de polvo lleno de miedo!

CATALINA. Y habeis experimentado ya su poder?

FUENTESEC. Mucho que sí. Acabo de convertir en gato á mi cocinero, en castigo de haberme servido una tortilla excesivamente salada.

M. PEDRO. Mejor os estuviera pensar en Florinda, y en los medios de destruir por completo el poder de Lisardo.

FUENTESEC. En cuanto á ese particular, estoy tranquilo. Mariblanca, que como sabeis, al verse despreciada de Blasillo se ha vuelto bruja, merced á la cola que compró en la almoneda de Fausto, me ha prometido velar por mí. En las horas en que mi pata de cabra esté cesante, escitará las pasiones del corazon de Lisardo, por medio de su mágica fascinacion; y como el talisman de Lisardo, dejará de serlo dentro de tres dias, pasado este tiempo, podré yo casarme impunemente con Florinda, si antes no he tenido ocasion de conseguirlo. Lisardo es jóven, y no podrá resistir á los encantos de la hechicería.

M. PEDRO. Ah!...

FUENTESEC. Con que ya veis si puedo estar tranquilo. Pero no perdamos el tiempo en inútiles razonamientos. Lisardo es más que probable que venga por estos alrededores con objeto de descubrir el paradero de Florinda. Aunque lo descubra, no creo posible un rapto. No obstante, por lo que pueda ocurrir, he puesto mi casa en pié de guerra, y si seguís mis instrucciones, nada tengo que temer.

CATALINA. Descuidad.

M. PEDRO. Podeis dormir á pierna suelta.

FUENTESEC. Ea, partid. (Vase Catalina.)

M. PEDRO. Una palabra. Podeis prestarme vuestro talisman por espacio de cinco minutos?

FUENTESEC. Con qué objeto?

M. PEDRO. Con el de entusiasmar al ejército al tiempo de dirigirle la palabra.

FUENTESEC. No hay inconveniente, tomad. (Le entrega la pata de cabra.)

M. Pedro. Ni Ciceron se igualará conmigo. Querido yerno, quedad con Dios. (Vase por la derecha.)

Fuentesec. Id con él, querido suegro. (Con audaces como Lisardo, nunca hay bastantes precauciones. (Vase por la izquierda.)

ESCENA V.

BLASILLO, por escotillon.

Blasillo. Gracias amigo mio, muchas gracias. Adios y no apagueis vuestra linterna, si no estais de humor de aplastaros las narices contra cualquiera de esas rocas... Pues señor, es una delicia esto de la mágia! Merced á una píldora que sustraje de la caja de mi amo, deseo venir al jardin de Fuenteseca y héme en el jardin: por cierto que he traido un acompañante de gusto. Cara más fea! Es hermoso este jardin. Quién viene? Ah! es Fuenteseca. Manos á la obra... y á ver si descubrimos la verdad. (Paséase con aire importante.)

ESCENA VI.

BLASILLO y FUENTESECA.

Fuentesec. (Todo está tranquilo; no hay el menor síntoma de insurreccion. Qué! (Reparando en Blasillo.) Un extraño aquí!

Blasillo. (Ya me ha visto.) (Vuélvese de espaldas.)

Fuentesec. (Se vuelve de espaldas? Es cortés por vida mia!) Servidor, hidalgo.

BLASILLO. (Con desden.) Hu?

FUENTESEC. Qué ? (Hay cosa como esta ?) Eh, señor mio, señor mio ?

BLASILLO. (Con desden.) No me molestes, muchacho, no me molestes; déjame en paz.

FUENTESEC. Cómo que os deje en paz! Me quereis decir con qué derecho estais en este sitio?

BLASILLO. Y quereis vos decirme con qué derecho me dirigís esa pregunta?

FUENTESEC. Con el de la propiedad. Sabed que soy el dueño de esta finca.

BLASILLO. El dueño de... Perdonad, pero os habia tomado por un... como teneis esa facha de cochero...

FUENTESEC. (Pues no hay duda que se va enmendando.)

BLASILLO. Quién habia de suponer!... En fin, os pido mil perdones. (Con adulacion.) Teneis un parque magnífico.

FUENTESEC. (Disgustado.) Sí, eh?

BLASILLO. Veo que seguís incomodado... Vuelvo á rogaros que me perdoneis... no extrañeis que os desconozca, como soy forastero...

FUENTESEC. Ah!, sois forastero!... (Ironia.) natural de la Alcarria?

BLASILLO. De Extremadura.

FUENTESEC. Ya: vamos, un choricero. Venís á vender embutidos?

BLASILLO. Vengo á comprar ganados, pero este objeto es secundario. (Confidencialmente.) El principal es otro.

FUENTESEC. Cuál?

BLASILLO. Asistir á una boda, que si ha producido en todas las provincias el mismo efecto que en Extremadura, debe estar siendo actualmente la irrision de toda España.

FUENTESEC. (Escamado.) Y dónde debe verificarse esa boda?

BLASILLO. Aquí en las cercanías de Madrid.

FUENTESEC. Y entre quiénes?

BLASILLO. Entre una niña de quince abriles y un viejo setenton

Ella bonita, él feo; ella discreta, él tonto, pero... (En confianza.) tonto de capirote.

FUENTESEC. (Crece la escama de Fuenteseca.) Y sabeis sus nombres?

BLASILLO. La niña se llama Florinda.

FUENTESEC. Y él?

BLASILLO. El señor de Fuenteseca.

FUENTESEC. (Estallando.) Rayos del cielo!

BLASILLO. Qué os ha dado?

FUENTESEC. Choricero, vas á fenecer!

BLASILLO. Yo?

FUENTESEC. Vas á fenecer, choricero! Una espada!

BLASILLO. Pero por qué?

FUENTESEC. Muérete: soy Fuenteseca!

BLASILLO. Vos! Soy un imbécil.

FUENTESEC. Empiezas á temerme: no es verdad? Una espada!

BLASILLO. Digo que soy un imbécil porque no os he reconocido en vista de la exactitud de los informes.

FUENTESEC. Esto más! Vais á batiros conmigo. Voy á traer mis armas.

BLASILLO. Si no quereis incomodaros, tomadlas de allí. (Señala un rosal.)

FUENTESEC. De dónde?

BLASILLO. De aquella panoplia. (Conviértense en panoplias los rosales.)

FUENTESEC. (Con temor.) Demonio, es brujo como yo!

BLASILLO. Qué es eso? teneis miedo? (Toma Fuenteseca la espada, que despues de desnuda conviértese en plumero.)

FUENTESEC. Miedo un Fuenteseca? Poneos en guardia.

BLASILLO. (Con burla.) Calla; un plumero! Limpiadme los zapatos, caballero. (Fuenteseca deja la espada y toma la daga que se convierte en abanico.)

FUENTESEC. No la quiero: con la daga me sobra Otra?

BLASILLO. Refrescaos, amigo mio, refrescaos.

FUENTESEC. Sabed que no me asustan las brujerías. Yo tambien soy hechicero!

BLASILLO. No de cara por cierto.

FUENTESEC. Y podeis agradecer la vida á que no tengo encima mi talisman en este momento!

BLASILLO. (Qué buena ocasion!) (Tomando una espada de la panoplia de la derecha.) Ea, podeis tirar.

FUENTESEC. Asesino! (Porque Blasillo le acomete.)

BLASILLO. (Tirandole estocadas.) Os voy á dividir el corazon.

FUENTESEC. Favor!.. socorro!.. Maese Pedro, traed mi talisman.

BLASILLO. Muere, perro!

FUENTESEC. Ay! (Blasillo atraviesa de una estocada el pecho de Fuenteseca dejandole clavado sobre el árbol de la izquierda. Toma acto continuo otra espada de la panoplia.)

ESCENA VII.

DICHOS y MAESE PEDRO.

M. PEDRO. Qué os ocurre, querido yerno? Jesús, qué horror!

BLASILLO. Ahora me pagarás los palos que me has dado en esta vida, vergante! (Acomete espada en mano á maese Pedro.)

M. PEDRO. Ay!... que me matan, que me matan! A mí los arcabuceros!

BLASILLO. No han de valerte los gritos. Toma. (Tirale una estocada y deja clavado á maese Pedro en el arbol corpóreo de la derecha. El público debe ver las empuñaduras de las espadas que atraviesan á maese Pedro y Fuenteseca. Toma Blasillo de la panoplia una tercera espada que envaina despues de tomarla.)

M. PEDRO. Huy!

BLASILLO. Soy un héroe! Vengan hombres, que voy á despacharlos uno á uno como si fueran hormigas. (Resollando fuerte.) Brrr!...

FUENTESEC. Tened compasion de nosotros por las once mil vírgenes.

M. PEDRO. Por los clavos de Jesús os lo pedimos.

BLASILLO. Muy bien, señores mios, muy bien. Já! já! (A Fuente-

seca.) Lorito, eres casado? (A maese Pedro.) Daca la pata. Aquí soy yo el poderoso. Tú, Fuenteseca, aprende en ese tormento á no despreciar á los villanos, y tú, maese Pedro, á apalear menos á los cuadrúpedos.

M. PEDRO. Pero qué tienen que ver los cuadrúpedos con lo que nos está pasando.

BLASILLO. Sabed y espantaos, que soy Blasillo.

FUENTESEC. Debíamos haberlo conocido, señor mio, porque lo que estais haciendo con nosotros es una insigne borricada.

M. PEDRO. Advertid, querido yerno, que no es esta buena ocasion de insultos.

FUENTESEC. Qué habeis hecho de mi talisman?

M. PEDRO. Se lo entregué á Catalina para que *desengatara* al cocinero cuyas funciones hacian mucha falta.

FUENTESEC. Qué poca prevision! Llamadla!

BLASILLO. Llamadla si os atreveis. Antes de pronunciar la segunda sílaba de su nombre, habrán cortado esas espadas el hilo de vuestra existencia.

FUENTESEC. Pero si hemos de morir de todos modos, vamos á morir defendiéndonos. (Gritando.) A mí los criados!

M. PEDRO. Catalina!

BLASILLO. Yo os haré enmudecer.

FUENTESEC. Agua.

M. PEDRO. Agua.

BLASILLO. Eso es otra cosa. Voy á cumplir vuestro deseo.

M. PEDRO. Favor!

FUENTESEC. Socorro!

BLASILLO. Reuníos, amantes desgraciados, y enmudeced vosotros. (Ábrese el pedestal del centro convirtiéndose en un magnífico cuadro de flores, dentro del cual se hallan Lisardo y Florinda. La estátua ecuestre queda convertida en templete: aparece en él Jazmin. Los árboles sobre los cuales están clavados Fuenteseca y Maese Pedro, se trasforman en hermosas fuentes con vistosos juegos de agua. Maese

Pedro y Fuenteseca echan un grueso caño de agua por la boca. Aparecen junto á las pajareras dos grupos de criados armados.)

CRIADOS. A ellos!

BLASILLO. Fuera de aquí! (Conviértense las pajareras en dos bocas de caverna, de las cuales salen fieras y pajarracos de gran tamaño que persiguen á los criados.)

JAZMIN. Cesa por espacio de una hora el poder de la pata de cabra.

MARIBLANC. (Que sale de un pedestal que le abre paso cubierta con una túnica de hechicero.) Sí, pero comienza el mio.

BLASILLO. Está fresquita, señores! No haya miedo que se os pare ninguna espina en la garganta. Já! já! Buen provecho... Já! já!

MUTACION.

Selva corta.—A la izquierda, la fachada de una venta con puerta practicable, sobre la cual á su tiempo ha de aparecer este letrero: *Venta del Brujo.*

ESCENA XIII.

FLORINDA, LISARDO y BLASILLO. Despues MARIBLANCA vestida de ventera.

BLASILLO. Y os hubiera reunido aun cuando hubiera tenido que luchar con una falange de brujos.

FLORINDA. No puedo recordar sin sonreirme la cara que ponia Fuenteseca para arrojar el agua.

BLASILLO. Pues no tenia nada de seca la fuente en que yo le

convertí. Digo, si en vez de arrojar el agua hubiera tenido que tragársela, ya habria reventado á estas horas.

LISARDO. Qué venta es esa? (Aparece el letrero)

BLASILLO. (Leyendo.) La venta del Brujo.

LISARDO. Entremos en ella, Florinda mia, y discurramos el medio de ponernos al abrigo de las persecuciones de tu padre y de mi odioso rival.

FLORINDA. Como gustes.

BLASILLO. (Llamando á la puerta de la venta.) Ah, de la venta!

MARIBLANC. (Saliendo.) Quién vá?

BLASILLO. Hay posada para tres personas que comen poco y pagan mucho?

MARIBLANC. (Ellos son.) Sí hay. Adelante, señores; no me retardeis el placer de ver honrada mi venta con unos huéspedes tan nobles como vosotros.

LISARDO. Qué ventera tan fina!

BLASILLO. A ver? (Tocándola una mano.) Fina es por vida mia, como una pieza de velludo

MARIBLANC. Entrad con Dios señores mios. (Á Blasillo despues de haber entrado Florinda y Lisardo.) Pasad.

BLASILLO. Despues de vos. Ay qué ojillos tan retrecheros! (Tocándole la mano segunda vez)

MARIBLANC. Eh! qué habeis hecho?

BLASILLO. Nada: os estaba espantando un mosquito. (Caramba si es fina!)

MARIBLANC. Pase por esta. Seguidme.

BLASILLO. (Entrando en la venta.) Ay! ay! ay!

MUTACION.

Interior de la venta.

ESCENA IX.

ESTUDIANTES, REPRESENTANTES, ARRIEROS y ACOMPAÑAMIENTO. Aparecen tocando y cantando. Mucha animacion, guitarras, flautas y panderetas.

(Canta el coro una copla.)

ESTUD. 1.° Pero qué trabajo os costará recitarnos una relacion de Argenis y Poliarco?

REP. 1.° Tengo la garganta en carne viva...

ESTUD. 2.° No importa... recitadla.

VARIOS. Sí, sí; que la recite.

REP. 1.° Pues que baile conmigo unas seguidillas la Argandeña.

UNA MUJER. Conmigo? Baile vuesa merced con la Pelona que ha sido su pareja toda la noche.

REP. 1.° Miren la celosilla.

MUJER. De quién?... (Con desprecio.) Ba!

VARIOS. Oh!

ESCENA X.

DICHOS.—LISARDO, FLORINDA, BLASILLO y MARIBLANCA por la puerta de la derecha.

MARIBLANC. Adelante, señores.

LISARDO. Buenos dias.

VARIOS. Felices los dé Dios. (Sigue la música, pero de modo que no sofoque el diálogo.)

FLORINDA. (Con disgusto.) Cuánta gente!

LISARDO. Ventera, hacednos el favor de darnos un cuarto.

MARIBLANC. La señora puede instalarse en ese desde luego. (Uno de la izquierda.)

LISARDO. Vamos. (Coge á Florinda de la mano y se dispone á marchar.)

MARIBLANC. Perdonad, señor galan; vos ocupareis el de enfrente con vuestro criado. No tengais pena por esta dama, que nada ha de faltarle. Yo destinaré inmediatamente una doncella á su servicio.

BLASILLO. Destinadme á mí otra, si os parece, porque vengo rendidísimo.

LISARDO. Calla.

BLASILLO. Callo.

LISARDO. Hasta despues, Florinda mia.

MARIBLANC. Lorenza, acompaña y sirve á esta señora. (Caísteis en el lazo.) (Al acompañamiento.) Vosotros, señores, tened la bondad de pasar al corral, donde no incomodareis á los huéspedes con vuestra música. (Vase Florinda acompañada de una moza.)

BLASILLO. (Con mal modo.) Eso, eso; al corral á divertir á las gallinas, que aquí no estamos para jaleo.

MARIBLANC. Estos señores están muy cansados y...

BLASILLO. Y no queremos solfas, claro. Vaya con la gentecilla!

VARIOS. (Dirigiéndose hostilmente hácia Blasillo.) Qué es eso de?..

LISARDO. Eh!.. haya paz. Ventera, mandad traer unos jarros de lo tinto, para que beban á mi salud. Siempre estás dispuesto á armar peloteras!

BLASILLO. Como soy tan bravo!

LISARDO. Vosotros, señores, hacedme la merced de obsequiar con un par de coplas á mi futura esposa. (*A una órden de Mariblanca, dos criados sacan jarros con vino y vasos. Beben el coro y el acompañamiento.*)

VARIOS. Con mil amores.

BLASILLO. Quieres que yo las cante?

LISARDO. Si estos señores lo permiten...

ESTUD. 1.° Por qué no? Odios á un lado. Cantad hasta que os plazca, amigo mio. (*Le da la mano á Blasillo.*) Echémosle tierra á nuestra pendencia.

BLASILLO. No, mejor será que le echemos vino.

VARIOS. Bueno.

OTROS. Ole! (*Blasillo sirve vino á los del acompañamiento.*)

OTROS. A beber!

MÚSICA.—JOTA.

BLASILLO.
Dichoso el galan, Florinda,
que tu hermosa cara sigue,
porque sin mirar al norte
tiene estrella que le guie.
Cuando los ojos alzas
al cielo tú,
sus luceros brillantes
pierden la luz.
Deja, por Dios, que luzcan
quietos allí,
no á los luceros mires,
mírame á mí.

CORO.
Cuando los ojos alzas
al cielo tú,
etc., etc., etc., etc.

LISARDO. Ea, señores, muchas gracias.

MARIBLANC. Vamos, apurad el último trago y cese por completo vuestra música. Permitid que el sueño repare el cansancio de aquella señora.

VARIOS. Felices dias. (Los criados retiran los vasos y los jarros.)

OTROS. Buen viage. (Vánse los de acompañamiento, derecha.)

BLASILLO. Id con Dios, buenas gentes, y si alguna vez necesitais que os acorra en algun peligro, ya sabeis los puntos que calza mi valor. Llamadme sin cortedad. Adios, adios.

BLASILLO. Y vuesa merced no desea unos bartolillos y una copa del rancio, mientras se dispone la yanta? (Pone sobre la mesa vino y bartolillos que ha traido un criado.)

LISARDO. Sí deseo, deliciosa ventura.

MARIBLANC. Voy á serviros en un credo. (Lisardo y Blasillo siéntanse á la mesa colocada en el centro.)

BLASILLO. (Esa ventera me... me... Ay!)

LISARDO. Estás enfermo? Qué tienes?

BLASILLO. Dolor de muelas.

LISARDO.. Ea, escánciame, y bebe tú.

MARIBLANC. (Bebed ese licor infernal que adormece los sentidos, infelices!) (Mirando á Mariblanca vierte Blasillo el vino sobre la mesa.)

LISARDO. Pero qué haces, majadero? No vés que viertes el vino sobre la mesa?

BLASILLO. Que vierto el?... Pues es verdad!

MARIBLANC. (Riendo.) Ja! ja!

BLASILLO. Ja! ja! (Hombre, qué alegrilla es!)

MARIBLANC. Dadme acá la botella: yo os escanciaré. (Escancia.)

BLASILRO. Ventera, sois... sois...

MARIBLANC. Qué?

BLASILLO. Un bartolillo: venga un bartolillo.

MARIBLANC. Bebed.

LISARDO. A vuestra salud. (Bebe.)

MARIBLANC. Gracias.

BLASILLO. (Ofreciéndola un vaso.) Probadlo, ventera.

MARIBLANC. Imposible, me haria daño: estoy en ayunas todavia.

BLASILLO. Conque en ayunas? Ay! Pues ya, ya podíais desayunaros. A vuestra salud. (Bebe.)

LISARDO. Quereis servirme otro vaso?

MARIBLANC. Con mil amores.

LISARDO. Es restaurador este vinillo.

BLASILLO. Otro traguete. (Bebe.)

MARIBLANC. Tomad.

LISARDO. (Es particular... se me oscurece la vista!)

MARIBLANC. (La embriagnez debe sobrevenir inmediatamente!)

BLASILLO. Ja! ja! Hombre, me corre ya la alegría por todo el cuerpo! (Ebrio ya.) Ventera... apoyad los codos sobre la mesa.

MARIBLANC. Oxte, señor escudero. (Desviándose de la mesa.)

BLASILLO. Qué? Hombre, qué honor para mi! Jesús! Me nombran sultan de Constantinopla!

LISARDO. (Ebrio tambien.) Siento embriagados mis sentidos... y... un velo densísimo cubre... Ah!... (Se queda medio dormido.)

BLASILLO. Otro traguete... vente...

MARIBLANC. (Dormid, incautos. Yo entre tanto volveré á Florinda al palacio de Fuenteseca. (Entra en el cuarto de la izquierda.)

ESCENA XI.

LISARDO, BLASILLO y poco despues MARIBLANCA.

BLASILLO. Que le corten el pescuezo á ese mancebo, mameluco! Ja! ja! Nada, no hay perdon. Robar dos dátiles de mi jardin! Pues es una friolera! (Lastímase la nariz sobre la mesa.) Ay! me han dado con la sublime puerta en las narices!

LISARDO. (En sueños.) Gozar! Esa es la vida... Un tejido de placeres.

BLASILLO. Adelante, Bajá... sentaos; id con cuidado no sea que os muerda mi faldero alguna de vuestras colas. Qué hay de cosas? A quién le cortamos la cabeza? Hombre!.,. con que esas tenemos? Ay, señores chinos! yo os aseguro que no jugareis con el gran turco. Rascadme esta pantorrilla. Bajá... cómo no limpian estas alfombras todo lo necesario?...

LISARDO. (Adormecido.) Os amo á todas... á todas... sois bellísimas.

BLASILLO. Quién lo habia de decir de los chinos!... (Mas ébrio cada momento.) tan pelados y tan... Rascadme esa otra... Bajá... Gracias. Pues bien, declaradles la guerra... porque... Perdonad, Bajá, pero me han traido un tronco de georgianas y no le he visto todavia... Chis!... eh! eunuco! llévame la cola! (Levantándose Lisardo y Blasillo.)

LISARDO. Es hermosa esta isla... quiero morir en ella. (Cayendo al suelo.)

BLASILLO. Já, já! Vamos, Fátima, estáte quieta... Zoraida, no juegues... (Como si le hicieran cosquillas. Salen los criados y se llevan la mesa y las sillas.) mira que me incomodo contigo... Vamos, niñas; esto es Jauja! Jauja? Jauja... No seria malo. A ver?

MARIBLANC. (Al paño.) Sándios! su presencia en la posada no es favorable para mis proyectos.

BLASILLO. (En alta voz.) Jauja?.. yo quiero ir á Jauja. (Cayendo al suelo.)

MARIBLANC. Me acomoda. Vas á cumplir tu deseo inmediatamente. Recobrad el sentido en buen hora, que yo me encargo de haceros olvidar á Florinda. Volad á Jaujá.

MUTACION.

Telon de gasas, en cuyo centro á su tiempo ha de aparecer la palabra JAUJA escrita en letras de oro. Poco á poco se van disipando las nubes. Música en la orquesta.

ESCENA XII.

BLASILLO, LISARDO, una NINFA con una vara de oro en la mano: la ninfa toca con la vara á Lisardo y Blasillo. Recobran estos el sentido.

LISARDO. (Despertando y levantándose.) Eh! dónde estoy?

BLASILLO. Voy. Ya voy. hombre ya voy. Si no son las cinco todavía... (Levantandose y reparando en la ninfa.) Eh? qué vision es esta?

LISARDO. Es un sueño lo que me pasa?

BLASILLO. Tambien hubiérais podido vestiros para presentaros. (La ninfa dice con la accion que está vestida.)

LISARDO. Dónde estamos?

BLASILLO. Esperad que se disipe el humo, y veremos claramente. (Dice que no la ninfa) Que no se disipará? Pero no es más fácil que hableis?

LISARDO. Qué pais es esté? (Señala la ninfa junto del telon y aparece la palabra Jauja.)

BLASILLO. Jauja! Demonio, si estamos en Jauja! Hombre, qué

delicia! Pero quereis hablar con cincuenta santos? (La ninfa dice que no.) Os está prohibido? Sois muda? (Dice que no.) Ah! Vamos, ya lo comprendo. Es que en Jauja, para que la felicidad sea completa, son mudas las mujeres. Pero esto es sombrío y triste. Yo quiero ver á Jauja en todo su explendor, en todo su poder y magnificencia. Hola, obedecedme!

MUTACION.

Desvanécense las nubes y dejan ver el pais de Jauja. Rios de leche, cascadas de almíbar, árboles con frutas de oro, etc. etc. En lontananza la vista de la ciudad. Procúrese dar á esta decoracion toda la fantasía imaginable. En el centro del teatro aparecen en grupo las bailarinas: están muellemente tendidas al pié de los bastidores sobre almohadones de ricas telas. Váse la ninfa.

LISARDO. Qué admiracion!

BLASILLO. Ajajá! Esto es otra cosa. Que me festejen con un baile magnífico.

GRAN BAILE.

ESCENA XIII.

DICHOS, MARIBLANCA, despues JAZMIN por escotillon. Terminada la primera parte del baile, óyese el sonido de una campana chinesca. Amedréntanse todos.

LISARDO. Qué ruido es ese?

BLASILLO. Ay... me flojean las piernas!

JAZMIN. Vuelve á recobrar su poder la pata de cabra, mira. (Señala al fondo, vése cruzar los aires á Florinda montada en un carro de oro tirado por cisnes.)

LISARDO. Florinda!

JAZMIN. Ya has perdido un dia: hasta mañana. (Yéndose.)

LISARDO. Mentecato de mí!

BLASILLO. Pobres de nosotros! Por supuesto que aquí debe de andar la mano de esa bruja de Mariblanca! Como la tuviese á tiro...

MARIBLANC. Necio! (Dándole un bofeton y desapareciendo.)

BLASILLO. Ay! No lo dije? (Corriendo.)

GALOP FINAL.

Telon despues del baile.

ACTO SEGUNDO.

Selva corta.—A la derecha, ruinas del castillo de Fausto.

ESCENA PRIMERA.

FUENTESECA.—MAESE PEDRO.—CATALINA, FLORINDA y ALDEANOS de ambos sexos. Al levantarse el telon, estos últimos rodean á FLORINDA y por medio de sus acciones manifiestan darle el parabien por su regreso, FUENTESECA y MAESE PEDRO forman grupo aparte.

FUENTESEC. Nada, nada, lo que es esta vez yo andaré listo.

M. PEDRO. Es lo mejor... dice el refran, «aqui te pesco, aquí te cazo,» digo, aquí te caso... que es lo más urgente.

CATALINA. Pero debes haber llegado rendida?... Venir en tan poco tiempo desde Jauja como quien nada dice!

FLORINDA. No, madre mia, no estoy cansada; como es tan cómodo el carricoche en que hemos venido...

M. PEDRO. Florinda siente ya inclinacion hácia vos... no lo dudeis.

FUENTESEC. Si no lo dudo! Yo poseo un exterior capaz de enamorar el corazon más rebelde... y en cuanto á mis prendas morales—modestia á un lado;—pero no desperdiciemos los instantes. Id en un vuelo á buscar al escribano; llevadle á mi quinta en volandas si es preciso... Al paso avisad al señor cura... Dentro de una hora las cartas y en seguida á la iglesia.

M. PEDRO. Perfectamente discurrido.

FUENTESEC. Yo, entretanto, me dirigiré á palacio con Florinda... que no os olvideis! Dignaos, hermosa mia, aceptar mi brazo. (Llega hasta Florinda.)

FLORINDA. (Con mal disimulado disgusto.) Dónde me llevais?

FUENTESEC. Al palacio que en breve ha de ser vuestro. En él lo mismo que en mi corazon sereis la soberana. (Toma Florinda el brazo de Fuenteseca.)

FLORINDA. (Pobre Lisardo!)

FUENTESEC. Suspirais? Lo comprendo. Yo tambien... (Suspira exageradamente.) Ay! El brazo: en marcha. Criados, seguidme.

FLORINDA. Infeliz de mí! (Vanse todos por la izquierda.)

ESCENA II.

MARIBLANCA, que sale de las ruinas vestida con una túnica de color de grana. Lleva caperuza de mago y barba blanca.

MARIBLANC. Lisardo no tardará en venir: acaba de revelármelo el conjuro. Oculta bajo este disfraz, no será fácil que me reconozca. Qué? debo haber equivocado alguna dósis. Lisardo llega más pronto de lo que esperaba... Hélo aquí. Lo mismo es para mi objeto.

ESCENA III.

MARIBLANCA, LISARDO por la izquierda.

LISARDO. Aquí es efectivamente: reconozco estos lugares. Guarde Dios al anciano.

MARIBLANC. (Voz de viejo.) Guarde Dios al caballero.

LISARDO. Tendreis la bondad de decirme si es este el castillo de Fausto?

MARIBLANC. El mismo.

LISARDO. Sois por ventura el hechicero sucesor?

MARIBLANC. Para serviros.

LISARDO. Poco tiempo ha estado vacante la plaza.

MARIBLANC. Ninguno. Aun estaba caliente el cadáver de Fausto cuando tomé posesion de la alcaidia.

LISARDO. Y sois tan hechicero como él?

MARIBLANC. Más. (Hace Lisardo un gesto de duda.) Lo dudais? Haced una prueba.

LISARDO. Sabeis mi nombre?

MARIBLANC. Lisardo.

LISARDO. Y mi objeto al venir á este castillo?

MARIBLANC. Buscar la rama de oro que comprásteis en la almoneda, para Florinda vuestra novia.

LISARDO. Por qué tengo yo interés en poseer la rama de oro?

MARIBLANC. Porque Jazmin, ese geniecillo que os proteje, os ha revelado hace una hora, que dicha rama es un talisman mucho más poderoso que vuestras píldoras y que la pata de cabra que posee Fuenteseca vuestro rival. Dueño de la rama de oro, seríais invencible.

LISARDO. Quedo convencido. Sois un verdadero brujo. Llevaríais vuestra bondad hasta el extremo de guiarme?

MARIBLANC. Con mucho gusto. Pasad si os place.

LISARDO. (Dirigiéndose hácia las ruinas.) Vamos. (Entra Mariblanca en el castillo. Lisardo deliénese á la puerta al oir la voz de Blasillo.)

BLASILLO. (Dentro.) Ay! Ay! Que me voy á desnucar!

VARS. ALDS. (Dentro.) No corteis la cinta.

OTROS. Esperad que baje un poco.

LISARDO. Qué es eso?

BLASILLO. No hay remedio, me va á estrellar. Virgen de Atocha!

LISARDO. Esa voz... parece la de Blasillo. (Va hácia la izquierda.)

BLASILLO. Ay!.. Ay!.. Ay!..

ALDEANOS. (Dentro. Grito agudo.) Ay!!...

LISARDO. El es, no hay duda. Blasillo! (Al llegar Lisardo al bastidor, los aldeanos de acompañamiento traen en hombros á Blasillo.)

BLASILLO. Quién me llama? Ay!.. Ay!.. una cama pronto, una cama... ó dos.

LISARDO. Dejadlo aquí. (Siéntanle sobre una sillita de tijera.)

ESCENA IV.

LISARDO, BLASILLO y ALDEANOS.

BLASILLO. Debo tener rotos todos los huesos de mi cuerpo. A ver... registradme...

ALD. 2.° Si ya os hemos reconocido y no teneis daño ninguno!

BLASILLO. Ya... vamos; entonces... es que... que no tengo daño ninguno... Pues creed que me alegro mucho... hospitalarios campesinos.

LISARDO. Pero Blasillo!....

BLASILLO. Señor de mi alma! (Reconociéndole.) Tener á mi lado la fortuna y no haberla visto! De buena gana te abrazaria... pero no puedo tenerme en pié.

LISARDO. Déjate de cumplidos.

BLASILLO. Ay! me siento más aliviado con solo verte. Cuántas cosas tengo que contarte!....

LISARDO. Pues ven conmigo al castillo.

BLASILLO. Permite, si no te opones,

que dilaten mis pulmones
los perfumes del tomillo.
Me encuentro tan bien aquí!
Las sombras me dan espanto.
Yo en viendo verde... me encanto;
resábios de lo que fuí.
Tu vista me dá valor.
A ver?.. Muy bien... qué regalo! (Estirándose.)
Desde que no estoy tan malo...
parece que esté mejor.

LISARDO. De dónde vienes?
BLASILLO. De allá.
LISARDO. De Jauja?
BLASILLO. Pues.
UN CAMP. (Asombro entre los aldeanos.) Está loco!
LISARDO. Has tardado mucho?
BLASILLO. Poco.
LISARDO. Quién te trajo?
BLASILLO. Quita allá!
Un lorito ó qué sé yo,
que sabe por vida mia
mucha más cosmografía
que el mismo que la inventó!
Qué animal de más instinto.
Penetracion más extraña!
Díjele «Llévame á España
entre Valdemoro y Pinto.»
Y el malditísimo loro
entendió tan bien el paño,
que aquí estoy, si no me engaño,
entre Pinto y Valdemoro.
CAMP. 1.° Qué embuste!
BLASILLO. Cuerpo de tal!
CAMP. 1.° No hay Jauja.
BLASILLO. Sí.

CAMP. 1.° Quién lo abona?
BLASILLO. Quién? Yo que vengo en persona
de la misma capital.
Que no hay Jauja! No ha de haber?
Buen testigo es mi señor.
CAMP. 1.° Pero existe?
LISARDO. Superior
á cuanto podais leer.
(Duda entre el acompañamiento.)
CAMP. 1.° Yo lo dudo.
BLASILLO. Majadero!
CAMP. 1.° Vaya, qué quieres?
BLASILLO. Mal rayo!
Pase dudar de un lacayo;
mas dudar de un caballero...
V.s CAMP. Es verdad... (Convenciéndose.)
OTROS. (Convenciéndose.) Tiene razon.
CAMP. 1.° Bien... bien... lo creo. (A pesar suyo.)
BLASILLO. Hay tal cosa!
De esa ciudad prodigiosa,
escuchad la descripcion.
(Los aldeanos forman corro alrededor de Blasillo.)
En unos fértiles hondos
por dos montes circundados,
sobre muchos piés cuadrados
alza sus muros redondos.
Fertilizan el verjel
que sus murallas rodea,
rios de dulce jalea
y arroyos de blanca miel,
que antes de dar en el mar
con sus espesas corrientes,
árboles, plantas y fuentes
hacen del suelo brotar.
Cuanto se codicia aquí,

cuanto un sueño caprichoso
pueda inventar, más hermoso
se encuentra de sobra allí.
Alzase allá corpulento,
(no hay ningun árbol mezquino)
junto á una fuente de vino
dando sus ramas al viento,
(Rien los aldeanos.)
un rico peral, creedme,
que produce, y apiñadas,
unas peras confitadas
que están diciendo «comedme.»
Más allá vénse gentiles
haciendo al hambriento ultraje,
pendientes de otro ramaje
dos docenas de perniles,
que al roce de los colmillos
pródigo el árbol arroja.
Y no tiene este árbol hoja.

CAMP. 1.° Pues qué tiene?
(Escuchan todos atentos.)

BLASILLO. Panecillos. (Risas.)
Es una tierra que priva!
Y buñuelos? Dios clemente!
Se comen tan fácilmente!
Con tenderte boca arriba
viendo el azul de los cielos,
ya ves tú si es cosa poca,
justitamente á la boca
te se vienen los buñuelos.
Es de la delicia el colmo.
En Jauja, saberlo debes,
no es cosa del otro jueves
pedirle peras á un olmo,
pues se ven todos los dias

higueras que dan manzanas,
pinos que dan avellanas
y almendros que dan sandías.
Y este placer sin igual
se goza perpétuamente,
bajo un cielo trasparente
y un tiempo primaveral,
pues con tener tanta fecha
tal ciudad nadie ha sabido
que hasta el presente haya habido
ni un año mala cosecha.
No haya miedo que un nublado
del campo el fruto se lleve,
porque llueve, cuando llueve,
azúcar clarificada. (Risas.)
Ni á nadie un pedrisco altera
ni mueve un pedrisco cisco.
Yo he visto en Jauja un pedrisco
de huevos de faltriquera. (Risas.)
Qué diferencia de acá!
Y he visto... Si no me acuerdo!
En fin, chicos, si me pierdo
que me busquen por allá!

CAMP. Buen pais!

BLASILLO. Pais que ciega!

CAMP. Y la ciudad?

BLASILLO. Asombrosa.
La ciudad es más hermosa
todavia que la vega.
Las casas son de turron;
tienen de pan los balcones,
de almibar los escalones
y aldabas de salchichon.
Las alcobas de melada
suelen ser... vamos... te embobas!

Yo me almorcé dos alcobas
el dia de mi llegada. (Risas.)
Do quier que mires, hechizos
es infalible que halles:
están en Jauja las calles
empedradas de chorizos.
Cuanto piensas, realizas...
Conviertes en llanos cerros;
hombre, qué más! van los perros
atados con longanizas,
y con las panzas tan llenas,
y tal reposo en los dientes,
que miran indiferentes
sus incitantes cadenas.
Ni los ojos distraidos
leen letreros menguados;
no hay calle de «Ajusticiados,»
ni plazuela de «Afligidos,
ni cuesta de la Agonia,»
ni otro nombre así tan feo:
mira qué hermoso paseo
di yo en Jauja el primer dia. (Atencion.)
Despues de almorzar jamon
y de apurar una taza,
me encaminé por la plaza
de la Buena digestion,
y calles de la Quietud,
del Reposo, de la Siesta
y de Nunca subas cuesta
al cerro de la Salud,
que es delicioso en verdad
luego por la del Pastel,
dí conmigo en el vergel
de la Gran felicidad;
y por la calle, es memoria,

que de la Cama se llama,
regresé á tomar la cama
por la puerta de la Gloria.
Quieres más dicha? La quieres?
Estos son bonitos nombres!
Y hay unos hombres... Qué hombres!
Y mugeres... qué mugeres!
No hablan como las de aquí,
que es del sosiego lo crítico.
Y qué sistema político
tan admirable hay allí!
Reinan paz y órden profundo:
cada cual está contento:
no se arma un pronunciamiento
ni por nada de este mundo!
No hay aquello de «Cayó?»
pues palo. «Ni hacer el bú,»
ni lo de «Quítate tú
para que me ponga yo.»
Deseando mandar no hay uno:
lo consiguen...

ALDEANOS. Por qué modos?

BLASILLO. Como hay turron para todos
no se alborota ninguno.
Qué humanidad en los jueces!
Qué humildad en el delito!
En fin, señores, repito
cuatro millones de veces,
que si escapo, y con afan
quieren el bulto pescarme,
vayan á Jauja á buscarme
que en Jauja me encontrarán.

CAMP. Yo tiemblo con solo oillo!

OTRO. Pues yo en marcharme no tardo.

ESCENA V.

Dichos y MARIBLANCA que ha salido antes y se ha colocado junto á LISARDO, sin llamar la atencion de nadie.

Mariblanc. Si os acomoda, Lisardo,
podeis pasar al castillo.
Blasillo. Demonio!
Camp. El brujo, corred. (Huyen con espanto.)
Blasillo. Brujo dicen? Guarda Pablo!
Mariblanc. Huyen como del diablo
de mí esos menguados!... Ved
Y este mozo? (Por Blasillo.)
Blasillo. Servidor.
Lisardo. Mi criado.
Mariblanc. Listo parece.
Lisardo. Sí que es listo.
Blasillo. Se agradece:
lisonjas de mi señor.
Mariblanc. Y es muy buen mozo y muy fino;
no nació para criado.
Blasillo. Pues me veis averiado
con el polvo del camino,
que si no...
Lisardo. Basta.
Mariblanc. Venid.
Blasillo. Muy guapo soy!
Lisardo. Calla, loco.
Blasillo. Voy á ser dentro de poco
el Narciso de Madrid. (Entra contoneándose en el castillo. Mariblanca y Lisardo han entrado un poquito antes.)

MUTACION.

Gabinete gótico en el castillo de Fausto.—La altura de este gabinete debe reducirse por medio de dos grandes bambalinas en forma de arco. A la altura conveniente aparecerán colgados de la pared doce cuadros ovalados, con doce retratos de magos, perfectamente parecidos entre sí, y al disfraz de mago adoptado por Mariblanca. Los retratos deben ser de medio cuerpo. A su tiempo han de abrir las bocas y mover los ojos. En el centro del proscenio un sillon: sobre él dos libros y un gorro de dormir. Junto á la tapia, y enfrente del público, y dejando en medio la puerta del foro, dos camas. Oscuridad. En el centro una lámpara sin luz colgada.

ESCENA VI.

MARIBLANCA, LISARDO y BLASILLO por el foro.

MARIBLANC. Entrad sin miedo.

BLASILLO. ¡Habeis creido, señor nigromante, que somos como los murciélagos, que ven de noche?

LISARDO. La oscuridad es profunda efectivamente.

BLASILLO. A ver. (Aparece luz en la lampara y queda el teatro á media luz.) Ajajá! Esto ya es otra cosa. Calla! Pues este recinto es todo un Museo de pinturas! ¡Uno, dos, cuatro, ocho, doce cuadros!...

MARIBLANC. Son los retratos de mis antecesores.

BLASILLO. Hombre, qué feos son todos, y cómo se parecen á vos! (Mariblanca le amenaza con un gesto.)

LISARDO. Es este por ventura el panteon del castillo?

MARIBLANC. No; esta es la sala donde las brujas del contorno celebran sus aquelarres, siempre que hay que tratar algun asunto importante, concerniente á la hechicería.

BLASILLO. Las brujas? Ay! Y decidme, abuelo, sabeis si hoy es dia de sesion. (Escamado.)

MARIBLANC. A las doce están convocados los brujos.

BLASILLO. Voy. (Dando una fuerte voz.) Me parece que me han llamado.

LISARDO. Quédate en este sitio.

MARIBLANC. Tú, Lisardo, puedes, si gustas, empezar á buscar desde luego la rama de oro. Tú, Blasillo, ahí tienes cama y libros; duerme ó instrúyete, como quieras: si necesitas alguna cosa, llama y acudirán mis criados subterráneos. Hasta despues. (Vase Mariblanca por el foro.)

LISARDO. Guárdeos Dios.

BLASILLO. Que Dios os guarde.

ESCENA VII.

LISARDO y BLASILLO.

BLASILLO. Qué campechano es el abuelo!

LISARDO. Me quita la esperanza de hallar la rama de oro, el ver que no se opone el hechicero á que verifique el registro del castillo.

BLASILLO. Señor, por qué no te acuestas?

LISARDO. Tienes razon. No hay mejor consejero que la cama. Pon la lengua en reposo y á dormir.

BLASILLO. Vas á acostarte?

en seguida. Mira, mocito, chis! Ten la bondad de ayudarme. (Entre un demonio y Blasillo van tirando de los cajones de la cómoda que oculta á Lisardo segun lo marca el diálogo.) No te impacientes, señor, no te impacientes... (Viendo vacío el primer cajon.) Qué!... Nada. Estará en el otro? (Tiran Blasillo y el otro demonio del cajon segundo, del cual cae un sombrero.) Tampoco! Qué es esto? Ah! Es su sombrero! Señal de que ha pasado por aquí. De fijo está en el último. Tira, moreno. No lo dije? (Sacan el tercer cajon y de él una contrafigura perfectamente parecida á Lisardo, que dejan tendida en el suelo.) Aquí está, pero no respira! A ver... Agua! Vinagre! Pobre amo mio! No temas, yo te restituiré á la vida. Esto debe ser parálisis de la sangre. Acaso con unas friegas... Morenitos, teneis la bondad de ayudarme? (Dicen que si.) Pues anda. (Pónense á dar friegas á la contrafigura que va perdiendo el volúmen á la manera que le ocurriria á un cuerpo humano, si no le dejasen más que la epidermis y el vestido.) Fregar, hijos, fregar: fuerte, fuerte; 'miradme á mí. Así, eso es. Ay! ay! ay! que se vá! Señor... señor? Calle! Pues ya se ha ido. Qué es esto? A ver, á ver. (Registrándole los bolsillos.) Ah! Estoy tranquilo. Cuando se ha llevado sus píldoras, es señal de que no se ha muerto. El accidente no merece la pena de perder el sueño. Eh! flanco derecho, morenitos. No me entendeis? que os marcheis que no os necesito. (Vanse los demonios por escotillon.) Sí, pero, donde me acuesto yo, si volaron las camas? Vaya, me arreglaré en el sillon, como Dios me dé á entender. (Siéntase en el sillon en el centro del proscenio.) A ver. No es muy cómodo que digamos, pero... en fin, puede pasar. Qué es esto? Calla! Un gorro de dormir! Del hechicero sin duda. Bien se cuida su señoría. No me viene mal, porque empezaba á sentir frio en la cabeza.

Pues señor, sentado aquí, (Bosteza.)

LISARDO. Sí. (Echase sobre una cama.)

BLASILLO. En ese caso, obedezco. (Echase sobre la otra.) Hola! parece que nos aprieta el sueño, eh?

LISARDO. Quieres dejarme en paz, hablador?

BLASILLO. Ajajá! Ay! Qué ganas tenia de tomar la horizontal!

LISARDO. Te he dicho que calles. (Pausa.)

BLASILLO. Señor?

LISARDO. (Indignado.) Otra?

BLASILLO. Es una pregunta del mayor interés. Encuentras dura tu cama?

LISARDO. Mucho. Parece una piedra.

BLASILLO. La mia parece dos. Es imposible conciliar el sueño sobre ella.

LISARDO. Y qué pretendes?

BLASILLO. Toma, una cama como pueda tenerla el arcediano más regalon.

LISARDO. No esperes para conseguirlo, que consuma yo una píldora.

BLASILLO. No, si eso debe correr de cuenta del hechicero. A ver! Hola? Es este modo de dar alojamiento? Queremos dos camas cómodas. (Conviértense en cómodas las camas, quedando Blasillo y Lisardo ocultos en ellas.) Ay! que me ahogo! Sacadme por Dios de esta gazapera! Señor hechicero! Señor hechicero! Por la vírgen de Atocha! Hombre, que me voy á ahogar! Ay, Dios mio! (Salen por escotillon dos demonios vestidos de color de grana. Tiran del cajon de arriba y sacan á Blasillo.) Ya respiro. Si tardan dos minutos más vuesas mercedes... (Retrocede espantado al ver á los demonios.) Huy! Demonio! Vaya unos lacayos de gusto! Sois criados del nigromante? (Dicen que sí.) Por muchos años. Decid, hijos mios, se os ha muerto algun pariente? (Dicen que no.) Lo preguntaba porque como vais vestidos de luto... (Parecen los pícaros dos pimientos colorados.) Calla! Y mi pobre amo? Ya se habrá muerto á estas horas! Voy, señor, voy

aaah! daré cada ronquido...

LOS RETR. Aaah! (Bostezan.)

BLASILLO. Qué? No, pues yo he oido
bostezar detrás de mí. (Mira á todas partes.)
El miedo sin duda fué.
Vamos, sí soy un miedoso. (Pónese el gorro.)
(Las caperuzas de los magos trasfórmanse instantáneamente en gorros de dormir.)
Debo de estar muy gracioso
con mi gorro... Jé!...

LOS RETR. Jé! jé! (Carcajada.)

BLASILLO. Ay! no me atrevo á volverme!
Temo del susto morirme!
Si yo pudiera dormirme
diez horas duerme que duerme!
Siento un hormigueo aquí...
que me causa un qué sé yo...
Y no traigo espada! (Apurado.)

LOS RETR. (Con voz hueca.) No.

BLASILLO. Si soy un pollino.

LOS RETR. (Abriendo la boca como siempre que hablan.) Sí.

BLASILLO. Ahora sí que el miedo es gordo! (Temblando.)
Vaya un temblor que me dá!
Me parece que será
lo mejor hacerme el sordo.
Si durmiera!... No podré:
siento frio en las narices...
En fin, probemos... Felices. (Intenta dormir.)

LOS RETR. (A media voz, pero de un modo espantoso.)
Felices las tenga ucé.

BLASILLO. Ya estoy haciendo pucheros:
se me eriza la melena. (Vuelve la cabeza hácia los retratos.)
Ay! Vírgen de la Almudena
qué fila de cocineros!
Si feos con la capucha

estaban, lo que es así...
aun lo están más... Ay de mí!
Qué suerte me espera?

LOS RETR. Escucha.

MUSICA.

CORO. Cuando las doce
de la mañana,
en tus oidos
oigas sonar,
las brujas todas
de estos contornos,
á este recinto
verás llegar.
Despues, Blasillo,
de atormentarte
con uñas fieras
toda la faz,
bien en dragones,
bien en escobas,
por esos aires
te llevarán.

BLASILLO. Cielo divino, (Temblando.)
haz por favor,
parar las ruedas
de ese reloj!
Qué miedo tengo,
pobre de mí!
Qué miedo tengo!
ji, ji, ji. (Llora.)

LOS RET. Pobre Blasillo,
llorando está!
qué miedo tiene!
já, já, já, já! (Rien.) (Suenan solemnemente las doce. Blasillo

anonadado cae en el sillon. Abrense doce boquetes en el muro por los cuales penetran doce brujas de figura horrenda. Despues de examinar á Blasillo, se vuelven á hablar con los retratos. Deben hablar en voz marcada y exageradamente gangosa.)

BLASILLO. Las doce! Ay!
BRUJAS. Quién al mozo á la cueva ha traido?
LOS RET. En la cueva se entró de rondon.
BRUJAS. Será brujo?
LOS RET. No es brujo.
BRUJAS. (Volviéndose de cara á Blasillo.) Pues vamos
en la lumbre á volverle un toston. (Haciendo mil ridículas contorsiones y mortificando á Blasillo con sus varas.)
Lo pincharemos,
lo sajaremos,
ay! ay! qué gusto
cual llorará!
y en la caldera
de los conjuros
ay! ay! qué apuros
que pasará!
BLASILLO. Jesús, qué impuras
caricaturas!
ay! ay! qué miedo!
Pobre de mí!
Quieren pincharme,
quieren sajarme,
ay! ay! qué miedo!
jí, jí, jí, (Llora.)
BRUJAS. Lo pincharemos,
lo sajaremos,
ay, ay, qué gusto,
cual llorará!
y en la caldera
de los conjuros
ay, ay, qué apuros

que pasará!

LOS RETR. Van á pincharle,
van á sajarle,
ay, ay, qué gusto
cual llorará!
y en la caldera
de los conjuros,
ay, ay, qué apuros
que pasará!

BLASILLO. Socorro, Dios mio! Quién me librará de las garras de estas furias? (Golpe de campana china. Abrese el fondo y aparece Jazmin rodeado de geniecillos, sentado sobre un trono de gloria. Caen al suelo las brujas, postrándose ante Jazmin.)

ESCENA VIII.

DICHOS y JAZMIN.

JAZMIN. Yo. Ha vuelto á cesar por espacio de una hora el poder de la pata de cabra.

BLASILLO. Hombre! cuánto chiquillo! Son todos hijos vuestros? Os habeis lucido, señores magos. Já, já! Hombre, no sé cómo... (Amenazando á las brujas con el pié.) En fin, os perdono... Soy generoso. Marchemos. (Vase por el foro.)

MARIBLANC. (Al paño.) De qué os servirá el auxilio de ese génio, imbéciles! Veremos, Lisardo, quién puede más, si tu amor ó el mio. Hola! cumplid mis designios, génios que me favoreceis! Conducid á mis enemigos á la gruta Negra.

MUTACION.

—

Selva corta.

ESCENA IX.

RAPIÑA y cuatro ALGUACILES.

RAPIÑA. Os digo, señor mio, que el lance pasó ni más ni menos como os lo he contado.

JUAN. Pero habeis sido testigo ocular del hecho?

RAPIÑA. Pues no os he dicho que sí! Y de todos sus detalles. Nos hallábamos reunidos en el salon grande del palacio del señor de Fuenteseca: despues de reclamar yo silencio por medio de una tos preparatoria, leí solemnemente el contrato de esponsales. Encontrado conforme por los contrayentes, presenté á Florinda la pluma, con gracia; cogióla ella, y al tiempo de dejarla sobre el papel para firmar, aparece Lisardo, espada en mano, sin que hasta ahora haya podido averiguarse por dónde; coje á Florinda en brazos, y pif! desaparecen los dos por la pared, como si hubiese sido de manteca. Figuráos la cara que pondriamos todos... una cuarta abrió de boca, el que abrió menos. Pasado el primer

susto, ocurrióselc á Fuenteseca la idea de... de perseguir á los prófugos... Aprobado el pensamiento, organizamos la batida... Fuenteseca, con los suyos, se ha hecho fuerte en la cuesta del arroyo: Maese Pedro ha tomado posesion con sus amigos de la colina del castillo de Fausto, y á mí me han encargado la defensa del camino de la gruta Negra, que es este. Por eso tiemblo.

JUAN. Participais tambien de la supersticion del vulgo?

RAPIÑA. Lo que el vulgo siente en este particular, no es supersticion, señor mio, sino temor justificado. Esa horrenda gruta ha ocasionado más víctimas á estas fechas que una peste. Ay del mortal inadvertido que penetre en ella! En sus tenebrosas concavidades, cada paso es un peligro; sus frutas envenenadas, como sus aguas, os ocasionan, si las probais, una muerte cierta. En fin, podreis pensar de mí cuanto mal os diere la gana, pero no llego á la boca de esa gruta, asi me mande hacer la santa un chicharron.

JUAN. Entonces quiere decir...

RAPIÑA. Quiere decir, que el límite de mi persecucion será el álamo negro. Los fugitivos, engolfados en sus amores, no habrán llegado á él todavía; de modo que serán nuestros prisioneros antes de un cuarto de hora.

JUAN. Pero eso podrá ocurrir si no perdemos el tiempo.

RAPIÑA. Es verdad: en marcha, muchachos. Brazo fuerte y corazon entero. Vosotros dos marchad delante: vosotros á retaguardia, y nosotros en el centro. No os aparteis de mi lado, señor Guarda-Bosque... Ay de ellos! Valor y mucho ojo, morenitos.

MUTACION.

Interior de la gruta negra.—En el centro, una gran roca. MARIBLANCA vestida de un modo fantástico, cuyo traje se transforma á su tiempo.

ESCENA X.

MARIBLANC. Esa es la humanidad! Si por un momento consiguen los génios del bien colocar al hombre en la senda de la dicha, al instante le apartan de ella los del mal. Triste es la condicion humana! Lisardo y Florinda llegan! Blasillo no les acompaña. Buen augurio! Mis designios han sido fielmente cumplidos por los auxiliares de mi poder. Ocultémonos. (Lo hace tras una peña.)

ESCENA XI.

FLORINDA, LISARDO: y á poco JAZMIN por escotillon.

LISARDO. Entra, Florinda mia.

FLORINDA. Qué oscuridad! Me siento poseida de terror en este sitio: he oido contar tantas cosas horribles de esta gruta.

LISARDO. Nada temas á mi lado. Mi intencion, hermosa Florinda, es interesar en favor nuestro á la ninfa de estos lugares; si ella nos favorece, podremos encontrar la rama de oro, y entonces nuestra felicidad queda hoy mismo asegurada. (Sale Jazmin por escotillon.)

JAZMIN. Por ese medio no la conseguirás, Lisardo.

LISARDO.
FLORINDA. } Jazmin!

JAZMIN. Es preciso buscar otro recurso. La ninfa de esta gruta favorece á tu rival.

FLORINDA. Pobres de nosotros!

JAZMIN. Sí, pobres de vosotros, si la mayor prudencia no guia vuestros actos. Estais rodeados de peligros. Juntos habeis entrado en esta gruta; no saldreis de ella lo mismo.

LISARDO. Imposible! Qué fuerza será bastante á separarme del lado de mi Florinda?

JAZMIN. Ignoras, infeliz, que la ninfa de la gruta posee poderosos encantos? Ella os separará. La sombra de un árbol, un licor, una palabra, cualquiera cosa bastará á borrar de tu mente el recuerdo de Florinda. Tú fascinado por los placeres, turbados los sentidos por la influencia de algun narcótico, cometerás alguna locura, y ay entónces de vuestro amor y de vuestra felicidad!

LISARDO. Nunca.

FLORINDA. Lisardo mio!

LISARDO. Ah! decidme, habeis tenido alguna noticia de mi fiel escudero, de mi pobre Blasillo?

JAZMIN. Ha sido reducido á negra esclavitud por la pérfida Mariblanca: pero ni halagos ni castigos han podido hasta ahora arrancar de su corazon el ódio que la maga le inspira.

LISARDO. De modo que su vida será actualmente un padecimiento contínuo?

JAZMIN. No: Mariblanca lo espera todo de Blasillo, despertándole la ambicion y haciéndole subir á un alto puesto... Pero estamos perdiendo el tiempo. No os movais de aquí. Yo entretanto veré al Rey de los génios y algo espero conseguir en vuestro pro, á pesar de hallarse nuestro talisman en un período de impotencia. Adios.

LISARDO. Volvereis?

JAZMIN. Con cuantas noticias y esperanzas logre adquirir. Fortaleced vuestra prudencia.

ESCENA XII.

LISARDO y FLORINDA.

FLORINDA. Me deja llena de espanto.

LISARDO. No tiembles, Florinda mia.

FLORINDA. Sentada en esta peña voy á esperar el regreso de Jazmin. (Se sienta.)

LISARDO. Qué incómodo asiento! Bien quisiera, hermosa mia, ofrecerte una cama de flores, pero... (Trasfórmase el peñon en una cama de flores.) Qué maravilla! Una cama de flores!

FLORINDA. Me parece de buen agüero esta transformacion. No te apartes de mi lado.

LISARDO. Espera un momento. (Va á la derecha.) Creo haber oido pisadas... Sin duda vienen á separarnos!... (El peñon que se trasformó en cama de flores recobra su forma primitiva. Desaparece Florinda. Vuelve hácia la peña.) Ha sido ilusion de mis sentidos! Recobra, vida mia, tu perdida serenidad. Dios mio! Florinda... Florinda mia!... Quién me la ha robado?

MARIBLANC. (Apareciendo.) Yo!

ESCENA XIII.

MARIBLANCA, LISARDO.

LISARDO. Quién eres?
MARIBLANC. De esta mansion
soy la ninfa misteriosa.
LISARDO. Por qué siendo tan hermosa
tienes tan mal corazon? (Rie Mariblanca.)
Risa desdeñosa y fria
para mis dolores tienes?
Por qué inhumana, previenes
tu poder en contra mia?
Yo aceptaré esta prision
y todas las penas suyas
con tal que me restituyas
el bien de mi corazon.
MARIBLANC. Deja á Florinda y disfruta
la dicha que se halla aquí.
LISARDO. La desprecio.
MARIBLANC. Para tí
no será cárcel ni gruta.
Palacio sabré yo hacer
de la cueva en que ahora moras
donde contarás tus horas
por las horas de placer.
LISARDO. Nada quiero sin Florinda.
MARIBLANC. Resistir será peor.
LISARDO. Como no sea su amor,
no hay promesa que me rinda.
La dicha que se halla aquí,
riqueza poder, encanto,
todo lo desprecio tanto
como te desprecio á tí.

Si es tal tu poder, avanza. (Desnuda la espada.)

MARIBLANC. Lisardo, demente estás.

LISARDO. Avanza.

MARIBLANC. No escaparás
al poder de mi venganza.
Aun te concedo un espacio.

LISARDO. Cumple tus votos impios.

MARIBLANC. Tú lo quieres.—Genios mios,
al jardin de mi palacio. (Desaparece el traje de Mariblanca, quedando ricamente vestida de princesa.)

MUTACION.

Jardin magnífico en América.—Multitud de flores y pájaros. En el fondo un lago tranquilo y transparente limitado por un bellísimo horizonte. Junto á todos los bastidores mesas de flores cubiertas de manjares. Coros de ambos sexos vestidos de un modo fantástico. Bacantes. Mucha animacion, mucha vida, bacanal completa. Esclavos negros sirven los manjares.

ESCENA XIV.

LISARDO, MARIBLANCA.

LISARDO. Qué admiracion! Qué mugeres!
A gozar!

MARIBLANC. A gozar luego.
Despues, lágrimas de fuego

te han de costar los placeres.
(Siéntase en la primera mesa de la derecha.)

BACANAL.

CORO. Bebamos,
gocemos,
bailemos
al par.
La vida
es muy corta
é importa
gozar.
(Los negros traen en triunfo á Blasillo (negro), el cual viene sentado sobre un palanquin de flores. Debe estar vestido de un modo rico pero grotesco.)
No hay otro goce
como el amor.
Viva Cupido!
Venga licor!
Todas las copas
todos llenad
y alegres todos
reid, cantad.
Bebamos,
gocemos,
bailemos
al par.
La vida
es muy corta,
é importa
gozar.
(Baja Blasillo del palanquin. Fórmanle todos semicirculo.)

BLASILLO. Pues señor no hay duda: tan guachindango soy ahora como antes fuí pollino. Yo negro! Ay! qué ne-

gra suerte la mia! Y sin embargo, tambien voy á ser príncipe, y un príncipe, por tiznado que esté, vale más que un borrico. Pase la negrura por el principado. Por mucho menos se dejarian tiznar más de cuatro blancos que yo conozco.

MARIBLANC. Ya lo ves: vas á ser señor de estos dominios...

BLASILLO. Bien: muy bien: perfectamente. (Voy á dirigirles un discurso.) Vasallos mios, estoy contento de vuestras gargantas. Esa cancion me ha parecido muy bien. Muy bien me ha parecido esa cancion, que tan bien me ha parecido. Sois fuertes... sois robustos... Y quién podrá negar que la agricultura es la principal riqueza de un pais? Habrá quién lo niegue? No. Qué ha de haber! Sembrad, hijos mios, sembrad, porque... (Salida de tono.) Pues y la industria? Ahí teneis sino á las hormigas... y á los... y á las... del... Vaya! lo dejaremos para mañana. (Como no tengo costumbre de hablar en público...)

LISARDO. (No hay duda, esa voz es la de Blasillo!) Blasillo!

BLASILLO. Señor... señor!.. (Va á abrazarle, pero se contiene.) (Ay! me olvidaba de que voy á ser príncipe!)

LISARDO. Blasillo de mi alma! Tú por acá?

BLASILLO. (Con mucho desden.) Qué es eso de tú? Alteza guachindanga si te parece, vasallo.

LISARDO. Canalla! Ba! no mereces mis iras. Qué me importa de tus sandeces? A mí los bacantes, servidme de esos vinos.

MARIBLANC. Quién se atreve á levantar la voz en mis estados? A mí los esclavos: festejad á vuestro futuro príncipe. (Señalando á Blasillo.)

BLASILLO. Gracias, princesa. Pero antes permitidme que os exhiba alguna de mis habilidades. Voy á bailar. Esta prueba de confianza cautivará las simpatías de mis súbditos... Morenita, (A la bailarina.) voy á dispensarte el honor de bailar un «Cucuyé» contigo. No tengas

reparo. Prescinde de mi magestad y baila como bailarías con un cualquiera.

CUCUYÉ.

(Terminado el baile.) Estoy cansado. Necesito restaurar mis fuerzas. Hola! Servidme manjares suculentos, y los líquidos más sibaríticos. No demoreis vuestro servicio.

ESCENA XV.

DICHOS.—MAESE PEDRO y FUENTESECA. Estos dos vestidos de cocineros. FUENTESECA trae sobre una fuente una cabeza de jabalí. MAESE PEDRO una de vaca.

MARIBLANC. (Aqui Fuenteseca y maese Pedro!)
BLASILLO. (A Mariblanca.) Quereis servirme una copa?
FUENTESEC. (Oculto bajo este disfraz no es fácil que me reconozcan.)
LISARDO. (Brindando.) Por vuestra belleza, hadas hermosísimas.
M. PEDRO. (Mira á todas partes.) (No descubro á mi hija.)
FUENTESEC. (Yo disfrazado de cocinero para buscar á mi novia! Qué humillacion!)
BLASILLO. Demonio! Yo conozco á ese hombre! Es Fuenteseca .. Ah! traidor... Y aquel... aquel es maese Pedro!
FUENTESEC. (Escamado.) (Cómo me mira!)
BLASILLO. Vendrá á matarme!... A ver! Oh! qué idea! Evitémoslo. Génio que me proteges, trueca las cabezas de esos miserables. (Las cabezas de vaca y de jabalí suben á ocupar respectivamente el lugar de las de Fuenteseca y maese Pedro, bajando las de estos á los platos en lugar de aquellas.) Aja ja!
TODOS. (Con asombro.) Ay!

LISARDO. Maese Pedro! Este recuerdo... Florinda! Florinda mia! Ah! aquí tengo mi talisman. (Gritando con desesperacion.) Acúdeme, Florinda!

ESCENA XVI.

DICHOS, y JAZMIN por escotillon.

LISARDO. Qué es eso, amor mio, no acudes á mi voz? (Con imperio.) Obedece á mi talisman.

JAZMIN. Es tarde. Vuelve á ser poderoso el talisman de Fuenteseca.

LISARDO. (Con desesperacion.) Miserable de mí!

BLASILLO. Princesa, socorrednos; interponed vuestro influjo.

MARIBLANC. Princesa! Já! já! Imbécil, no me conoces? Me he fingido princesa para frustrar vuestro intento. Soy Mariblanca.

BLASILLO. Vos? imposible. La prueba.

MARIBLANC. (Dándole un bofeton.) Toma!

BLASILLO. Ay! ahora sí que lo creo. Agua... agua. (Vase corriendo y gritando.)

LISARDO. Pero Florinda, dónde se halla?

MARIBLANC. Allí. (Señala al foro por el cual cruza Florinda embarcada en una graciosa góndola movida por sirenas.)

LISARDO. (Con dolor.) Ah!

JAZMIN. Ya no le queda á tu talisman más que una hora de poder. (Vase Lisardo corriendo por el foro; desaparecen Jazmin y Mariblanca. Música y cae el telon.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Gabinete corto en el palacio de Fuenteseca.

ESCENA PRIMERA.

MAESE PEDRO, FUENTESECA.

FUENTESEC. Callad, Maese Pedro, callad: no me recordeis esa humillante trasformacion. Todavia conservo en las narices el olor del perejil!

M. PEDRO. Y yo el del relleno, que trascendia á yerba buena de un modo insufrible.

FUENTESEC. Qué burla tan infame! En cuanto Blasillo caiga en mi poder, le he de convertir en pollino... para in eternum.

M. PEDRO. Y con respecto á Lisardo, qué pensais hacer?

FUENTESEC. Casi nada. Encerrarlo en un castillo para toda su vida.

M. PEDRO. La dificultad consiste en prenderlo.

FUENTESEC. Nada más fácil: Florinda hállase encerrada en el último pabellon del edificio que dá al bosque! Dejará Lisardo de dar una vueltecilla por allí, para ver de robarme la futura?

M. Pedro. Es natural.

Fuentesec. Tan natural, como la emboscada que yo le he preparado: como acuda á pelar la pava, no tiene más remedio que caer en mis manos.

ESCENA II.

Dichos y un LACAYO que entra precipitadamente.

Lacayo. Señor...

Fuentesec. Qué se ofrece?

Lacayo. Los centinelas del valle envian á decir que el pastor Lisardo y su criado acaban de penetrar en la floresta.

Fuentesec. No os lo dije? Está bien; salid. Ea, Maese, acompañadme, nada temais.

M. Pedro. Temer yo?

Fuentesec. Repicad bien los tacones que en la presteza está la victoria. Vamos?

M. Pedro. Vamos.

Fuentesec. Ay del infeliz! Hoy se convencerá de que impunemente no se juega con la raza de los Fuenteseca. (Vanse por la derecha.)

MUTACION.

Bosque.—A la izquierda, la fachada posterior de un edificio sin ventanas, rejas ni luces de ninguna clase. Y dos grandes peñas una á la derecha y otra á la izquierda.

ESCENA III.

LISARDO y BLASILLO por la derecha.

LISARDO. Aquel debe ser el edificio donde yace encerrada mi Florinda. (El de la izquierda.)

BLASILLO. Pues no hay duda que estará divertida... Ni una reja, ni una ventana... Qué tormento! Eso es emparedar á las gentes.

LISARDO. Yo sabré arrancarla del poder de sus verdugos, aunque sea á costa de mi vida.

BLASILLO. Eso es pensar con nobleza.

LISARDO. Cuántos afanes me cuesta su cariño!

BLASILLO. Muchos. Y á mí cuántos mojicones! Todavia me echa chispas el carrillo este!... Pero aún no me has contado cómo te arreglaste con el dragon de la gruta Negra.

LISARDO. No es esta ocasion oportuna para referirte la aventura. Lo interesante para mí es ver á Florinda.

BLASILLO. Y por dónde pretendes hablarle?

LISARDO. (Con imperio.) Por allí. (Trasfórmase la fachada en pórtico de un palacio. Nace una escalinata por la cual baja Florinda)

ESCENA IV.

DICHOS y FLORINDA.

BLASILLO. Poderoso arquitecto!

LISARDO. Ponte en acecho, y si notas que alguien se dirige á estos sitios, avísame.

BLASILLO. Descuida. Enamórala con toda holgura; yo te guardo las espaldas. Nada temas, que ya conoces mi valor.

LISARDO. Basta de plática. (Yendo á abrazar á Florinda que corre hácia él.)

BLASILLO. Basta. (Vase.)

FLORINDA. (Con pasion.) Lisardo.

LISARDO. Florinda hermosa!
Si un punto pude olvidarte,
héme que vengo á librarte
de esa prision enojosa.
No cubra tu faz de rosa
de amarga tristeza velo;
los ojos alza del suelo
y en mí fíjalos atenta;
cuanto mayor la tormenta,
más azul deja en el cielo!

FLORINDA. Me olvidaste? (Con sentimiento.)

LISARDO. Ni un instante.
(Significando que antes habia mentido.)
Fija estuviste en mi mente
y abrasando dulcemente
mi corazon palpitante.
¿Qué entristece tu semblante?

FLORINDA. Mira mis párpados rojos

de llorar...

Lisardo. Quién te da enojos?

Florinda. La hechicería.

Lisardo. Vida mia!
Qué mayor hechicería
que la lumbre de tus ojos?
No adivino qué razon
esas lágrimas produjo.

Florinda. Temo que el mágico influjo
me robe tu corazon.

Lisardo. Deja esa triste ilusion
que tu alegría oscurece:
amor que á la sombra crece
del honor, que de honor nace,
herida en el pecho hace
que nunca desaparece.

Florinda. Tengo celos.

Lisardo. Desvarío!
De qué?

Florinda. De todo.

Lisardo. Esto más?

Florinda. Del monte, si al monte vas;
del rio, si vas al rio;
de la huella, ídolo mio,
que en el rústico sendero
dibuja tu pié ligero;
del césped que martiriza
y hasta del aire que riza
la pluma de tu sombrero.
Si ausente de mí te miro,
de tu constancia aun incierta,
pienso en tí si estoy dispierta,
si dormida, en tí deliro,
y al quejumbroso suspiro,
de mi pasion mensajero,

le dice en son lastimero
la pena que aquí me hiere,
pregúntale si me quiere
lo mismo que yo le quiero.
Y al violento huracan
que conmueve la espesura,
y al céfiro que murmura,
y á las aves que se van,
mi ardiente y profundo afan,
mientras esperando muero,
les dice en son lastimero,
que el alma toda me hiere,
preguntadle si me quiere
lo mismo que yo le quiero.
Si miro desde la reja
al sol trasponer el monte,
pienso que en el horizonte
de mí tu pasion se aleja.
Si una tórtola se queja,
juzgo su canto agorero,
y dice un ay! lastimero
de este corazon que se muere...
Si será que no me quiere
lo mismo que yo le quiero!
Suaves y bienhechoras
de la verdad sin agravios,
broten por fin de tus lábios
palabras consoladoras.
Dí si cuando lloro, lloras;
si sufres tormento fiero,
si mueres por lo que muero
con dolorosa agonía,
si me quieres, vida mia,
lo mismo que yo te quiero.

LISARDO. Serena tu frente pura.

Si te quiero! Idolo amado!
Oye, Florinda. Criado
del monte entre la espesura,
aunque de razon oscura,
comprendí entre cien dolores,
qué vida de sinsabores
vive el hombre que no alcanza
un ángel á su esperanza
y una estrella á sus amores.
Por primera vez un dia
esbelta, gentil y hermosa
te ví cruzar vaporosa
por esa arboleda umbria:
al mirarte, el alma mia
sintió radical mudanza.
Quién es, dijo, la que avanza?
y respondieron dos flores...
La estrella de tus amores,
el ángel de tu esperanza.
Un fuego devorador
mi pecho encendió y mi mente,
y el susurro de esa fuente
y el canto del ruiseñor,
intérpretes de mi amor,
decian murmuradores
por esos campos de flores...
Lisardo, otro bien no alcanza
que el ángel de su esperanza.
la estrella de sus amores
Desde entonces en tu quinta
mis miradas codiciosas
audaz fijé, y en las rosas
que naturaleza pinta,
y en la caprichosa cinta
de nubes, que en lontananza

precede al sol cuando avanza,
fingiéronme mis ardores,
la estrella de mis amores
y el ángel de mi esperanza.
Desde entonces, codicioso,
donde quiera vé mi anhelo
tu hermosa faz: si en el cielo
un lucero explendoroso
centellea luminoso,
pienso ver en sus fulgores,
que tiñen de resplandores
el firmamento en bonanza,
el ángel de mi esperanza,
la estrella de mis amores.
Y tengo celos, si miras,
de cuanto tus ojos ven,
y tengo celos tambien
del ambiente que respiras.
Suspiro cuando suspiras,
lloro si llorosa estás,
te sigo do quier que vás,
te seguiré donde fueres.
No te quiero cual me quieres,
que te quiero mucho más.

ESCENA V.

DICHOS.—BLASILLO, corriendo.

BLASILLO. Señor, señor, tu rival se acerca seguido de Maese Pedro y un grupo de gente armada.

FLORINDA. Huye por Dios, Lisardo.

LISARDO. Tranquilízate. Vienen muchos?

BLASILLO. Pocos. Unos cinco mil hombres... Nos van á hacer

trizas... No perdamos el tiempo. . Estoy temblando como un azogado.

Florinda. Qué piensas hacer?

Lisardo. Si me dejará llevar del impulso de mi corazon esperaria sereno á Fuenteseca aun á costa de mi vida; pero temo sobresaltarte.

Blasillo. Sí, no la asustes. Eso seria imprudente. Vaya, hasta la vista.

Lisardo. Suéltame.

Blasillo. Mira, señor, que vamos á morir apaleados como dos conejos.

Lisardo. Nada temas; observa si están distantes todavia.

Blasillo. Voy. (Va hácia la derecha.)

Florinda. Huye por Dios, Lisardo.

Lisardo. Tengo otra idea. Voy á reunirme contigo. (Suben ambos á la meseta de la escalinata.)

Blasillo. (Espantado.) Ay!

Lisardo. Qué es eso?

Blasillo. Nada. (Pues no me ha espantado un pícaro gorrion? Los dedos me parecen huéspedes.)

Florinda. De qué manera?

Blasillo. (Muy asustado.) Ay! Ya están aquí!

Lisardo. Vas á verlo. Tú, Blasillo, escóndete detrás de aquella peña.

Blasillo. Buen abrigo!

Lisardo. Yo te protejo. Corre.

Blasillo. Corro. (Escóndese tras la que esta á la derecha.)

Florinda. Y tú?

Lisardo. Mira. (Desaparece el pórtico del palacio recobrando la tapia su forma primitiva. Quedan ocultos Lisardo y Florinda.)

Blasillo. Hombre! eso sí que ha sido gracioso! Con que juntitos y.....

Fuentesec. Seguid por la falda. (Gran voz.)

Blasillo. Me cogieron como un gazapo. (Escóndese y acto continuo saca la cabeza para observar.) A ver... Calla, calla: afortu-

nadamente han echado por otro lado. Respiro! Pesadito es por vida mia el oficio de brujo. Dígole á vuesa merced que me están dando ganas de dejarlo. Esto no es vivir. Estoy derrengado! Qué tres dias de zarandeo! Ay!

Tal vez diré un desatino;
pero me duele en el alma
haber perdido la calma
de mi vida de pollino.
Desde que en hora fatal
soy hombre, todo es espantos.
¡Tiene muy dulces encantos
la existencia irracional!
Nadie en el mundo lo pasa (Discurriendo.)
tan bien, segun yo discurro,
como el burro, si es el burro
un burro de buena casa.
Sin ninguna ocupacion
que la cabeza le quiebre,
desde el pilon al pesebre,
desde el pesebre al pilon,
rascarse en las piedras toscas,
medio cómodo que alabo,
y hacer así con el rabo,
para espantarse las moscas.
A esto es solo ¡voto á tal!
á lo que obligado viene,
todo aquel burro que tiene
buena posicion social.
Y en amor? ningun dolor
le dá enfermedad tan séria.
Lo que es en esta materia
es dichoso, si señor.
Ni se postra, ni suplica
ni... Vaya una prueba de ello.

Vé un asno del sexo bello,
es decir, una borrica:
y en vez de los memoriales
y suspiros y miradas
y las cuatro mil asnadas
de los séres racionales,
suelta sin ningun adorno
para inaugurar la lucha,
un rebuzno que se escucha
doce leguas en contorno.
Rebuzno, que allá en su amor
¿Tú me quieres? significa:
si rebuzna la borrica
quiere decir, *si señor.*
Si no gusta de razones,
lo mira de rabo á cabo,
y haciendo así con el rabo,
le quiere decir que nones.
Mas no por esto el pollino
se incomoda ni se ofende,
ni melancólico emprende
por los campos el camino,
pues rebuznando con arte
como quien dice «me escurro»
se vá serio como un burro
con la música á otra parte.
Trabajo? como no oprima
sus lomos algun costal...
Pero qué ser racional
no lleva una carga encima?
Terrible es mi padecer!
No hay resignacion que aguante
pena tal. Y en adelante
qué es lo que yo voy á hacer?
Si fuera... mas soy un ente

de tan rara condicion...

ESCENA X.

DICHO, MAESE PEDRO y FUENTESECA que salen de puntillas por la tercera caja con objeto de acorralar á Blasillo. Traen mosquetes.

FUENTESEC. Blasillo, date á prision. (Apuntándole por la izquierda.)
BLASILLO. ¡Santa Bárbara! (Retrocede.)
M. PEDRO. (Apuntándole por la derecha.) Detente.
FUENTESEC. La vida te concedemos
si te rindes.
M. PEDRO. Que ya es gracia.
BLASILLO. (Válgame la diplomácia.)
Señores, capitulemos.
Dejad los mosquetes.
FUENTESEC. Bien. (Fuenteseca deja su mosquete junto á una peña de la izquierda y Maese Pedro el suyo junto á otro de la derecha.)
BLASILLO. Podeis llegar hasta mí.
FUENTESEC. Me dais vuestra mano? (Volviendo.)
BLASILLO. (Le da un bofeton.) Sí.
M. PEDRO. ¿Y á mí, Blasillo?
BLASILLO. (Dándole otro.) Tambien.
FUENTESEC. Ay! lo escabecho. (Yendo á cojer su mosquete.)
M. PEDRO. (Yendo á cojer el suyo.) Lo frio.
FUENTESEC. ¡Miserable traicion!
No habrá para tí perdon.
BLASILLO. Sugétalos, amo mio. (En alta voz.)
(Las peñas se transforman en mónstruos y sugetan á Fuenteseca y á maese Pedro por el trasero.)
FUENTESEC. Ay! ay!
M. PEDRO. Qué infamia!
BLASILLO. Pobretes!
M. PEDRO. }
FUENTESEC. } Como no me soiteis luego...

BLASILLO. Qué hareis, infelices?

M. PEDRO. / FUENTESEC. Fuego.

BLASILLO. Con qué?

M. PEDRO. / FUENTESEC. Con estos mosquettes.

BLASILLO. No están cargados de males, sino de salud.

FUENTESEC. Olvidas que son armas homicidas?

BLASILLO. Son armas medicinales.

(Truécanse los mosquetes en geringas.)

FUENTESEC. Grotesca transformacion! Ah! Vos tambien?...

M. PEDRO. Por supuesto.

FUENTESEC. Tambien me imitais en esto? Qué lujo de imitacion!

BLASILLO. Es natural. Por qué entonas esas quejas?

M. PEDRO. (Al mónstruo que le sujeta.) Vamos, vamos

FUENTESEC. Pues en qué país estamos?

BLASILLO. En el pais de las monas.

MUTACION.

Cámbiase el teatro en el pais de las monas. A esta decoracion debe dársele un aspecto pintoresco. Invaden el teatro infinidad de monos. Unos saltan de árbol en árbol, otros de las peñas etc., etc.

M. PEDRO. Jesús!
FUENTESEC. Cuánto animalillo!
BLASILLO. Sonreid: por qué estais sérios?
No hay en los dos hemisferios
otro hombre como Blasillo. (Vase.)

BAILE DE MONOS.

MUTACION.

Interior del pabellon donde entró Lisardo y Florinda.

ESCENA XI.

LISARDO y FLORINDA, poco despues JAZMIN por escotillon.

FLORINDA. Ha sido graciosa la transformacion! Pobre Fuenteseca!

LISARDO. Tu compasion seria más justa si la dirigieras á tu

padre, no hácia mi rival cuya temeraria tenacidad le hace indigno de ella.

FLORINDA. No te enfades. Puedes suponer interesada mi compasion? Creo que tu modestia no llegará hasta el punto de tener celos de ese viejo ridículo.

LISARDO. No, Florinda mia, perdóname.

FLORINDA. Y qué vamos á hacer, Lisardo? Permanecer aquí es muy arriesgado. Mi padre y Fuenteseca volverán de un momento á otro.

LISARDO. Huir juntos es imposible. No alcanza á eso el poder de mi talisman.

FLORINDA. Y tendrás que separarte de mí otra vez?

LISARDO. No queda otro remedio.

JAZMIN. (Saliendo por escotillon.) Yo te creia más ingenioso, Lisardo.

LISARDO. Jazmin! Venis en nuestro auxilio, no es verdad?

JAZMIN. Sí; estais amenazados de un gran peligro.

FLORINDA. Cuál?

LISARDO. Decid.

JAZMIN. El rey de los génios ha dispuesto que al dar hoy las tres en el reló de su palacio, cese el poder de todos los talismanes vendidos en el castillo, exceptuando de esta órden á la rama de oro, cuyo poder adquirirá más fuerza desde dicha hora. Hay más. Hasta hoy á las tres ya no cesará el poder de la pata de cabra: de manera que vuestro enlace será imposible, si una fuerza superior no viene en vuestra ayuda.

FLORINDA. Estamos perdidos!

JAZMIN. Esa fuerza podeis hallarla en la rama de oro.

LISARDO. Y dónde encontrarla?

FLORINDA. Si yo hubiera podido apreciar todo su valor, no la hubiera perdido.

LISARDO. Sabeis vos por ventura dónde se halla?

JAZMIN. Sí; tan luego como salió de las manos de Flo–

rinda, volvió al árbol misterioso de donde brota.

LISARDO. Y ese árbol dónde se encuentra?

JAZMIN. A la puerta del palacio de la Felicidad, alcázar del rey de los génios.

LISARDO. Guiadme á él.

JAZMIN. Cuál es tu intento?

LISARDO. Apoderarme á toda costa de ese precioso talisman.

JAZMIN. La empresa es más arriesgada de lo que imaginas.

LISARDO. No me espantan los peligros.

JAZMIN. Debo advertirte que al apoderarte de ese talisman juegas un albur muy peligroso.

FLORINDA. Cuál?

JAZMIN. Para que la rama de oro obedezca la voluntad del mortal que la posea, es preciso que éste á su vez cumpla una condicion, una sola, que la rama impone antes de prestar sus servicios.

LISARDO. Y qué condicion es esa?

JAZMIN. Es imposible adivinarla.

LISARDO. Nada me importa, como no me exija que deje de amar á Florinda.

JAZMIN. Tal vez sea esa la condicion.

LISARDO. En ese caso, renunciaré sus beneficios.

JAZMIN. Será tarde. Una vez arrancada la rama de oro, no hay más remedio que obedecerla ó morir.

LISARDO. Qué más muerte que renunciar á mi amor! Guiadme. Puede acompañarnos Florinda?

JAZMIN. Sí. Piénsalo bien.

LISARDO. Estoy resuelto. Vamos?

JAZMIN. Vamos.

MUTACION.

Selva corta.

ESCENA XII.

BLASILLO y una contrafigura de Mariblanca que sale por la izquierda.

BLASILLO. Si no llevo mal la cuenta, creo que son cuarenta y nueve los mojicones que llevo repartidos. Ya tengo la mano dolorida, pero no paro hasta los doscientos. Alguien viene. Cuarenta y nueve y uno, cincuenta. Ah! es Mariblanca... Bien. Cuarenta y nueve y doce son sesenta y uno... Y si es ella la que me los dá á mí? Muy resuelta viene. Me parece que lo más oportuno será poner piés en polvorosa... Calla! qué idea! Válgame la pildorita que me queda. No quiero que me vea huir. Llegad en buena hora, bruja infame, no os temo: yo tambien soy brujo, y si no, la prueba. Desapareced de mi vista! (*Húndese por escotillon la contrafigura.*) Já, já! no ha sido mala fortuna librarme de sús garras.

ESCENA VIII.

BLASILLO y MARIBLANCA por la derecha, vestida de hechicera, enteramente igual á la contrafigura.

BLASILLO. Já, já! Válgame San Macario! De dónde ha salido esta serpiente? (Viendo á Mariblanca.)

MARIBLANC. Escucha:
Hoy hace tres dias
que en esta arboleda
te habló una gitana
recien hechicera,
merced á la infamia
que hiciste con ella.

BLASILLO. Acorta el exordio,
y al grano, qne hay priesa.

MARIBLANC. Es corta, y lo acorto
si acortas la lengua.

BLASILLO. Soy mudo.

MARIBLANC. Prosigo:
La maga pudiera,
merced al inflnjo
de mágica ciencia,
si fuera villana,
si noble no fuera,
la dicha quitarte,
quitar tu existencia.
Mas no es vengativa;
por eso á tí llega
cual antes llegára,
no altiva y soberbia
como esa orgullosa
preciada palmera
que luce en la frente

su verde diadema
de palmas gentiles
á guisa de reina,
sino como blanca
y humilde azucena
que esconde entre flores
de menos belleza
sus cándidas hojas,
su frente serena.
No llena de envidia
sino de modestia,
trayendo en sus manos
de paz el emblema;
la rama de oliva,
no el rayo de guerra.

BLASILLO. Y qué solicitas
con toda esa arenga?

MARIBLANC. Tu amor.

BLASILLO. Imposible.

MARIBLANC. Por qué?

BLASILLO. No lo sepas.

MARIBLANC. Terrible es la duda.

BLASILLO. Peor la certeza.

MARIBLANC. Pues díme la causa. (Rogando.)

BLASILLO. Pues ato mi lengua.

MARIBLANC. Pues has de decirla. (Con imperio.)

BLASILLO. Pues no has de saberla.

MARIBLANC. Por que no me quieres? (Dulzura.)
Si tú me quisieras
caprichos no habria
que no te cumpliera.
Deseas palacios?
Fortuna deseas?
Qué bienes codicias?
Qué dichas anhelas?

Responde, y al punto
verás satisfechas
tus más caprichosas
y raras ideas,
y bienes y dichas
tendrás, y riquezas,
jardines, palacios
de nácar y perlas,
fortuna y honores,
y dulce existencia,
y cuanto quisieres
con tal que me quieras.

BLASILLO. A tanto se estiende (Con ambicion.)
tu rara influencia?

MARIBLANC. A todo.

BLASILLO. Responde.

MARIBLANC. Pregunta.

BLASILLO. Pudieras
hacerme dichoso?

MARIBLANC. El más de la tierra.

BLASILLO. Muy rico?

MARIBLANC. Otro Creso.

BLASILLO. Feliz?

MARIBLANC. Cuanto quieras.
Me viste aldeana,
me viste hechicera,
gitana me has visto,
me has visto princesa,
y un trono tendria
si un trono pidiera.

BLASILLO. Y en él me sentáras?

MARIBLANC. Y un reino rigieras.

BLASILLO. No más con quererte? (Rapidez.)

MARIBLANC. No más.

BLASILLO. Pues espera.

MARIBLANC. No calles.
BLASILLO. No callo,
mas pienso...
MARIBLANC. Qué piensas?
BLASILLO. Qué...
MARIBLANC. Dílo.
BLASILLO. Que...
MARIBLANC. Habla.
BLASILLO. Que en fin no me pescas,
que quiero ser libre.
MARIBLANC. Que tal me suceda!
BLASILLO. Qué pícara harpía!
MARIBLANC. Qué horrible dureza!
Mal sienta en el hombre (Con desprecio.)
que espada sustenta,
por más que de noble
la espada no sea,
groseros insultos
hacer á una hembra.
Las frases corteses
arguyen nobleza.
BLASILLO. Razon no te falta.
MARIBLANC. Por qué me desprecias?
Será que en mi cuna
no encuentres alteza?
BLASILLO. Más baja es la mia.
No es eso. (Mucha rapidez.)
MARIBLANC. Soy fea?
BLASILLO. De cielo es tu cara.
MARIBLANC. Mis ojos...
BLASILLO. Estrellas.
MARIBLANC. Mi boca?
BLASILLO. De mieles.
MARIBLANC. Mis dientes...
BLASILLO. De perlas.

MARIBLANC. Mi cuello...
BLASILLO. De nácar.
MARIBLANC. Mi voz...
BLASILLO. Hechicera.
MARIBLANC. Mi talle...
BLASILLO. De mimbre.
MARIBLANC. Mi pie...
BLASILLO. Es una almendra.
MARIBLANC. Mi mano...
BLASILLO. Qué mano
más blanca y más tersa!
MARIBLANC. Belleza me falta?
BLASILLO. Te sobra belleza.
MARIBLANC. Soy sándia?
BLASILLO. Tú sándia!
MARIBLANC. Soy nécia?
BLASILLO. Tú nécia!
No quiero palacios (Entusiasmo.)
ni quiero riquezas,
ni dichas ni honores,
ni tronos ni perlas;
tu cara prefiero,
tus ojos de estrellas,
tu talle de mimbre,
tu voz hechicera,
que al fin han podido....
MARIBLANC. No calle tu lengua.
No calle...
BLASILLO. No calla;
mas pienso...
MARIBLANC. Qué piensas?
BLASILLO. Que...
MARIBLANC. Dílo.
BLASILLO. Que...
MARIBLANC. Habla.

BLASILLO. Que el gancho no me echas.
Por poco me coge.
Jesús, qué culebra!
Bendita mi boca!
MARIBLANC. Maldita tu lengua!
BLASILLO. Escucha.
MARIBLANC. Enmudece.
BLASILLO. Pues sábete...
MARIBLANC. Cesa,
que tiñe mi rostro
la roja vergüenza.
Bastante he rogado.
Ya soy altanera.
La paz he ofrecido.
Prefieres la guerra?
Tu hostil pensamiento
cumplido se vea.
Te quise y queria (Rapidez progresiva hasta el final de la escena.)
que tú me quisieras,
mas hoy solo quiero
que nunca me quieras.
Qué quieres? Caprichos!
Querrás! Y quisiera
que cuando queriendo
suspires y mueras,
tu objeto querido
quererte no pueda:
si puede quererte
quererte no quiera;
que quieras pasando
queriendo mil penas;
que á todos quisieres
y nadie te quiera,
y en fin, que los cielos
benéficos sean,

y quieran al verte
quererme de veras,
que yo te abomine,
que airada yo sea,
que yo te desprecie,
que yo te aborrezca. (Fuerza.)

Blasillo. A precio ninguno
las paces hiciera.

Mariblanc. La paz? Es muy tarde.

Blasillo. Pues guerra.

Mariblanc. (Mucha fuerza.) Pues guerra. (Vase Blasillo.)
Tu vanidad altanera
sabrán muy pronto vencer
ya que no los de mujer
los encantos de hechicera.
Yo encontraré la manera
con mis hechizos suaves,
de hacer que de odiarme acabes
y á necesitarme empieces
como la linfa los peces
y como el viento las aves.
Te venceré, yo lo fio;
mi poder fascinador
hará tan grande tu amor
como grande es tu desvio.
En pos del cariño mio
impulsado por los celos,
pronto irás entre desvelos
como vá el ave pintada
tras la sombría enramada
donde dejó sus hijuelos.
Obraste como bastardo:
pero bien puedes creer.
que no es bastante á vencer
el talisman de Lisardo.

Tranquila la lucha aguardo
que la gloria lleva en pos
yo la alcanzaré por Dios!
(Apostrofando á sus génios.)
Obrad una hechicería!
Veremos por vida mia
quién puede más de los dos.

ESCENA XIV.

MARIBLANCA, MAESE PEDRO y FUENTESECA.

FUENTESEC. Estoy derrengado. Traigo rota la cintura.

M. PEDRO. Y yo toda la columna vertebral.

MARIBLANC. Oid.

M. PEDRO. Mariblanca!

FUENTESEC. Venis á anunciarnos alguna desgracia?

MARIBLANC. Sí.

FUENTESEC. Cuál?

MARIBLANC. Florinda y Lisardo se encaminan en este momento al palacio de la Felicidad en busca de la rama de oro.

FUENTESEC. Pero podrán conseguir su objeto?

MARIBLANC. Sin duda, puesto que cuentan con el auxilio de Jazmin que les sirve de guia.

FUENTESEC. Rayos del cielo!

M. PEDRO. Y qué debebemos hacer?

MARIBLANC. Impedirlo á toda costa.

FUENTESEC. De qué manera?

MARIBLANC. El éxito de nuestra empresa depende de vuestra ciega sumision á mis mandatos.

FUENTESEC. Contad con ella.

MARIBLANC. La pérdida de un minuto podria sernos fatal. Cumplid mis designios, auxiliares de mi poder. (En alta voz.)

FUENTESEC. Seria indiscreto preguntaros cuáles son?

MARIBLANC. Sí. Básteos saber que Lisardo y Blasillo acaban de caer nuevamente en desgracia.

FUENTESEC. Y Florinda?

MARIBLANC. No: dirigíos inmediatamente al palacio de la Felicidad, y la encontrareis en el camino.

FUENTESEC. No teneis más instrucciones que comunicarnos?

MARIBLANC. Ninguna.

FUENTESEC. Entonces...

MARIBLANC. Volad.

FUENTESEC. Pero...

MARIBLANC. Os digo que voleis...

FUENTESEC. (A M. Pedro.) Vamos.

M. PEDRO. Bien; pero yo...

FUENTESEC. Que volemos nos ha dicho. (Vanse.)

MARIBLANC. Ya estamos otra vez frente á frente. Veremos quién puede más de los dos. Mi idea es ingeniosa. (Vase por la derecha.)

MUTACION.

Barranco quebradísimo. Puerta de una caverna, sobre la cual se lee: TEMPLO DE LA FELICIDAD. Rocas.

ESCENA XV.

LISARDO en traje de pastor. BLASILLO vestido con la botarga de pollino.

LISARDO. Qué te parece, Blas, de la mudanza?

BLASILLO. Terrible retroceso!
Cuando miro el fanal de mi esperanza
hundirse en el ocaso,

si á la inflexible lógica recurro,
claramente me enseña que á este paso
un paso más, y me convierto en burro.

LISARDO. Desdichado destino!
Estrella desgraciada!
De la dicha correr por el camino,
ver el palacio donde el bien anida
y al llegar á su puerta... está cerrada!

BLASILLO. Qué te asombra, señor? Esa es la vida:
por lo consolador juzgo oportuno
recordarte que van los hombres locos
ese templo á asaltar; se acercan pocos
al dintel, de estos pocos llega alguno;
mas en él penetrar, eso ninguno.

LISARDO. Triste verdad que mi alegría embarga!
Qué hemos de hacer?

BLASILLO. Señor, por qué te quejas?
Tú, volver á cuidar de tus ovejas...
Pero, ay de mí, que volveré á la carga!
Ha poco no sentia y ahora siento
volver á la existencia de jumento.

LISARDO. Y de Florinda bella, separado
será fuerza vivir! Del astro hermoso
cuya lumbre encendida
la senda del amor me señalaba;
norte seguro de mi fé perdida,
íris bello de paz que serenaba
el horizonte oscuro de mi vida.
Separarme de tí tampoco quiero.

BLASILLO. Triste separacion que el alma llora!
Tampoco tu escudero;
para vivir con ella hazla pastora,
para vivir conmigo, hazte arriero.
Sereno y animoso
sigue tenaz la comenzada lucha,

Un talisman no tienes poderoso?

LISARDO. Es impotente ya.

BLASILLO. Cielos!

LISARDO. Escucha.
Quédale de poder muy breve espacio;
cesará la influencia de su mágia
cuando suenen las tres en el palacio.

BLASILLO. Qué tu voz melancólica presagia
que el alma toda de amargura llena?
Espera en Dios que enseñará camino...
(Suenan las tres lenta y gravemente.)
Ese reloj...

LISARDO. Las tres! Duro destino!
Es la hora fatal esa que suena!
Aquí murió mi amor!

BLASILLO. Y aquí un pollino!

ESCENA XIV.

DICHOS.—JAZMIN por la cueva del fondo.

JAZMIN. Todo se ha cumplido.

LISARDO. Jazmin aquí!

JAZMIN. Como te anuncié, acaba de cesar el poder de vuestros talismanes.

LISARDO. Y Florinda?

JAZMIN. Protegida por Mariblanca se halla con Fuenteseca en ese palacio.

BLASILLO. Pues cuando salga... (Disponiéndose á dar un bofeton.)

LISARDO. Sabes su intento?

JAZMIN. El de la hechicera?

LISARDO. Sí.

JAZMIN. Pedir al rey de los genios la mano de Florinda.

LISARDO. Se la concederá?

JAZMIN. Mucho lo temo. La influencia de Mariblanca es mayor que la mía.

BLASILLO. (Pobre amo mio! Si con mi sangre pudiera darle la felicidad, se la daria.)

LISARDO. Es decir que no queda ningun remedio?

JAZMIN. Ninguno: porque la rama de oro...

BLASILLO. (La rama de oro?)

LISARDO. Dónde está?

JAZMIN. (Señalando una roca.) Allí.

LISARDO. No la veo.

JAZMIN. Brota. (Brota una rama de oro.) Qué vas á hacer? (Viendo que Lisardo corre hácia la rama.)

LISARDO. Arrancarla.

BLASILLO. (Ea, valor! Ya que sufre por mi causa, salvémosle.)

JAZMIN. Piensa que puede costarte la vida.

LISARDO. No puede tambien darme la felicidad?

JAZMIN. Sí.

LISARDO. En ese caso no vacilo. (Interpónese Blasillo entre la rama y Lisardo.)

BLASILLO. Si el peligro consiste en arrancarla, para mi el peligro y para tí la dicha. (Coge la rama para arrancarla.)

ESCENA XVII.

DICHOS, y MARIBLANCA por la cueva.

MARIBLANC. Detente.

LISARDO.
BLASILLO. } Mariblanca!

MARIBLANC. El rey de los genios acaba de concederme para Fuenteseca la mano de Florinda.

LISARDO. Hechicera infame!

BLASILLO. Pero dueño yo de la rama de oro, podré revocar la concesion?

MARIBLANC. Sin duda, y sin embargo no la arrancarás,

BLASILLO. Por qué?
MARIBLANC. Porque yo te lo prohibo.
BLASILLO. Y quién eres tú para imponerme condiciones?
MARIBLANC. Una maga poderosa.
BLASILLO. Pues esta vez será mi voluntad más fuerte que tu influencia. Vaya un empeño en llevarme la contraria! La arrancaré contra tu voluntad, y aunque se opusiera á ello toda la hechiceria junta.
MARIBLANC. Si la arrancas... ay de tí!
BLASILLO. No sabes tú quién soy yo.
MARIBLANC. No la arrancarás.
BLASILLO. Que no? (La arranca.)
Pues ya la arranqué. (Golpe de campana chinesca.)
MARIBLANC. (Gozosa.) Vencí !
Ha de cumplir quien arranca
ese talisman que ves,
una condicion.
BLASILLO. Cuál es?
MARIBLANC. Casarse con Mariblanca. (Aparece este letrero en el fondo.)
BLASILLO. Pues no la quiero cumplir.
MARIBLANC. Fuerza será resignarse.
BLASILLO. Con que es preciso casarse?
MARIBLANC. Casarse.
BLASILLO. Y si no?
MARIBLANC. (Leyendo la palabra morir que aparece en el fondo.) Morir.
BLASILLO. No, pues tampoco me agrada.
MARIBLANC. (Te hice en mis redes caer.)
BLASILLO. Vamos, acabo de hacer
una insigne borricada.
MARIBLANC. Discurrió mi entendimiento
y el discurrirlo era justo,
que sin amor y á disgusto
solo se casa un jumento.
Para quitar el motivo
que me hace enojosa serte,

juzgué oportuno volverte
á tu estado primitivo.
Ardid que me hace vencer...
Acepta mi matrimonio. (Con satisfaccion y orgullo.)

BLASILLO. No inventaría el demonio
lo que inventa una mujer.
Mas conspiras contra tí,
porque si el marido no ama...

MARIBLANC. Yo lograré de esa rama
que te enamore de mí.

BLASILLO. Ya maldecirás tu suerte.
No te haré llevar mal paso.
Con que... á ver... si no me caso
tengo segura...

MARIBLANC. (Aparece tambien este letrero en el fondo.) La muerte.

BLASILLO. Y si me someto al yugo
dándote mi mano hermosa?

MARIBLANC. Será tu vida dichosa.

BLASILLO. Pues entonces... Apechugo. (Golpe de campana china.)

LISARDO. Vencimos! (Satisfaccion en todos.)

JAZMIN. Sí.

BLASILLO. Y aunque creo
difícil á la verdad
hallar la felicidad
por la puerta de himeneo,
para lograr conocer
si escondes venturas ciertas
ábreme, rama, las puertas
del alcázar del placer.

MUTACION.

Interior del templo de la Felicidad.

MÚSICA EN LA ORQUESTA.

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, FLORINDA, MAESE PEDRO, FUENTESECA, el REY DE LOS GÉNIOS sentado en su trono, rodeado de muy pocos de sus vasallos.

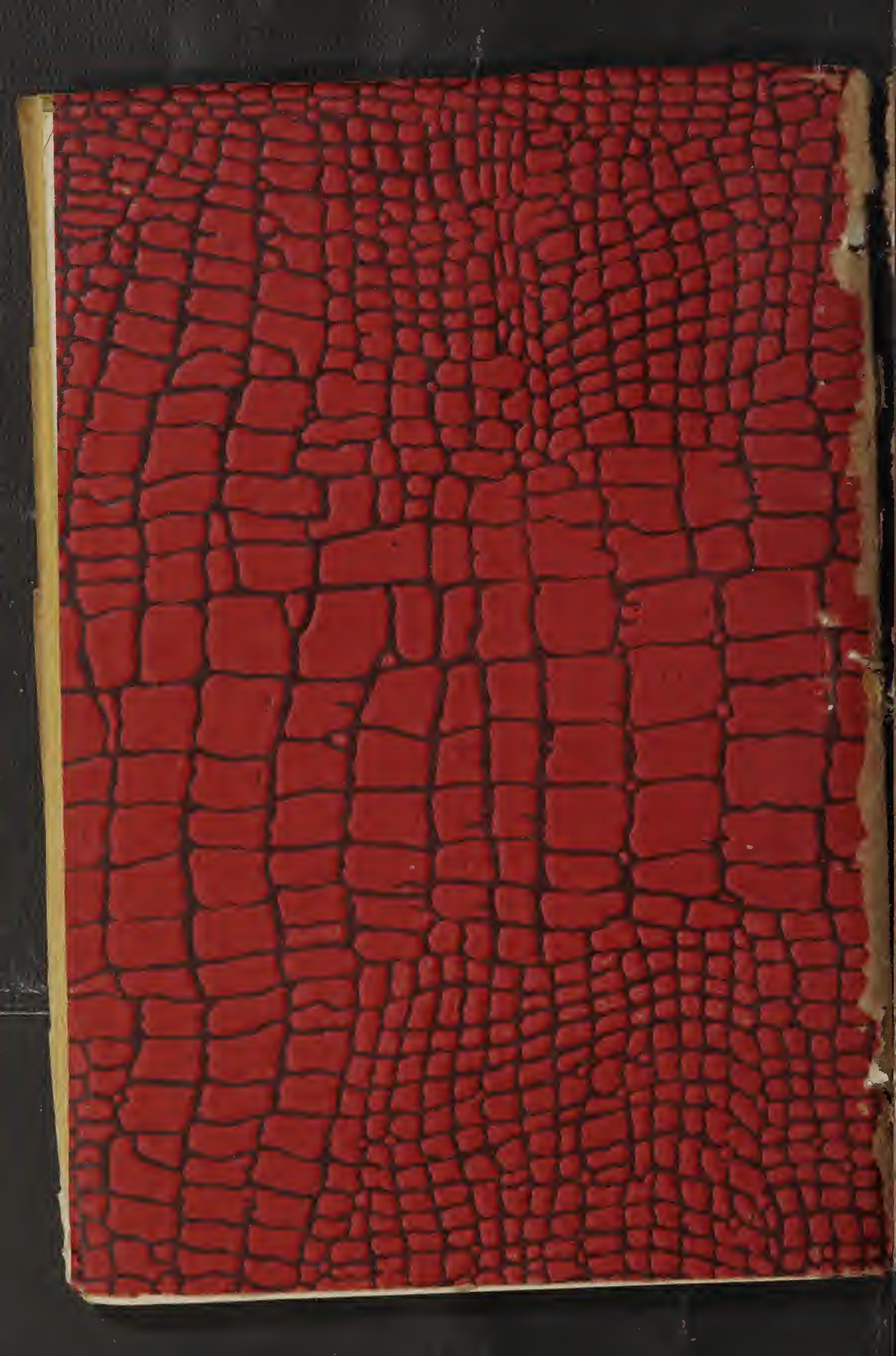
FLORINDA. Lisardo! (Yendo hácia él.)
LISARDO. (Con amor.) La pena acaba.
FUENTESEC. (Nos vendió esa fregatriz.) (Por Mariblanca.)
BLASILLO. Hay menos gente feliz
de la que yo imaginaba.
Os perdono lo pasado;
de dura mi alma no peca;
vete al punto, Fuenteseca,
á tu quinta desterrado,
y muy buen viaje, amigo:
(Vase Fuenteseca por escotillon.)
Maese, aunque no le cuadre...

FLORINDA. Mira, Blas, que ese es mi padre.
BLASILLO. Pues bien, quédese contigo.
Esta es mi mano de esposo; (A Mariblanca.)
tiéndeme tú la de esposa:
solo me falta una cosa
para ser muy venturoso.
MARIBLANC. Cuál es?
BLASILLO. Decírtela quiero,
aunque cobre mala fama;
ya que es de oro la rama
un poquito de dinero. (Lluvia general de oro.)
Muchas gracias; esto es.
Hija, el deseo es inmundo;
pero sin oro en el mundo
nos llevan á puntápies.
Ya soy rico!
MARIBLANC. Guárda, Pablo.
BLASILLO. A gastar.
MARIBLANC. Economías.
Piensa que todos los dias
no hace *Almoneda el diablo.*

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado las adiciones y modificaciones hechas en esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea de este modo.

Madrid 9 Diciembre de 1864.—*El censor de Teatros,* ANTONIO FERRER DEL RIO.



CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.

GALERÍA DRAMÁTICA.

UN ANIMAL RARO.

PRECIO: 4 RS.

S. H. G.

MADRID.—1863.

IMPRENTA DE CRISTOBAL GONZALEZ,
calle de S. Vicente, núm. 52.

UN ANIMAL RARO.

IMP. DE C. GONZALEZ, SAN VICENTE, 52.

2

UN ANIMAL RARO.

COMEDIA EN UN ACTO EN PROSA

ORIGINAL DE

D. RAFAEL MARÍA LIERN. y Cerach

Puesta en escena con extraordinario éxito, y por los tres hermanos, primeros actores del género cómico, D. Pedro García, Principal de Valencia; D. Domingo García, Principal de Zaragoza, y D. José García, Novedades de Madrid.

MADRID.

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION.
Calle de San Agustin, 12, 2.°

1862.

REPARTO DEL PRINCIPAL DE VALENCIA.

PERSONAJES.	ACTORES.
DON TADEO.	Sr. D. Pedro García.
FEDERICO..	Manuel Pastrana.
TOMAS.	José Argüelles.
SINFOROSA..	Doña Concepcion Andrade.
BENITA.	Fabiana Garcia.
JULIA..	Juana Samaniego.

REPARTO DEL PRINCIPAL DE ZARAGOZA.

DON TADEO.	Sr. D. Domingo Garcia.
FEDERICO.	Elías Aguirre.
TOMAS.	José Barta.
SINFOROSA..	Doña Vicenta Martin.
BENITA.	Fabiana García.
JULIA.	Enriqueta Mendoza.

REPARTO DE NOVEDADES DE MAARID.

DON TADEO.	Sr. D. José García.
FEDERICO.	José Fidel Lopez.
TOMAS.	Félix Corrulen.
SINFOROSA..	Doña Jacinta Cruz.
AENITA.	Concepcion Alba.
JULIA.	Catalina Montesinos.

La accion en Madrid y en nuestros dias.

ACTO ÚNICO.

Sala elegantemente amueblada. Puertas laterales y al foro con portiers. Un velador maqueado juuto á un sofá que se hallará á la derecha en el proscenio. A la izquierda un caballete para pintar: sobre él, el retrato de doña Sinforosa pintado al óleo. Sobre una silla, paleta, pinceles y caja de colores.

ESCENA I.

MIGUEL y BENITA.

BENITA.

Te digo y te repito que no puede ser.

MIGUEL.

Repara que lo conozco más que la madre que lo ha parido.

BENITA.

Pero cómo quieres tú que un hombre jóven, y de buena figura, y madrileño, como quien no dice nada, se enamore de una vieja romántica, coqueta y tan ridícula como mi ama?

MIGUEL.

Él es muy extravagante.

BENITA.

No logras convencerme. El señorito Alfredo, lo que busca es el gato. Él sabe que la señora es rica.

MIGUEL.

Si el señorito Alfredo se casa con tu ama, se casará por amor.

BENITA.

Ba, ba, ba; ríete, Miguel, ríete de esos amores.

MIGUEL.

Pues qué, preferirías tú ver casada á tu señora con don Tadeo?

BENITA.

Dios me libre; de ningun modo: qué pecados ha cometido mi señora para pasar el iafierno en vida, al lado de ese viejo gruñon?

MIGUEL.

Pues no tiene remedio; ó con don Tadeo ó con el señorito.

BENITA.

Si yo no me opongo á que se case con el señorito Alfredo; ya sabes que he protejido esos amores, pero digo llanamente mi sentir.

MIGUEL.

Además, que á nosotros nos conviene el enlace con el señorito. Tendremos más libertad, más latitud; las escapatorias serán más frecuentes que ahora, y las propinas más frecuentes aun que las escapatorias.

BENITA.

Sabes que advierto una variacion notable en tu lenguaje?

MIGUEL.

Toma, ya lo creo; algo ha de pegarse del roce con los sabios. Hé estado tres semanas sirviendo á un gacetillero.

ESCENA II.

DICHOS, DOÑA SINFOROSA por la izquierda.

SINFOROSA.

Miguel?

MIGUEL.

Señora.

SINFOROSA.

Llégate inmediatamente en casa de la modista, y díle que te entregue mi sombrero.

MIGUEL.

Voy corriendo, señora.

SINFOROSA.

Pregunta de paso, si ha llegado el correo de Valencia.

MIGUEL.

En casa de la modista?

SINFOROSA.

Estúpido, en el correo... Benita? (Vase Miguel.)

BENITA.

Señora.

SINFOROSA.

No has visto al señorito Alfredo?

BENITA.

Sí señora; desde el balcon de la sala, sabe usted que se vé su cuarto. Lo he visto afeitándose.

SINFOROSA.

Afeitándose? cómo se daba el jabon?

BENITA.

Con una brochita tan cuca!

SINFOROSA.

Qué elegante! Se afeitaba solo! Don Tadeo gasta barbero.

BENITA.

Eso es más cómodo.

SINFOROSA.

Pero más súcio.

BENITA.

Y vale lo menos doce reales al mes...

SINFOROSA.

Crees que en la supresion del barbero, habrá visto Alfredo una economia?

BENITA.

No creo que esté muy sobrado tampoco. Ya ve usted, un pintor...

SINFOROSA.

Esas son las preocupaciones del siglo. Llaman pobre al que no posee una cantidad de métalico, por más que sienta arder en su cabeza la llama creadora del génio, luz celestial á cuyos vívidos resplandores se oscurecen los tíbios destellos de los metales acuñados.

BENITA.

Me parece á mí que...

SINFOROSA.

Basta. Te prohibo murmurar de quien ántes de mucho se hallará ligado á mí con vínculos indisolubles.

BENITA.

Está bien, señora; pero y don Tadéo?

SINFOROSA.

Don Tadeo, don Tadeo es un hipopótamo.

BENITA.

Pero cuando sepa el desaire que usted le hace, renunciando á su mano...

SINFOROSA.

Se quedará tan fresco... Qué sabe él de sentimientos ni pasiones? Don Tadeo gasta zapatos de castor, y los hombres que gastan esa piel, ó no tienen sentido comun, ó...

BENITA.

Ó tienen muchos callos...

SINFOROSA.

Enfermedad pedestre, capaz por sí sola de marchitar las ilusiones más lozanas! Sin embargo, hoy pienso enterarle de mi resolucion.

BENITA.

Pobre señor! es capaz de suicidarse.

SINFOROSA.

Ha leido él por ventura ninguna novela? se ha embriagado alguna vez en la vaporosa atmósfera del romanticismo? ha sido artista? No.

BENITA.

Pero...

SINFOROSA.

Entonces no puede comprender el suicidio, muerte reservada á los talentos superiores. Mira, Benita, mira; lo vés? (Saca una caja de fósforos.)

BENITA.

Son fósforos?

SINFOROSA.

Sí, de Cascante. (Solemnemente.) Yo no fumo, pero los llevo siempre conmigo, porque seis cabecitas de este prodigioso invento sumergidas en un vaso de agua, producen en diez minutos... un cadáver. Oh! Cascante y Lizarbe son los semidioses del mundo melancólico. Yo los bendigo.

BENITA.

Ha tenido usted la idea de sucidarse?

SINFOROSA.

Si mi Alfredo me hiciera el menosprecio... (Hace accion de beberse un vaso de agua.)

BENITA.

Ave María Purísima!...

SINFOROSA.

Pero me ama; sí, me ama. Anoche me juraba su amor á la luz de la luna, como pudieran hacerlo Medoro y Diego Marsilla... me habló de su amor, del porvenir, de la felicidad, y á través de la densa nube de sus palabras, me dejó entrever el perfil de una nodriza.

BENITA.

Qué cosa tan agradable!

SINFOROSA.

Panorama, que no puede ver la cansada vista de don Tadeo!

BENITA.

Conque es cosa decidida! ¿Y para cuándo se ha aplazado la boda?

SINFOROSA.

Para el dia de ánimas.

BEDITA.

Todavía falta más de un mes.

SINFOROSA.

Qué hora acaba de dar?

BENITA.

Las once.

SINFOROSA.

Cuánto tarda Alfredo!

BENITA.

Estará acicalándose. Estos hombres que pretenden, son más coquetones...

SINFOROSA.

Voy á esperarle en el balcon. (Váse hácia la izquierda; antes de entrar fija la vista en su retrato.) Qué bella! estoy hablando. (Váse.)

ESCENA III.

BENITA.

Creerse que á su edad, y con la cara que tiene, ha podido inspirar una pasion al señorito Alfredo! Qué orgullosas son las mujeres, y qué tontas! Que se hubiera enamorado de mí se comprende, pero de un estafermo semejante!

ESCENA IIII.

BENITA y JULIA, que trae en la mano una caja de carton.

JULIA.

Buenos dias.

BENITA.

Julia!

JULIA.

Benita de mi alma!

BENITA.

Hacía lo menos quince dias que no te habia visto.

JULIA.

Si apenas salgo de casa sino para ir al taller.

BENITA.

Al taller, al taller. Jesús, qué corage me dan los talleres. Cada vez que me acuerdo de lo que nos han hecho pasar en el de la calle del Cármen...

JULIA.

Y qué remedio hay; las que somos pobres...

BENITA.

Qué traes en esa caja?

JULIA.

Un sombrero de tu señora.

BENITA.

A ver?

JULIA.

Loquilla! qué ibas á hacer?

BENITA.

A examinarlo. Oyes, estás mala?

JULIA.

No!

BENITA.

Te veo tan pálida! Tienes disgustos?

JULIA.

No, vivo muy tranquila.

BENITA.

Embuste! á tí te pasa algo.

JULIA.

Pues bien, sí.

BENITA.

Anda, cuéntame, cuéntame.

JULIA.

Verás! Pero por qué no llamas á tu señora? Mira, si la llamaras, la entregaria el sombrero y hablaríamos un rato en la escalera.

BENITA.

No, cá, anda, anda.

JULIA.

Pues escucha. Hace dos años que tengo relaciones con un jóven llamado Federico Villena, á quien amo con todo mi corazon, bien que tú ya sabes cómo queremos las modistas... en fin, desde que e conozco, no ha gastado más corbatas que las que yo le he cosido.

BENITA.

Y qué más?

JULIA.

Que despues de dos años de amor, durante los cuales he sido su esclava, porque te puedo asegurar que en todo ese tiempo no le he hecho caso á otro hombre: ya ves si es sacrificio...

BENITA.

Para una costurera, inmenso. Prosigue.

JULIA.

Sin la más leve infidelidad por mi parte; sin ningun motivo de queja, me escribió ayer una carta, en la cual, despues de humillarme por lo oscuro de mi cuna—como si tuviera yo la culpa—me decia que razones poderosas le impedian continuar sus relaciones, que no volveria á verme, y que el compromiso de matrimonio que le ligaba conmigo, desaparecia desde aquel instante por una causa independiente de su voluntad... Ya ves, que esto es infame.

BENITA.

Muy infame!

JULIA.

Le leí la carta á mi tia...

BENITA.

Estaba enterada de esos amoríos?

JULIA.

Si él venia á casa todas las noches; era cosa muy formal. Has visto qué picardia? No hay consuelo para mí.

BENITA.

Mal hecho: lo que debes procurar, es olvidarte de su estampa, y

buscar el desquite este invierno en Capellanes. Habrá bribones como los hombres! Huy! qué falsos son!

JULIA.

Si no podré... Si le quiero á pesar mio!..

ESCENA V.

DICHAS, y DOÑA SINFOROSA.

SINFOROSA.

(Las once y cuarto y sin venir.)

BENITA.

Señora, iba corriendo á llamar á usted...

SINFOROSA.

Quién es?

BENITA.

Julia la modista.

SINFOROSA.

Trae usted el sombrero?

JULIA.

Sí, señora.

SINFOROSA.

Pase usted conmigo á esta sala, porque quiero que se lleve usted un vestido.

JULIA.

Con mucho gusto.

SINFOROSA.

Benita, si viene el señorito Alfredo, avísame en seguida.

BENITA.

Está muy bien, señora.

SINFOROSA.

Espérale en el balcon. (Váse con Julia por la izquierda.)

BENITA.

Voy. (Váse por la derecha.)

ESCENA VI.

ALFREDO y DON TADEO.

Un momento despues de la salida de estos, sale Benita é inmediatamente entra en la habitacion de la derecha.

ALFREDO.

Sí señór, don Tadeo, sí señor; confieso que es una desgracia.

TADEO.

Inaudita, amigo mio, inaudita. Los trabajos de Hércules son tortitas y pan pintado, en comparacion de mis desdichas. Estoy arruinado.

ALFREDO.

Pero no tiene usted ninguna esperanza?

TADEO.

Ninguna, hombre, ninguna; vea usted si le dejaria muchas este papelito: (Sacando una carta.) «Señor don Tadeo Acerolas, muy señor mio: He hablado con el escribiente de su abogado de usted, y me ha dicho que el pleito ha sido desfavorablemente sentenciado en definitiva; pero que no se aflija usted, porque ya tiene órden de estender el recibo de las costas...»

ALFREDO.

Bribon!

TADEO.

(No le asaran á él todas las costillas.) (Leyendo.) «De las costas que no bajarán de quince mil reales!...» (Quince mil bolas de matacan deberian darle á él.) (Leyendo.) Sin más por hoy disponga usted de su afectísimo S. S. Q. B. S. M.—Anacleto Cantimplora.—Posdata. Sír-

ted dar la enhorabuena á mi señora doña Sinforosa, porque ha ganado el suyo.»

ALFREDO. (Con intencion.)

Ah! conque doña Sinforosa ha ganado el suyo?

TADEO.

Cree usted que sin esa circunstancia seria yo un viviente todavía?

ALFREDO.

Es verdad.

TADEO.

El caso es que con la seguridad de ganar el pleito, y la esperanza del inmediato reintegro, he consumido un sagrado depósito de cien mil reales que un amigo íntimo me confió al morir, haciéndome depositario de sus secretos. Esa cantidad constituye el patrimonio de una niña que aún no ha parecido, es cierto, pero que puede parecer de un momento á otro; y si pareciese hoy mismo, dentro de una hora me tropezara yo con esa criatura, qué contestacion la daba? qué le decia yo al difunto cuando me pidiera cuenta? Oh! esto es horrible, espantosamente horrible!

ALFREDO.

Pero no se apure usted.

TADEO.

Sí, señor, quiero apurarme, y le juro á usted que daria tres mil duros por tener pelo natural.

ALFREDO.

Para qué?

TADEO.

Por el gustazo de arrancármelo.

ALFREDO.

Ea, sosiéguese usted. Esa niña no es preciso que parezca hoy mismo: qué diablo! Y qué documentos posee usted ó qué medios tiene para averiguar su paradero?

TADEO.

Yo no tenia más documentos que los cinco mil duros.

ALFREDO.

Pero ella tiene alguna seña muy difícil de encontrar. Una cruz azul grabada con un alfiler en el brazo izquierdo.

TADEO.

Hace muchos años que donde veo una señora con vestido escotado y manga corta, me paro á examinarla; pero es claro, como tengo que fijar tan descaradamente la vista, se cubren los hombros, creyendo sin duda que miro otra cosa.

ALFREDO.

Es natural.

TADEO.

Yo no sé qué hacer; he apurado los medios más ingeniosos de mundo. El verano pasado, desde cierta distancia, por supuesto, pero con un anteojo de larga vista, me tomé el trabajo de examinar el bello sexo de Madrid que se baña en el Manzanares, bah... trabajo perdido.

ALFREDO.

No vió usted ninguna cruz?

TADEO.

Azul ninguna... pero es un espectáculo muy curioso, se lo recomiendo á usted...

ALFREDO.

Sí?

TADEO.

Ay! qué desdichado soy! parezco una planta maldita. (Se sienta.)

ALFREDO.

Vamos, vamos, no hay que abatirse.

TADEO.

Si en toda mi vida no he gozado media hora de felicidad.

ALFREDO.

Y mientras estuvo casado?

TADEO.

El hombre de bien nunca es feliz en la tierra, amigo mio. Mi mujer se llamaba Angustias: seis años fuí casado; seis años tuve en el pecho el nombre de mi mujer. Era rica, yo me empeñé en tener sucesion para que gozara los bienes de su madre, pero mi esposa era más estéril que un programa patriótico.

ALFREDO.

Mire usted qué fatalidad. Y la conoció usted en Madrid?

TADEO.

No señor. La compré en Santander, de bienes nacionales.

ALFREDO.

Cómoes eso?

TADEO.

Angustias era ama de gobierno de un canónigo de aquella catedral.

ALFREDO.

Dice usted que se llamaba Angustias?

TADEO.

Siete años.

ALFREDO.

(Ella es.) Suspira usted?

TADEO.

Suspiro y me anonado bajo el peso de los recuerdos. Oiga usted. Vegeta en el mundo un bípedo implume á quien deseo estrangular.

ALFREDO.

Un rival acaso? (Indaguemos.)

TADEO.

Sí, señor. Un infame que al osar al honor de mi esposa, deshonró mis canas... entonces no gastaba yo peluca todavía.

ALFREDO.

Pero doña Angustias...

TADEO.

Doña Angustias era una mujer de bien.

ALFREDO.

Y usted conoce á ese miserable?

TADEO.

Personalmente no.

ALFREDO.

Pero sabrá usted cómo se llama?

TADEO.

Sí, señor; porque obran en mi poder las cartas que tuvo la avilantez de enviar á mi esposa.

ALFREDO.

Hay hombres muy malos: de modo que usted conoceria su letra?

TADEO.

Ya lo creo. Y no es esto solo. Desde entonces acá, cuantas tribulaciones me han sucedido, cuantas desgracias me han pasado, han tenido orígen en ese hombre fatal... pero le ando cerca... (Alfredo hace un movimiento.) La justicia le persigue por falsificador de documentos públicos.

ALFREDO.

Diablo!

TADEO.

Y espero que no escapará del lazo que le han tendido. Él dia que lo halle me lo chupo como un merengue.

ALFREDO.

(Si le saco yo hoy los cuartos á la vieja, no será fácil...)

TADEO.

Huf!

ALFREDO.

Sosiéguese usted, sosiéguese usted... no tiene usted ya nadie en el mundo que se interese por usted, don Tadeo?

TADEO.

Por fortuna, tengo en usted un amigo, y un consuelo en la mujer que me ama, doña Sinforosa.

ALFREDO.

(Ya verás lo que te ama.)

TADEO.

Y á propósito; yo no quisiera darle conocimiento de mis desgracias repentinamente.

ALFREDO.

Si le parece usted, yo la prepararé con algunas frases...

TADEO.

Sí, me parece bien; usted es mi ángel tutelar.

ESCENA VII.

DICHOS y MIGUEL por el foro.

MIGUEL.

Qué arisca es la tal Baltasara. Buenos dias...

TADEO.

Vienes del correo? (Mirándole las cartas.)

MIGUEL.

Sí, señor, en este momento están repartiendo el de Valencia.

TADEO.

Traes alguna carta para mí?

MIGUEL.

No, señor, traigo una para mi señora.

TADEO.

Conozco la letra... Hombre, yo no puedo ahora, mira: quieres ir á mi casa y preguntar si han recibido alguna?

MIGUEL.

Con mucho gusto.

TADEO.

En caso afirmativo, traétela. Yo te daré las gracias.

MIGUEL.

(No es mucho...)

TADEO.

Yo quisiera escribir cuatro letras: voy á tomar el permiso de doña Sinforosa, si me da usted el suyo.

ESCENA VIII.

DICHOS.—DONA SINFOROSA.—JULIA y BENITA.

SINFOROSA.

Sí, pero inmediatamente. Diga usted que necesito ponérmelos hoy mismo para que me acaben el retrato...

JULIA.

Descuide nsted, señora, antes de quince minutos estaré de vuelta... (Viendo á Alfredo.) Dios mio! es él.

ALFREDO. (Viendo á Julia.)

Cielo santo! es ella!

SINFOROSA.

Señores...

(Miguel entrega una carta á doña Sinforosa.)

BENITA. (Aparte á Julia.)

Qué te ha dádo? Por qué tiemblas?

JULIA. (Idem.)

Porque es él.

BENITA. (Idem.)

Pero quién es él?

SINFOROSA.

Oh! un millon de gracias. (A Alfredo.) Qué amable es usted...

TADEO.

Si usted me permitiera... es...

SINFOROSA. (Sin hacerle caso.)

Todo, todo...

BENITA (Aparte á Julia.)

Pero si va á casarse con la señora...

JULIA.

Desgraciada de mí... Ven y hablaremos. (Vánse.)

SINFOROSA (Riendo.)

De veras?

ALFREDO.

(Ya se fué, respiro.)

TADEO.

Porque tengo que poner cuatro palabras.

SINFOROSA.

Sí, hombre, sí; no sea usted pesado. (Aparte á Alfredo.) Decia usted que...

ALFREDO.

Que es muy bonito el sombrero ese... y difícil de copiar.

TADEO.

Voy á escribir á Valencia, porque...

SINFOROSA.

Cócora!

TADEO.

Porque hay novedades.

SINFOROSA.

No es usted una de ellas por cierto.

TADEO.

No, ni usted tampoco. Novedades importantes... Ahora se las dirá á usted mi amigo Alfredo. (Hace señas á este.)

ALFREDO.

Descuide usted.

TADEO.

Con que... voy á poner esas letras .. Puedo irme tranquilo. (Hace una seña á Alfredo, á la cual corresponde este. Doña Sinforosa deja el sombrero sobre el piano.)

ESCENA IX.

DOÑA SINFOROSA, ALFREDO.

SINFOROSA.

Qué pesada es la ancianidad!

ALFREDO.

Don Tadeo no es tan viejo.

SINFOROSA.

Comparado con Noé es un niño, pero comparado con nosotros es un vejete.

ALFREDO.

No le ha dicho usted todavía nada de nuestro proyecto?

SINFOROSA.

Usted? con que usted? ingrato! No me amas ya?

ALFREDO.

(Ay qué tonta!) Lo dudas, ángel mio? (Qué onzas tan hermosísimas tendrá esta vieja!)

SINFOROSA.

Y vivirás siempre á mi lado?

ALFREDO.

Siempre.

SINFOROSA.

Sin separarte nunca?

ALFREDO.

Nunca.

SINFOROSA.

Qué agradablemente se deslizará nuestra existencia!

ALFREDO.

Pero don Tadeo...

SINFOROSA.

Qué empeño tiene en atormentarme!

ESCENA X.

Dichos, DON TADEO oculto tras un portier.

TADEO.

(Oigamos mi apologia...)

ALFREDO.

Es que ignora usted... digo... Es que ignoras lo que hay...

SINFOROSA.

Pues qué hay?

ALFREDO.

Hay, que has ganado tu pleito, y que don Tadeo ha perdido el suyo.

SINFOROSA.

Pero qué tengo yo que ver con don Tadeo?

ALFREDO.

Mucho. Acabo de hablar con él, y he descubierto que pretende arruinarte. (La voy á matar á mentiras.)

SINFOROSA.

Cómo?

ALFREDO.

Desiste de la idea de casarse con usted... con... contigo, y quiere hacer pasar á manos agenas los bienes que tan legítimamente te...

TADEO.

(Tunante!)

SINFOROSA.

Imposible!

ALFREDO.

Dudas de mí, alma mia?

SINFOROSA.

Ah! No.

ALFREDO.

Tengo en mis manos los medios de destruir sus planes, pero para ello es menester que hoy mismo salga yo para Valencia.

SINFOROSA.

Eso es una locura.

ALFREDO.

Necesaria.

SINFOROSA.

Ese viaje me parece inconveniente.

ALFREDO.

El inconveniente es otro. El inconveniente es, que por una casualidad inexplicable, me hallo sin fondos.

SINFOROSA.

Eso... es lo de menos; yo tengo ocho mil reales en papel; si juzgas imprescindible esa marcha, dispon de ellos.

ALFREDO.

Lós aceptó con el carácter de anticipo. Si no voy á Valencia, lo pierdes todo.

TADEO.

(Pero Dios mio! Es posible tal infamia?)

SINFOROSA.

Entonces vete. Pero tardarás mucho?

ALFREDO.

No, un rato; quiero decir, seis ú ocho dias.

SINFOROSA. (Con mimo.)

Me escribirás?

ALFREDO.

Desde todas las estaciones. Tengo que salir á disponer algunas cosas, pero antes de un cuarto de hora estoy de vuelta. Sabes, paloma mia, que mi delirio es amarte? Mira, mira tu retrato, le ves? (Se pone el sombrero y saca la cartera.)

TADEO.

(La ira me está ahogando.)

SINFOROSA.

Sí.

ALFREDO.

Pues no se aparta un solo instante de mí.

SINFOROSA.

Júrame que me amas.

ALFREDO.

Lo juro solemnemente.

TADEO.

Caballerooo!!! (Don Tadeo que ha ido bajando hasta el grupo, dá á Alfredo un puñetazo en el sombrero.)

SINFOROSA.

Asesino!!!

TADEO.

Si no calla usted, me cuadrará muy pronto esa calificacion. (Alfredo ha logrado desencasquetarse el sombrero, pero don Tadeo que lo observa le da otro puñetazo.)

ALFREDO.

Que me ahogo!

TADEO.

Eso es lo que deseo precisamente.

SINFOROSA.

Y con qué derecho se atreve usted?...

TADEO.

Con el que me asiste.

SINFOROSA.

Pero...

TADEO.

Silencio.

ALFREDO.

Señor don Tadeo, espero que me dará una explicacion.

TADEO.

Sí señor: en el mismo idioma en que le he dado á usted los puñetazos... no conozco otra lengua.

ALFREDO.

Me alegro, porque me es familiar desde la infancia. Espéreme usted; vuelvo al instante.

TADEO.

Firme como un poste.

ALFREDO.

Ay de usted! (Vase por el foro.)

ESCENA XI.

DICHOS, menos ALFREDO.

TADEO. (En tono solemne.)

Señora doña Sinforosa, siéntese usted.

SINFOROSA.

Pero...

TADEO.

Siéntese usted y prepárese á oirme. Señora doña Sinforosa: el matrimonio es una contribucion de sangre, una especie de quinta que no admite para nada la sustitucion... por metálico.

SINFOROSA.

Y qué analogía?...

TADEO.

No corte usted el hilo de mi discurso. Hace cuatro años la conocí á usted pobre, arruinada; yo poseia mis bienes tranquilamente, y la ofrecí á usted mi bienestar. Usted le aceptó.

SINFOROSA.

Bien, pero...

TADEO.

No corte usted el hilo... de mi discurso. Posteriormente heredó usted; y esa herencia que le han disputado sus parientes, le ha sido á usted adjudicada por los sábios sacerdotes de Témis. En la actualidad es usted rica, muy rica. Pero todos erramos en este mundo. Esos mismos sacerdotes tan sábios, han cometido la torpeza de dejarme pobre, fallando mi pleito en contra mia. Los papeles se han trocado.

SINFOROSA.

Y á dónde va usted?

TADEO.

No corte usted el... Yo desprecio las riquezas, yo la amaba á usted pobre porque era rico, y usted una vez rica me desprecia porque soy pobre. No trato de enumerar los sacrificios que su amor me cuesta. Cuatro años he sido juguete de sus caprichos: por usted he frecuentado los teatros, por usted he sido calavera, y por usted, en fin, olvidándome de la fecha de mi bautismo, he rondado en invierno sus balcones, exponiéndome á tomar una pulmonía. Pobre, arruinado, con un porvenir de color de chocolate, pensaba hallar consuelo en el amor de usted, pero ese amor no existe; lo que existe es un hombre que me lo roba fraudulentamente, y una mujer que se lo deja arrebatar. El hombre es Alfredo, la mujer, usted.

SINFOROSA.

Don Tadeo!

TADEO.

Es claro: usted pensaría que una vez casada conmigo, hallaría en mi persona un... Pero don Tadeo Acerolas no se deja engañar impunemente. Un hombre miserable, llamado Federico Villena, manchó el honor de mi apellido. Ese hombre morirá á mis manos el dia que se me ponga enfrente. Así me vengo yo. Se explica usted ahora la comparacion del matrimonio con las quintas?

SINFOROSA.

Caballero, á la multitud de injurias que usted me ha dirigido, no contestaré más que con una sola frase. Alfredo será mi esposo el dia de las ánimas.

TADEO.

Su esposo de usted?

SINFOROSA.

Mi esposo.

TADEO.

Eso será si vive.

SINFOROSA.

Qué intenta usted?

TADEO.

Poca cosa. Hacer de él la segunda edicion de San Bartolomé.

SINFOROSA.

Ay! no, no.

TADEO. (Fuerte.)

Conque no me ama usted, Sinforosa?

SINFOROSA.

No, señor.

TADEO. (Más fuerte.)

Conque me desprecia usted, doña Sinforosa?

SINFOROSA.

Sí, señor.

TADEO. (Mucho más fuerte.)

Conque me desahucia usted, señora doña Sinforosa?

SINFOROSA.

Justamente.

TADEO. (Gritando.)

Pero por qué?

SINFOROSA.

Porque amo á Alfredo.

TADEO. (Gritando.)

Y por qué ama usted á Alfredo?

SINFOROSA.

Porque no le amo á usted.

TADEO. (Voz estertórea.)

Y por qué no me ama usted á mí? Necesito saberlo inmediatamente.

SINFOROSA.

Porque no es usted elegante (Tadeo se mira.) Porque me parece usted un bergantin con los cuellos eternamente derechos. (Tadeo se

baja los cuellos.) Porque lleva usted zapatos de castor, (Tadeo se quita uno y lo tira), y en fin, porque no es usted pollo... y como á mí me gustan tanto...

TADEO.

No, señora, tiene usted razon, no soy pollo, soy un gallo inglés, segun el corage que tengo en el alma...

SINFOROSA.

Tiene usted talento, por ventura?

TADEO.

No, señora; yo soy muy bruto...

SINFOROSA.

Tiene usted momentos de melancolía?

TADEO.

No, señora; tengo perpétuamente una banda militar en el estómago. (Pasea de un lado á otro.)

SINFOROSA.

Cuándo sabrá usted?

TADEO.

Nunca.

SINFOROSA.

Cuándo sabrá usted escribir un madrigal como este. (Saca un papel.)

TADEO.

No sabré escribirlo, pero sabré hacérselo comer á su autor. (Se lo arrebata.)

SINFOROSA.

Se guardará usted muy bien.

TADEO.

Sí, me lo guardaré muy bien, para que no se me pierda. (Abre el papel y lo mira.)

SINFOROSA.

Devuelvámelo usted.

TADEO.

Maldicion! esta letra...

SINFOROSA.

Qué tiene usted?

TADEO.

Es la suya!

SINFOROSA.

Sí señor, y muy bonita por cierto.

TADEO.

Pero este hombre cómo se llama?

SINFOROSA.

No lo sabe usted?

TADEO.

Dónde está? dónde está? Quiero verlo, quiero verlo.

SINFOROSA.

Para qué?

TADEO.

Hum! para devorarlo. Llegó la hora del exterminio. Es la letra de Villena...

SINFOROSA.

Imposible!

TADEO.

La trompeta del juicio final ha dado un punto de atencion. (Tira las sillas por el suelo.)

SINFOROSA.

Qué hace usted?

TADEO.

Me estoy divirtiendo. Hum!!! (Vá de un lado á otro sin direccion fija.)

SINFOROSA.

Pero señor don Tadeo...

TADEO.

Hum!

ESCENA XII.

Dichos.—BENITA y JULIA. Las dos aparecen á un tiempo, Benita por la puerta lateral de la derecha con un plato de almidon molido en la mano, y Julia por el foro con una caja de carton: Julia aparece en el momento en que don Tadeo atraviesa por enfrente de la puerta del foro. Don Tadeo distraidamente da una manotada á la caja que trae Julia y esta la deja caer asustada. Benita asustada, tambien vierte el almidon en el sombrero de don Tadeo, que estará en el velador que se hallará á la derecha, cerca de la puerta lateral.

JULIA.

Ay!

BENITA.

Ay!

SINFOROSA.

Ay! (Estas exclamaciones son simultáneas.)

TADEO.

Dígame usted dónde está ese hombre.

SINFOROSA.

Pero si no lo sé.

TADEO.

Pues me voy á buscarlo... y donde le encuentre, zás! allí lo pincho. (Se pone el sombrero de doña Sinforosa que está sobre el piano.)

SINFOROSA.

Es usted un mónstruo!

BENITA.

Aquí está. (Mostrándole el sombrero á don Tadeo. Don Tadeo al advertir que se ha equivocado de sombrero, se lo arranca, llevándose la peluca tras él. Busca el suyo: toma el que le indica Benita, se lo encasqueta, y sale lleno de almidon por la puerta del foro.)

ESCENA XIII.

DOÑA SINFOROSA, JULIA y BENITA.

Detenedle; detenedle... lo va á matar ese cosaco.

JULIA.

A quién, señora?

SINFOROSA.

A mi Alfredo. Conoce usted á algun coronel de regimiento?

JULIA.

Para qué?

SINFOROSA.

Para rogarle que destine una compañía de cazadores á la persecucion de ese bandido...

BENITA (Aparte á Julia.)

Habla, no seas tonta.

SINFOROSA.

Pero qué hacen ustedes quietas? No oyen ustedes que lo va á matar?

JULIA.

Ay ojalá...

SINFOROSA.

Qué está usted diciendo?... Usted desea?...

JULIA.

Que lo maten.

SINFOROSA. (Con estupor.)

A mi Alfredo?

BENITA.

Qué Alfredo, ni qué calabazas!

JULIA.

Ese jóven se llama Federico Villena; ha sido mi novio por espacio de dos años, acabo de saber que es un caballero de industria, que para vestirse gratis tiene engañadas tantas mujeres cuantas prendas de ropa necesita, y finalmente que no la quiere á usted, que no me quiere á mí, que no quiere á nadie.

BENITA.

(Chúpate esa!)

SINFOROSA.

Eso es una calumnia.

JULIA.

Le daré á usted pruebas. Usted conoce su letra?

SINFOROSA.

Que si la conozco!

JULIA. (Enseñándole una carta.)

Es esta?

SINFOROSA.

Ah! (Viéndola cae desplomada sobre un sillon.)

JULIA.

Mayo del 62, mire usted la fecha bien clarita...

SINFOROSA.

Aire, aire! yo me ahogo!..

BENITA.

Dios mio! (Váse por la derecha y vuelve inmediatamente con un servicio de té y tetera.)

SINFOROSA.

Pero ese jóven la ha despreciado á usted por mí? (Levantándose de repente.)

JULIA.

Sí señora, ayer me abandonó!

SINFOROSA.

Ah! (Vuelve á caer en el sillon.)

ESCENA XIV.

DICHOS, MIGUEL corriendo por el foro.

MIGUEL.

Felices! (A Julia.) Está don Tadeo?

BERITA. (Con misterio.)

Chis!

MIGUEL.

Está don Tadeo?

JULIA.

Chis!

MIGUEL.

Es que traigo un recado muy urjente de su patrona.

BENITA.

Tome usted, señora. (Coloca la tetera y taza sobre el piano.)

SINFOROSA.

No quiero nada.

JULIA.

Eso le hará á usted bien! Pobre señora!

SINFOROSA.

Silencio; todos fuera...

LOS TRES.

Pero...

SINFOROSA.

Todos fuera. (Entran por la derecha, pero simultáneamente. Benita sale y se esconde detrás de un portier.)

ESCENA XV.

DOÑA SINFOROSA, BENITA.

SINFOROSA.

Ya estoy sola! Cascante, inspírame!

BENITA.

(Me dá miedo! Observémosla!)

SINFOROSA.

Seis cabecitas sumergidas en esta taza, me abrirán las puertas del otro mundo. No me ama! Ingrato! Sí, estoy resuelta!!! Mañana tendrá un nombre más el catálogo de los suicidas...

BENITA.

(Qué barbaridad!)

SINFOROSA.

Una, dos, tres, seis... (Echando cabecitas de fósforos en la taza.) Mejor quisiera, cual otra Safo, arrojarme en el mar; pero esta casa no tiene pozo, y la tinaja es chica .. además, esta muerte es más noble... Voy á prepararme. (Entra en la puerta izquierda.)

BENITA, (Saliendo.)

Quiero ver de lo que es capaz! Habrá cosa más ridícula que una vieja verde! Ahora, si no fuera por mí se mataría! Debia castigarla, pero no; voy á verter el té... en dónde?... ah! en la peluca, para que se le embeba... llenaré otra vez la taza, veamos. (Se vuelve al portier.)

ESCENA XVI.

BENITA en el portier, DON TADEO.

TADEO. (Arrojando el sombrero.)

Huf... nada, no he podido dar con él... Y cómo le he de encontrar, si estoy descalzo? Soy el mortal más desdichado de la tierra!

Hay momentos, y este es uno de ellos, en que la fiebre amarilla me es simpática... (Se bebe el té.) Sí señor, comprendo el cólera y... (Despues de beber llena la taza.) y las pelucas... (Se pone la suya.) Todavía conserva mi calor... Pobrecilla!

ESCENA XVII.

DICHOS, y MIGUEL hablando al foro.

MIGUEL.

Vendré volando. Ah! señor don Tadeo!... Tome usted esta carta que me ha dado su patrona de usted. Me ha dicho que es muy urgente... (Deja caer la carta.)

TADEO.

Estás loco?

MIGUEL.

No señor, es que tengo curiosidad de saber el motivo de la tremolina que se ha movido en casa del señor Alfredo.

TADEO.

Pues qué hay?

MIGUEL.

Un motin de cincuenta mil demonios; en seguida vuelvo. (Váse por el foro.)

ESCENA XVIII.

DON TADEO, despues DOÑA SINFOROSA, despues JULIA y ALFREDO.

TADEO.

Algun nuevo infortunio. (Mirando la carta.) Tiemblo antes de abrirla, y un frio mortal se apodera de mi cuerpo. Ay! Ea, resolucion. «Calzoncillos, tres; medias, dos; camisas, una; total, catorce cuartos...» Bribon! Me dá la cuenta de la lavandera... Ah! (Viendo á doña Sinforosa, que sale pálida y con el pelo tendido.)

SINFOROSA.

Oh!

BENITA.

Ah!

JULIA.

Huf!! (Ocúltase tras un portier.)

ALFREDO.

Estoy perdido!

TADEO.

Maldicion!! (Agarra de las solapas á Alfredo.) Venga usted aquí; venga usted aquí... Es usted un miserable...

ALFREDO.

Caballero!...

TADEO.

Un mal nacido... que va á morir inmediatamente. Hombre, qué ganas tenia de arañarle á usted.

ALFREDO.

Señor don Tadeo, usted debe saber el modo que tienen de entenderse las personas decentes...

TADEO.

Lo eres tú por ventura?...

ALFREDO.

Yo soy un artista...

TADEO.

Para aspirar á ese título, te falta la nobleza que distingue á la clase.

ALFREDO.

Yo soy un pintor.

TADEO.

Lo que tú eres, es un pintamonas.

SINFOROSA (Muy sofocada.)

Caballero, ese jóven ha hecho mi retrato.

TADEO.

Razon de más.

SINFOROSA.

Es decir que yo soy...

TADEO.

Una mona.

ALFREDO.

Don Tadeo!

TADEO.

Y usted otra mona... y la señora otra mona... y yo otra mona; aquí todos somos monas.

ALFREDO.

Señor mio: yo me llamo Alfredo de Guevara, y vivo en la calle del Príncipe... ahí enfrente, mándeme usted una persona, y...

TADEO.

Con que te llamas Alfredo?

ALFREDO.

Justamente.

TADEO.

Hombre, no sé cómo no se la hago comer... (La carta.)

ALFREDO.

Repito que me llamo Alfredo.

JULIA (Saliendo.)

Es falso. Usted se llama Federico Villena.

ALFREDO.

Señora...

JULIA.

Bajo ese nombre ha tenido usted dos años de relaciones amoro-

sas, durante los cuales ha sabido engañarme con promesas, sin otro objeto que explotarme y vivir á costa de mis ahorros; ahorros que solo podia reunir á fuerza de privaciones y trabajo.

SINFOROSA.

(Y decia que me amaba!)

JULIA.

Pero una larga enfermedad de una persona de mi familia, está hace algun tiempo consumiendo mi jornal, y el señor, sin duda por este motivo, se ha cansado de mi amor; pretestando para nuestro rompimiento una série de mentiras, y echándome en cara mi pobreza, mi oscuridad y lo misterioso de mi cuna. El hombre que se atreve á escribir á una pobre mujer una carta como esta, es un infame. Tenga usted la bondad de leerla. (Alfredo va á tomarla, pero don Tadeo se interpone y la coje.)

TADEO.

(La misma letra.)

JULIA.

Ese es el señor: atrévase usted ahora á sostener que no se llama Federico Villena.

SINFOROSA.

Caballero! (Solemnemente.) Ante Dios será usted el responsable. (Bebe el té y despues dice:) Todo está cumplido!

ALFREDO.

Me quiere usted dejar en paz...

TADEO.

Cielo santo! Es posible? Con que es usted?

JULIA.

Sí, la pobre mujer sin apellido conocido...

TADEO,

Y esa señal de que habla aquí?...

JULIA.

Esa señal... me dá rubor el confesarlo...

TADEO.

Pero qué señal es?...

JULIA.

Es una cruz...

TADEO.

Azul?

JULIA.

Azul.

TADEO.

Grabada en el brazo izquierdo?

JULIA.

Sí señor.

TADEO.

Usted tiene cinco mil duros.

JULIA.

Cómo?

TADEO.

Cinco mil duros que yo la entregaré, y un apellido tan noble como el de Guevara...

JULIA.

Pero explíqueme usted...

ESCENA XIX.

DICHOS, y MIGUEL corriendo.

MIGUEL.

Señorito, señorito, huya usted por Dios.

ALFREDO.

Qué hay?

TADEO.

Ven aquí, bribon! Qué tengo yo que ver con la ropa blanca que tú ensucias? (Cogiéndole del pescuezo.)

MIGUEL.

Ay! me he equivocado con la prisa; tome usted, tome usted. (Dándole una carta) Señora, acaban de traer esta carta. (Don Tadeo lee aparte á la derecha, y doña Sinforosa á la izquierda.)

ALFREDO.

Habla, Miguel, habla; tengo una impaciencia que me devora; qué hay?

MIGUEL.

Que lo buscan á usted para prenderlo.

ALFREDO.

Pero quién?

MIGUEL.

Quién? la justicia. La patrona no ha dicho nada, pero es fácil que vengan aquí ahora mismo, y si lo encuentran á usted...

SINFOROSA.

Ah! (Abatida, dejando de leer.)

TADEO. (Con expresion de alegría.)

Oh!

JULIA.

Qué sucede?

BENITA.

Qué pasa?

TADEO.

Me he salvado.

SINFOROSA.

Me he perdido!

ALFREDO.

Señor don Tadeo; por vergonzoso que sea para mí, tengo que su-

plicarle á usted un favor del que depende mi vida acaso... Conozco que no tengo ningun título á su favor, pero sé tambien lo generoso de su corazon. Se trata de mi fuga: la autoridad me persigue, está en mi casa y si usted no me oculta soy perdido. Tiene usted mi suerte en sus manos... No se vengue usted, por Dios.

TADEO.

Miserable! los hombres honrados no se vengan jamás.

ALFREDO.

Ah! mil gracias...

TADEO.

Este edificio tiene una puerta falsa que dá á la calle de la Visitacion... Benita tiene la llave.

BENITA.

Y aquí casualmente.

TADEO.

Miguel le conducirá. Huya usted.

ALFREDO.

Quisiera encontrar frases bastante significativas...

TADEO.

Nada, ni una palabra solamente.

ALFREDO.

Ah! es usted ..

TADEO.

Sí, dirá usted que soy una fruta escasa, una moneda poco frecuente, un animal raro en este siglo; quiero decir un hombre de bien... El premio de este proceder, lo hallará en la comparacion que hará usted mismo entre su corazon y el mio. Vaya usted con Dios, y que él le guíe. (Alfredo saluda y vase.)

ESCENA ULTIMA.

DON TADEO, SINFOROSA, BENITA y JULIA.

SINFOROSA.

Don Tadeo, don Tadeo, es usted un hombre digno de admiracion. (Se deja caer.)

JULIA.

Ah! es usted un ángel!

TADEO.

Nada de eso. Soy un hombre que sabe que la única felicidad que hay en la tierra es la que resulta de un buen proceder. Doña Sinforosa, la noticia que me ha trasmitido Cantimplora, es falsa. Todo ha sido una mala inteligencia que se explica muy bien, si se atiende á que segun dice mi abogado, Cantimplora es sordo, y su escribiente tartamudo. Yo he ganado mi pleito, usted ha perdido el suyo. Sé que está usted atrasada, sé que debe usted sumas considerables; disponga usted como guste de mis intereses.

SINFOROSA.

Ah! Quisiera aceptar, consagrándole á usted en cambio un amor eterno, pero es imposible...

TADEO.

Por qué?

SINFOROSA.

Porque estoy envenenada!

TADEO.

Horror!

JULIA.

Cielos!

BENITA. (Ríe aparte.)

Já! Já!

TADEO.

Envenenada!

SINFOROSA.

Sí, envenenada... Me he tragado á Cascante...

TADEO.

Son fósforos! (Benita rie.)

SINFOROSA.

Sí, esa taza me ha servido de copa fatal...

TADEO. (Espantado.)

Esa taza? Animas benditas...

SINFOROSA.

Y cuándo he ido á envenenarme, santos cielos, cuándo y en qué situacion? ah!

JULIA.

Pero tal vez se pueda evitar...

TADEO.

Esa fábrica los produce muy activos, milagro será... (Apretándose el vientre.) Ay !

SINFOROSA.

Yo no quiero morir, amo la vida, porque soy jóven!...

JULIA.

Doña Sinforosa!

TADEO.

Sinforosa mia. Ay! (Benita rie.)

SINFOROSA.

Ay! pero las sienes me estallan... se me arde el estómago y... me muero... (Arranque.) Ah! *Gran Dio morir si giovine io che he penato tanto...*

TADEO.

Dios mio! se ha vuelto loca... Benita, Benita; dame una taza de ceite...

BENITA.

Pero calle usted...

JULIA.

Se muere...
(Doña Sinforosa tiene un ataque de nervios.)

BENITA.

Pero oiga usted, señora. Tranquilícese usted. Todo es mentira.

SINFOROSA. (Con interés.)

Cómo es eso?

BENITA.

Sí, verán ustedes... yo estaba.... pero si apenas puedo contener la risa...

TADEO.

Habla, habla.

BENITA.

Yo estaba escondida detrás del *portier* cuando usted echó los fósforos y al entrar usted en su cuarto salí del escondite, vacié la taza, y la llené otra vez para que usted no lo conociera.

JULIA.

Nos has salvado.

SINFOROSA.

Falso... Dónde está el té que has vertido? Yo no veo la mancha en la alfombra.

BENITA.

Si pudiera hablar la peluca de don Tadeo.

TADEO.

Pues, la peluca estaba caliente.

BENITA.

Sí, porque el té estaba hirviendo...

TADEO.

Verdad que está mojada. Yo creí que era mi sudor.

SINFOROSA.

Conque no me muero?

TADEO.

Conque yo idem idem? Gracias, Dios bondadoso.

SINFOROSA.

Tadeo!

TADEO.

Sinforosa! (Se abrazan.)

JULIA.

Sea enhorabuena, y con el permiso de ustedes me marcho al taller que es tarde...

BENITA.

Cuándo le da usted á esta los cinco mil duros?

TADEO.

Mañana.

JULIA.

No tengo prisa por el dinero; pero sí por tener noticias de mis padres.

TADEO.

Pues por media hora más... qué demonche! almuerce usted con nosotros.

SINFOROSA.

Tendré mucho gusto en ello.

TADEO.

Ea, pues vámonos al comedor.

SINFOROSA.

Espera olvidadizo!

TADEO.

Qué pretendes?

SINFOROSA.

Nada.

TADEO.

Nada!
entonces, á qué es? Gran Dios!
(Dándose una palmada en la frente.)
Para eso tanta monada?
Se pretende una palmada... (Al público.)

SINFOROSA. (Con enojo.)

Y á él por su olvido...

TADEO. (Interrumpiéndola y suplicando.)

Dos.

FIN.

Habiendo examinado esta comedia, no encuentro inconveniente en que su representacion sea autorizada. Madrid 27 de octubre de 1862.—El Censor, Antonio Ferrer del Rio.

CATÁLOGO

DE LOS SEÑORES

SALAS, HELGUERO Y GAZTAMBIDE

EDITORES.



PUNTOS DE VENTA.

EN MADRID.

Cuesta, Carretas 9.
Duran, Carrera de S. Gerónimo 8.
Moya y Plaza, Carretas 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Carmen 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los Sres. corresponsales del Centro general de administracion, ó por medio de carta franca, incluyendo su importe con sobre al «Centro general de administracion» S. Agustin, 12, 2.º derecha.

MADRID

CENTRO GENERAL DE ADMINISTRACION,
Calle de S. Agustin, 12, segundo.
1863.

Rs. vn.

AGUILAR Y SANCHEZ (J. M.)

El Matrimonio, tratado en que se examinan y juzgan las causas de sus sufrimientos y desgracias y se proponen los remedios conducentes: un tomo en 4.° de 124 páginas. 6

ALONSO Y RUBIO (F.)

Clínica tocológica, hechos de distocia observados en la práctica civil desde el año 1848 á 1862: un tomo en 4.° prolongado de 270 páginas. Precio en Madrid 16
Provincias. 20

Breves páginas dedicadas á la educacion moral de los hijos, un tomo en 4.° de 278 páginas. Precio en Madrid, 14 rs. en rústica, y 16 encartonado.
En provincias. . . . . 18 y 22

ALTADILL (A)

*La voz de España, loa en un acto. 4
Don Jaime el conquistador, drama histórico en tres actos.. 8

ALVAREZ (E.)

*La hija del regimiento, zarzuela en tres actos. 8
*La hija del pueblo, id. en dos. . 6
*Marta, id. en tres. 8
*La Reina Topacio, id. id.. . . . 8

ANDILLA (BARON DE) Y GERONIMO MORAN.

La dama blanca, zarzuela en tres actos. 8

ARNAO (A.)

*El dominó negro, zarzuela en tres actos. 8
*El cervecero de Preston, id. id. . 8

AUSET (A.)

Un problema de la vida, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

ALTOLAGUIRRE (M.A.)

El héroe de Anghera, drama histórico en dos actos. 6

BREMON (L.)

*Una emocion, zarzuela en un acto. 4

BUSTILLO (J.)

*El padre de mi mujer, juguete en en un acto 4

CAPMANY Y MONTPALAU (A.)

Efemérides ó Museo histórico, que comprende los principales sucesos de España y del extranjero, como asimismo toda la parte artística y monumental de los principales paises, dos tomos en 8.° prolongado, en Madrid. 38
En provincias. 42

DIANA (M. J.)

Un prisionero en el Riff. Memorias del Ayudante Alvarez, obra geográfica, descriptiva, de costumbres, y con un vocabulario del dialecto riffeño, segunda edicion, un tomo en 8.° prolongado de 336 páginas, en provincias. 10

DIAZ (J. M.)

Gabriela de Vergy, tragedia en 4 actos. 8

FERNANDEZ (P.)

*Juan sin pena, zarzuela en un acto 4

GARCIA (J. M.)

Las manos blandas, comedia en tres actos. 8
La Aldea de S. Lorenzo, melodrama en cuatro actos. 8
Una cueva de ladrones, juguete cómico en un acto. 4

GARCIA GONZALEZ. (M.)

Despues del baile, comedia en un acto. 4

GOMEZ TRIGO (G.)

Mentiras graves, comedia en tres actos. 8

Rs. vn.

HARTZENBUSCH (J. E.)

Cuentos y fábulas, 2.ª edicion corregida y aumentada, dos tomos en 12.º en Madrid. 12
En provincias. 14
El mal apóstol y el buen ladron, drama en cinco actos.. 8

HARTZENBUSCH (J. E.)
Y
CAYETANO ROSELL

El padre pródigo, comedia en cuatro actos. 8

LARRA (M.)

*La perla negra, zarzuela en tres. actos. 8

LIERN (RAFAEL M.)

Truquiflor de maridos, comedia en un acto 4
Un animal raro, comedia en un acto. 4

LOMBIA (J.)

Lo de arriba abajo, comedia en dos actos. 6
El sitio de Zaragoza, drama en cuatro actos.. 8
El teatro, su orígen, índole é importancia, un tomo en 4.º prolongado, en Madrid. 8
En provincias. 10

LOPEZ (F)

*Los cazadores en Africa, zarzuela en un acto. 4

MOSQUERA Y ALONSO (R.)

Manual de Anatomía práctica. Un tomo en 8.º prolongado.
Madrid. 19
Provincias. 22

MARTINEZ CUENDE (E.)
Y
JOSE M. LARREA.

*Por un inglés, zarzuela en un acto. 4
*El amor constipado, id. id. . . . 4

Rs. vn.

MORAN (G.)

*Fra Diávolo, zarzuela en tres actos. 8
*Los damas de la Camélia, zarzuela en un acto. 4

MOZO ROSALES (E.)

La grandeza de Alcorcon, comedia en un acto. 4
Marchar contra la corriente, id. en tres. 8

OLONA (L.)

*El secreto de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

ORTIZ DE PINEDO (M.)
Y
JOSE M. GARCIA.

Una heroina de Capellanes, comedia en tres actos. 8

PALACIO (M)

*D. Bucéfalo, zarzuela en tres actos. 8
*La vuelta de Columela, id. en id. 8
Funcion de desagravios que hace en obsequio de las Bellas Artes un acólito del templo de las letras, Folleto en 12.º 4

PEDROSA (F. MARTINEZ.)

*La red de flores, zarzuela en un acto. 4

PASTORFIDO (M)
Y
NARCISO SERRA.

Los monederos falsos, zarzuela en tres actos. 8
*Zampa, id. en id. 8

(PETÁNO Y MAZARIEGOS (G)

Viajes por Europa y América, precedidos de un prólogo por el Excmo. Sr. D. Patricio de la Escosura, un tomo en 8.º prolongado de 264 páginas, en Madrid. 8
En provincias. 10

Rs. vn.

PICON (J.)

*Anarquía conyugal, zarzuela en un acto. 4
*Memorias de un estudiante, zarzuela en tres actos. 8
*Entre la espada y la pared, idem en id. 8
*Un concierto casero, sainete lírico en un acto. 4
*La isla de San Balandran 4

PINA (M.)

Compromisos del no ver, zarzuela en un acto. 4
*El jóven Virginio, id. en id. . . 4
El niño, id. en id. 4
*El sordo, id. en dos actos. 6
*Enlace y desenlace, id. en id. . . 6
*Los peregrinos, id. en un acto. . 4
Carambola y palos, comedia en un acto. 4
Un trono y un desengaño, zarzuela en tres actos. 8
Aventuras de un jóven honesto, idem en 3 actos. 8
A Caza de divorcios, comedia en id. 8

RAMIREZ (J.)

La culebra en el pecho, drama en tres actos.. 8
El camino de la gloria, comedia en tres actos. 8
La Caja de Pandora, coleccion de estudios filosóficos, artísticos, literarios, político-satíricos, de costumbres y viajes, un tomo. . 19

RIVERA (L.)

A Rey muerto, zarzuela en un acto. 4
*Los piratas, zarzuela en tres actos 8
*Stradella, id. en id. 8

ROSELL (C.)

*El burlador burlado, zarzuela en tres actos. 8

Rs. vn.

RUIZ DEL CERRO (J.)

*Los mosqueteros de la Reina, zarzuela en tres actos. 8

RODRIGUEZ (A.)

*El nuevo Fígaro, zarzuela en tres actos. 8

SELGAS Y CARRASCO (J.)

Hojas sueltas, viajes lijeros al rededor de varios asuntos, un tomo en 8.º prolongado, en Madrid 8
En provincias. 9

SERRA (N.)

*La edad en la boca, zarzuela en un acto.. . . , ... 4
*Una historia en un meson, id. id. 4
*El loco de la guardilla, id. id.. . 4

SOBRADO (P. N. DE)

*El zuavo, zarzuela en un acto.. . 4
La playa de Algeciras, apropósito en un acto. 4
Escenas de campamento, id. id. . 4

TRIGUEROS (M.)

La toma de Tetuan, comedia en un acto. 4
El prestamista, comedia en un acto. 4

VEGA (R. DE LA)

*Frasquito, zarzuela en un acto. . 4
*Los dos primos, id. id. 4

VELASCO (R. DE)

*Por faltas y sobras, zarzuela en un acto 4

VILLANUEVA (J. JOAQUIN.)

*La franqueza, zarzuela en un acto 4

ZAMACOIS (N.)

*El firmante, zarzuela en un acto. 4

ZAMORA Y CABALLERO (E.)

Pobre importuno, proverbio en un acto. 4
No mateis al alcalde, juguete cómico en un acto. 4

ADVERTENCIA.

Todas las obras que llevan esta señal * al márgen, corresponde su música á esta administracion donde puede tambien pedirse.

PUNTOS DE VENTA EN MADRID.

Cuesta, calle de Carretas.
Durán, Carrera de san Géronimo.
Moya y Plaza. Carretas, 8.
Publicidad, Pasage de Matheu.
Lopez, Cármen, 29.

EN PROVINCIAS.

En casa de los comisionados del Centro General de Administracion.

ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

ARTISTAS
PARA LA HABANA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON RAFAEL MARIA LIERN

Y

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA,

CON MÚSICA DEL MAESTRO

DON FRANCISCO A. BARBIERI.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1877.

ARTISTAS PARA LA HABANA.

3

ARTISTAS PARA LA HABANA,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

ORIGINAL DE LOS SEÑORES

DON RAFAEL MARIA LIERN y Cerdá

Y

D. AUGUSTO E. MÁDAN Y GARCÍA,

CON MÚSICA DEL MAESTRO

D. FRANCISCO A. BARBIERI.

Estrenado con extraordinario éxito en el Teatro de la COMEDIA el dia 10 de Abril de 1877.

Pedro J. Villavante Mateu

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1877.

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA DOLORES...........	SRA. D.ª BALBINA VALVERDE.
LOLA.....................	SRTA. D.ª EMILIA BALLESTEROS.
JULIA....................	SOLEDAD MORERA.
CALAMARES.............	SR. D. GABRIEL CASTILLA.
DON ABDON..............	JOSÉ ALVERÁ.
DON SENEN..............	RICARDO GUERRA.
PEPE......................	GERARDO PEÑA.

La accion pasa en Madrid.—Época actual.

ACTO ÚNICO.

Salon de recibir visitas en una fonda. Una puerta al foro, dos á la derecha y dos á la izquierda. Sobre la primera puerta de la derecha un núm. 8, un 9 sobre la segunda, un 10 sobre la segunda de la izquierda, y un 12 sobre la 1.ª del mismo lado. Portiers en las cinco puertas. Dos veladores, sillas y butacas.

ESCENA PRIMERA.

PEPE solo.

Óyense sonar muchas campanillas.

Esto ya es mucho sonar.
Ya voy. (Gritando.) Acabe el estruendo.

ESCENA II.

PEPE, D. ABDON y D. SENEN.

ABDON. Pepe? (Asomando la cabeza por la puerta del 8.)
PEPE. Señor?
ABDON. Y las botas?
Y el chocolate?
PEPE. Corriendo.
(Desaparece D. Abdon y sale D. Senen por la puerta del 12.)

SENEN. Pepe, te has quedado sordo?
PEPE. No señor.
SENEN. Mira, lo siento.
PEPE. Ya tengo aquí el chocolate.
Mírelo usted.
(El chocolate está sobre una consola.)
SENEN. Lo que quiero
es... Calla!... Es darte una órden
importantísima.
(Cerciorado de que nadie los escucha.)
PEPE. Bueno!
SENEN. Hoy vendrán muchas señoras
de rechupete.
PEPE. Soberbio!
(Restregándose las manos.)
SENEN. Preguntando por don Pancho
Cuevitas... un caballero
de la Habana.
PEPE. Y yo les digo
que no le conozco...
SENEN. Necio!
Si ese don Pancho soy yo... (Sonrie.)
PEPE. Si usté es don Senen...
SENEN. Silencio!
Pancho es mi nombre de guerra.
PEPE. Ya.
SENEN. Lo entiendes?
PEPE. No lo entiendo.
SENEN. Ni hace falta. Un buen criado
ha de ser un instrumento
mecánico.
PEPE. Justo: mas
para que ande sin tropiezo
necesita que lo engrasen
á menudo. (Accion de dinero.)
SENEN. (Le da un duro.) Ten.
PEPE. (Mirando el duro.) Buen sebo!
SENEN. En cuanto lleguen señoras
que pasen aquí.
PEPE. Al momento.
SENEN. Mi chocolate?
(Queriendo coger el servicio.)

PEPE. (Esquivándose.) Es del ocho.
SENEN. Yo lo gasto de más precio.
Le tomo de á tres pesetas.
(Insistiendo en tomarlo.)
PEPE. Digo que es del caballero
del ocho.
SENEN. Sí? pues que espere
las de la noche, zopenco,
que éste me lo zampo yo.
(Coge la bandeja y siéntase junto á un velador, disponiéndose á tomar el chocolate.)
PEPE. (Don Abdon! que riñan ellos!)
(Sale D. Abdon con la cara llena de jabon y en la mano una navaja de afeitar. Trae ademas jabonera y brocha y lo deja todo sobre otro velador. Despues de su primera frase, Pepe le dice por medio de señas, que don Senen le ha quitado á la fuerza el servicio.)

ESCENA III.

PEPE, D. SENEN y D. ABDON.

ABDON. Con veinte mil de á caballo
vienen ó no viene ese cho?...
SENEN. (Estás fresco!) (Señas de Pepe.)
ABDON. (Por las señas de Pepe.) Cómo? El mio?
(Á D. Senen.) Está usted en un error.
Es mio ese chocolate. (Con mal modo.)
SENEN. Sí? Pues la equivocacion
ya no puede deshacerse!
Lo dicho. (Sorbiendo el chocolate.)
ABDON. Cómo que no?
SENEN. Le dejaré á usted las sobras.
ABDON. Sobre que me da aprension;
no tomo sobras de nadie!
SENEN. Hombre, por un sorbo ó dos!
ABDON. Escuche usted, don Senen! (Airado.)
SENEN. Óigame usted, don Abdon!
(Casi amenazándose. Pepe se pone por medio.)
PEPE. Haya paz. Traigo otra jícara
con urgencia... y se acabó.

ABDON. Con urgencia no, con leche.
PEPE. Con ambas cosas, señor. (Váse.)

ESCENA IV.

D. ABDON y D. SENEN.

SENEN. Mire usted que el geniecillo!...
ABDON. Pues mire usted que la accion!...
SENEN. Entre vecinos... En fin,
usted gusta?
ABDON. (Desentonado.) No señor.
SENEN. No? Pues aféitese usted. (Mal modo.)
ABDON. Por vida!... Me marcho.
SENEN. No!
que hemos de hablar de mujeres.
ABDON. Mujeres?
(Muy fuerte: esta frase detiene á D. Abdon.)
SENEN. Y de mi flor!
ABDON. Esa es mi cuerda sensible!
Hable usted, que oyendo estoy.
Me afeitaré mientras habla.
SENEN. Á guisa de introduccion
sentaré unos precedentes.
Un prefacio. (Sigue tomando el chocolate.)
ABDON. Muy veloz.
SENEN. Muy bien. Yo vivo en Getafe.
ABDON. Hombre, yo vivo en Chinchon.
(Está afeitándose; de vez en cuando se acerca al velador de D. Senen, que continúa tomando el chocolate.)
SENEN. Soy rico.
ABDON. Yo no soy pobre.
SENEN. Soy casado.
ABDON. Tambien yo.
SENEN. Muy calavera.
ABDON. Idem idem.
SENEN. Un don Juan.
ABDON. Un seductor.
SENEN. Me gustan muchas mujeres.
ABDON. Á mí todas. Soy atroz!
SENEN. Hombre! Yo quiero á la mia

con todo mi corazon.

ABDON. Y yo á la mia.

SENEN. Me alegro!
Pero á pesar de este ardor
me fastidia muchas veces...

ABDON. Para fastidiarme, yo!

SENEN. Pero cuando me fastidia
la dejo de sopeton
en el pueblo... y á Madrid,
buscando ambiente mejor.

ABDON. Un verde, como quien dice.

SENEN. Y al calcular que pasó
la tormenta, vuelvo al pueblo
y... hasta el otro chapárron.

ABDON. Somos idénticos.

SENEN. Sí?

ABDON. Vaya?
(Distraidamente mete la brocha en el chocolate do D. Senen.)

SENEN. Pero, hombre de Dios,
que ha metido usted la brocha
en mi chocolate!

ABDON. Horror!
No importa, como es con leche
y es tambien blanco el jabon...
Nada, un poco más clarito.
Sorba usted.

SENEN. Se concluyó.
(Aparta el servicio del chocolate.)

ABDON. Pues prosiga usted su cuento.

SENEN. Y siga el rasurador.
Yo me pirro por cenar
espléndidamente.

ABDON. Oh!

SENEN. Pero con muchachas.

ABDON. Claro!

ENEN. Para hallarlas *comm'il faut*
he discurrido la cosa
más buena!... Qué pillo soy!
Ví en esta *Correspondencia:*
(Enseñando un número de este periódico.)
«Coristas.—Gran ocasion.

»Las necesita Arderíus
»y las pagará mejor
»que otro empresario, con tal
»que llenen la condicion
»de tener un buen palmito,
»etcétera.» Y dije yo
—como soy tan perspicaz:—
Tate, dije, este bribon
quiere examinar muchachas
y elegir. Pues allá voy.
Y parodiando el sistema,
mire usted. (Enseña otra Correspondencia.)

ABDON. Qué admiracion!

SENEN. (Lee.) «Artistas para la Habana.
»Los contratos se hacen por...»

ABDON. En esta fonda.

SENEN. Cabales!

ABDON. El representante don...

SENEN. Pancho Cuevitas.

ABDON. Quién es?

SENEN. Este cura. (Aludiendo á sí mismo.)

ABDON. Tunanton!
Fingir nombre y apellido.
Es usted lo más atroz...

SENEN. Á la miel de este reclamo
vendrán niñas...

ABDON. Sí señor.

SENEN. Elegimos las mejores.

ABDON. Y damos una funcion
de cena y baile...

SENEN. Hasta allí.

ABDON. Pensamiento salvador!
Un abrazo. (Se abrazan.)

SENEN Y dos y veinte.
Y sin ofender á Dios,
regreso luégo á Getafe...

ABDON. Y yo regreso á Chinchon.
(Muy risueños y bailando de contento como dos chicos.)

SENEN. Me he comprado un traje blanco!

ABDON. Ayer me compré yo dos.

SENEN. Gracias, no los necesito.

ABDON. (Tal vez los emplee yo.)
(Con mucha intencion.)

ESCENA V.

DICHOS y PEPE, trayendo otro servicio de chocolate

PEPE. Otro chocolate.
ABDON. Venga.
PEPE. Acaban de presentarse
dos señoras que preguntan
por don Pancho.
SENEN. Sí? Que pasen.
Voy á vestirme. Entreténlas. (Á Pepe.)
Lo está usted viendo? Ya caen. (Váse.)
ABDON. Yo me retiro á mi cuarto!
Tengo un pensamiento grande!
Teniendo trajes de dril...
Vaya, puedo anticiparme.
Manos á la obra. Caro
te costará el chocolate.
(Amenazando á D. Senen, que entró por la puerta del 12. D. Abdon entra por la del 8. Pepe está en la puerta del foro.)

ESCENA VI.

PEPE, JULIA y DOÑA DOLORES.

JULIA. Se puede entrar?
DOLORES. Con permiso...
PEPE. Usted lo tiene. Adelante.
JULIA. Buenos dias, mamá, ven!
DOLORES. Beso á usted la mano.
JULIA. (Cállate,
que es el camarero.) Está
don Pancho?
PEPE. Sí, está afeitándose.
No puede tardar, porque
ya estaban descañonándole
cuando salí de su cuarto;
siéntese usted un instante. (Á Julia.)

DOLORES. (Ay, si Dios quiere, yo sí
que voy á descañonarle.)
PEPE. (Como bonita, es bonita.) (Váse.)

ESCENA VII.

DOÑA DOLORES, JULIA.

DOLORES. ¡Qué espejos! y qué sofases!
¡Debe tener mucho trigo
ese don Pancho!
JULIA. No en balde
es americano!
DOLORES. Ya.
JULIA. Por Dios, que no se le escape
á usted cuando esté don Pancho...
DOLORES. Decir que no soy tu madre?
No tengas cuidado, tonta.
Un renuncio yo? No es fácil.
Tengo yo mucha trastienda.
He logrado acostumbrarme
tanto al lucrativo oficio
de madre postiza!...
JULIA. Y sabe
usted que es cosa muy útil
en el teatro?
DOLORES. Para el arte,
tal como se encuentra hoy dia,
una mamá de mi clase
es un biombo necesario,
digo mal, indispensable.
Tú te presentas muy tímida
y con muy buenos modales,
que yo te haré la escritura.
JULIA. Es preciso que usted saque
todo el partido posible.
DOLORES. Sacaré todo el sacable.
En buenas manos está
el pandero. Esto te baste.
Cuarenta y dos años llevo
de teatro. Justos, cabales.
De bolerá entré en la Cruz

el año treinta y tres, y hace
tres que de característica
me jubilé en Capellanes;
y ya inútil para todo,
dije: pues me meto á madre.
Y he sido muy buena artista.
Me han obsequiado bastante.
Aun deben andar por casa
tres coronas colosales,
que me regaló ademas
de seis pañuelos de Flándes,
un ministro de Espartero
ántes de morir Linage.

JULIA. Hoy no regalan coronas
esos altos personajes.

DOLORES. Eran muy hombres de bien
los primeros liberales!
Tan sencillotes! Pensaban
nada más que en pronunciarse,
vestirse de milicianos
y recorrer esas calles
al son del himno de Riego,
levantar arcos triunfales
y aprender el ejercicio;
y al mismo tiempo ocupábanse
de hacer el bien de la patria,
mas con desdicha tan grande,
que al ir á hacernos felices
les sorprendía el desarme.

JULIA. Se mueve aquella *portiere* (1).

DOLORES. Será don Pancho?

JULIA. Sí, sale
un caballero...

DOLORES. Pues anda,
ponte modosita!

ABDON. (Calle!)
(Pareciéndole bien la cara de Julia.)
(¡Ay don Senen, qué carito
me pagas el chocolate!)

---

(1) Pronunciándolo como se escribe.

ESCENA VIII.

DICHAS y D. ABDON. Éste viene todo vestido de blanco, trae morena la cara, barba corrida negra y sombrero de jipijapa.

ABDON. (Debo estar hecho un cubano.
La niña es encantadora!)
Á los piés de usted, señora.
DOLORES. (Habla.)
JULIA. Beso á usted la mano.
ABDON. Qué me procura el honor?...
(Me gustan estas visitas.)
DOLORES. Dile lo que solicitas
y quién eres al señor.

MUSICA.

COPLAS.

I.

JULIA. Fuí modista, pero á poco
me cansé
de la máquina y de darle
con el pié.
Me hice sastra y aunque serlo
decidí,
solamente á pegar mangas
aprendí.

—

Cosiendo chalecos
me fué tal cual,
con los pantalones
me fué muy mal.
Dedales y agujas
por fin dejé,
y de coristilla
me contraté.
Lá, dó, mí, lá,
dó, mí, sol, dó,

hasta en la mano
me canto yo.

II.

Á pesar de haber dejado
de coser,
me ofrecieron pantalones
por do quier.
Pero yo les contestaba
con el no...
Ser cantante y no modista
quiero yo.

—

Al arte y la solfa
tal me entregué,
que á las dos semanas
ya daba el *ré*.
Al Conservatorio
despues me fuí,
y á los pocos dias
ya daba el *si*.
Lá, dó, mi, lá,
dó, mí, sol, dó.
Hoy lo mismo canto
que bailo yo.

HABLADO

ABDON. Canta usted con un primor...
JULIA. Mil gracias!...
ABDON. (Parecen listas!)
Ustedes serán artistas?
DOLORES. La niña, yo no señor.
Soy su mamá.
ABDON. Yo me alegro..,
DOLORES. Irse á la Habana quería
porque el teatro aquí en el dia
presenta un cariz muy negro.
ABDON. Y qué género cultiva
esta niña?

JULIA. La zarzuela.
DOLORES. Es el género... canela!
ABDON. Es el género que priva.
JULIA. Soy tiple.
DOLORES. Con una gola
que logrará mil laureles,
y que para hacer papeles
mi niña se pinta sola!
Que usted la habrá visto es llano,
si por los bufos anduvo,
pues con Arderíus estuvo
trabajando este verano.
ABDON. De tiple?
JULIA. (Yo estoy desecha!)
DOLORES. De tiple.
ABDON. Yo bien decía...
DOLORES. Siempre á la escena salía
entre las de la derecha.
ABDON. Ya, es corista! (Con cierto desaliento.)
JULIA. (Estuvo atroz.)
DOLORES. Canta colectivamente,
por eso precisamente,
porque tiene buena voz.
ABDON. Ya! En Arderíus son corales...
DOLORES. Las que su voz acreditan,
las que no la necesitan
son las tiples principales.
Para ser corista allí...
JULIA. Buenas formas lo primero.
DOLORES. Saber vestir con salero.
ABDON. Y música?
DOLORES. En dando el *sí*...
ABDON. Y á más teniendo ese gancho...
DOLORES. Ah, bribon!
ABDON. Y esas facciones!...
DOLORES. Qué ojos tan retunantones
tiene usted, señor don Pancho!
(Coqueteando con él. Julia baja los ojos hipócritamente.)
ABDON. Se ruboriza! (Por Julia.)
DOLORES. No importa.
ABDON. Sentiré causarla enojos.

Por qué baja usted los ojos?
DOLORES. El candor... Como es tan corta...
Vamos, álzalos.
JULIA. No quiero. (Dengosa.)
DOLORES. Qué estás mirando tan fija?
JULIA. Pues miraba la sortija
que lleva este caballero.
DOLORES. La sortija! Qué candor!
ABDON. (Qué inocentona es la niña!)
DOLORES. Vas á hacerme que te riña.
ABDON. Déjela usted.
DOLORES. No señor.
(Fingiéndose muy incomodada.)
Por tu mirada insinuante,
no conoces, imprudente,
que este señor, si es decente,
te ha de ofrecer el brillante?
ABDON. (Lo que adivino me asusta!)
DOLORES. Brindarlo el caso requiere.
JULIA. No lo quiero.
ABDON. Sí lo quiere...
JULIA. No me gusta.
DOLORES. Sí, te gusta.
JULIA. No señora, no lo quiero.
DOLORES. Otra grosería!
JULIA. Yo...
DOLORES. Vamos, hija mia, no
desprecies al caballero.
ABDON. Pues si le gusta, al instante
otra idéntica tendrá...
porque esta es de mi mamá.
(Con respeto é hipocresía.)
DOLORES. (Este tio es un tunante!)
ABDON. (Me he salvado!) Á la cuestion.
Qué sueldo ponemos?
DOLORES. Pues...
ABDON. Diez mil reales cada mes?
DOLORES. No está mal.
JULIA. (Qué abnegacion!)
ABDON. Y un beneficio.
JULIA. Bondad!
DOLORES. Si no mienten mis indicios,

por allá los beneficios
son con bandeja?

ABDON. Es verdad!

ESCENA IX.

DICHOS, D. SENEN.

SENEN. (Debo estar hecho, señores,
el cubano más legítimo!)

DOLORES. Calle, otro habano.

SENEN. Y muy puro.

ABDON. (Aquí se armó el laberinto!)

SENEN. Qué? Me ha suplantado usted?
Señoras!...

DOLORES. Para servirlo.

ABDON. No se incomoden ustedes...
Es mi secretario íntimo.

SENEN. Quién, yo?

ABDON. Domingo Manigua.
(Con cierto desprecio.)

DOLORES. Conque es el negro Domingo?

SENEN. (Por culpa de ese bribon
se me están burlando!)

ABDON. Chico,
extiende las escrituras.
Qué nombre ponemos?

DOLORES. (Á Julia.) Dilo.

JULIA. Me llamo Julia Grosella.

ABDON. Pues es un nombre muy lindo.

DOLORES. Y fresco para la Habana,
allí que están todos fritos!

SENEN. (Y si no, dígalo yo.)

ABDON. Venga la escritura.

SENEN. (Inícuo!)

ABDON. La escritura!

SENEN. No hay impresos.

ABDON. (Á que te rompo el bautismo?)

ESCENA X.

DICHOS y PEPE.

PEPE. (Á D. Abdon.) Señor, por usted pregunta
otra artista.

DOLORES. Ya adivino
quién puede ser. Voy por ella.

JULIA. Me abandona?
(Váse Doña Dolores por al foro.)

SENEN. (Vive Cristo!
que ha de costarle muy caro
ese proceder conmigo.)
(Entra en su cuarto.)

ESCENA XI.

JULIA, D. ABDON, PEPE.

ABDON. (Á Pepe.) Dí que pase. En ese cuarto
(Á Julia.) entre usted, se lo suplico,
miéntras que mi dependiente
extiende los compromisos.

JULIA. Con mucho gusto.

ABDON. Es aquel.
(Señalándolo. Julia entra en él.)
(Otro nuevo belencillo!)

ESCENA XII.

D. ABDON, DOÑA DOLORES, LOLA.

DOLORES. Da usted permiso?

ABDON. Adelante.

LOLA. Buenos dias.

DOLORES. Pasa, pasa
sin cumplimientos. Don Pancho,
le presento á usté esta alhaja.
Lola Perez, tiple cómica
é hija mia.

ABDON. Suya?

DOLORES. Vaya!
Esta es de otro matrimonio.
Hija de don Pedro Ibarra,
que se murió en Tarragona,
donde fué mayor de plaza.

LOLA. Pos ná, venimos á ver
si hacemos esa contrata.

ABDON. Usted será buena artista?

LOLA. Pos misté, las cosas claras,
porque yo soy encapaz
de engañar á naide.

ABDON. (Aguanta!)

LOLA. Y yo, vamos, que no sirvo
más que pa cosas de gracia.
De aquí tóo lo que usté quiera,
(Accion de canto flamenco.)
pero de aquí... Cá, ni agua!
(Accion de canto fino.)

ABDON. Justamente, lo de aquí
es lo que á mí más me agrada.

LOLA. Declamar... por lo mediano;
pero cojo la guitarra,
y... vamos, que doy el opio!

ABDON. Pues yo tambien sé tocarla.
Qué juergas habrá! Usted toca?
(Á Doña Dolores.)

DOLORES. ¡Ay, hijo mio del alma!
Yo jaleo nada más
desde hace tiempo.

ABDON. Caramba!
No importa. Pues, hija mia,
dése usted por contratada.
Primera tiple, verdad?
Y absoluta.

DOLORES. Vamos, habla!
Y dí la verdad clarita.

LOLA. Pos clarita voy á echarla.
Escuche usted, caballero:
como que yo no soy manca,
y como que soy muy franca
pa estas cosas de dinero;
como con usted me voy

y me da usted su parné,
le voy á decir á usté
lo que he sido y lo que soy,
sin cercunloquios, cabal.
En la edad de la inocencia
vendí *La Correspondencia*,
billetes y *El Imparcial*.
Y que me faltaban manos
pa vender, no sé por qué!
Ya de grandecita entré
de comparsa en Jovellanos.
Me protegió un señoron
por mor de una suripanta,
y pasé de figuranta
al teatro de don Simon,
que me obligó á debutar
al mes de estar armetida,
de merluza distinguida
del *Espíritu del Mar*.
Pero como cá cual tiene
su genio, vamos, me harté,
y á los bufos me pasé
pa hacer *El Siglo que viene*.

DOLORES. ¡Qué salero! Con él privas!

ABDON. Á mi ver, no es censurar,
hizo usted mal en dejar
los grandes bailes de Rivas.

LOLA. No hice mal.

ABDON. Es mi opinion!
Qué trajes!

LOLA. Sí.

ABDON. Son muy bellos!

LOLA. Mas qué abonados aquellos
y qué pegajosos son.
Aunque chille el maquinista
no dejan los bastidores,
pasando aquellos señores
con cada racion de vista!...
Y despues, señor don Pancho,
que hay peligro en trabajar.
Baja usted desde el telar
sujeta así por un gancho,

y aunque sea usted muy cauta,
y aunque vaya muy sujeta...
Y luégo hay que estarse quieta
lo mismito que una *estauta*!
No es que estén los muelles flojos
ni que vaya usté á caer.
Es que no dejan mover
los párpagos de los ojos.
Siempre está allí el diretor:
Quietas.—Sonreir.—Qué fué?—
Sonrisa!—Y ríase usté,
aunque tenga algun dolor.—
Quietas.—Ay, niñas!—Qué es esto!—
Arriba.—Ni respirar.—
—Que la voy á usté á multar!
—Que está el grupo descompuesto!
Sólo de pensarlo sudo!
Qué opresion! Usté ha sabido
si alguna vez se ha podido
aguantar un estornudo?
Pues sobre que estaba oculta
casi casi en una rama,
porque estornudé en el *Flama*
me sacaron una multa!

ABDON. Qué tiranía!

DOLORES. Horrorosa!
Un rigor hasta el exceso!

ABDON. Y usted se marchó por eso?

LOLA. Por eso y por otra cosa.
Yo andaba allí en un belen...
Ná, que tuve una *custion*
cierta vez con un *triton*
que era comparsa tambien.
Hacía yo de sardina.
Se me burló, y vamos, ná,
le largué una bofetá
que lo partí por la espina.

ABDON. Pobre anfibio!

DOLORES. Sí, pobrete.

LOLA. Pero despues me armitieron.

ABDON. De sardina?

LOLA. No, me dieron

el grado de salmonete.
Pero no lo disfruté...
porque en seguida, por ná...
le largué otra bofetá,
vamos, que lo desnudé!

DOLORES. Tiene un genio!...

LOLA. Y aficion!

ABDON. Y era pez el de la lucha?

LOLA. Que si era pez? Era un trucha,
pero hacía de triton.

ABDON. Cuestion de celos?

LOLA. Que sí.
Hoy ya ha subido á bólero!
Le quiero, y por eso quiero
largarme pronto de aquí.
Tiene otra mujer, y...

ABDON. Ya!

LOLA. Y si los cojo algun dia...

DOLORES. Ya sé yo quién llevaría
la tercera bofetá!

LOLA. Hoy, en fin, por mis aqueles
y uno que se ha interesado,
Arderíus me ha contratado
y hago muy buenos papeles.
Pero el amor me dá guerra...
andan las cosas muy mal
y no quiero que mi sal
se darrame en esta tierra.
Quiero ir á Cuba y tener
negros, jardines, brillantes,
trajes ricos y elegantes,
y la mar... Como ha de ser!
Y la mar he de traerme!
(Accion de dinero.)
Negros, no podrán venirse
porque van á desteñirse
con los sudores de verme.

ABDON. Pues cuanto quiera tendrá
y aun más si más es su intento.
Siéntese usted un momento.
Dominguito, ven acá!

ESCENA XIII.

DICHOS y D. SENEN.

SENEN. Estornuda cuanto quieras.
ABDON. Negrito, como te burles!..
Hay que hacer otra escritura.
SENEN. (Como no te la dibujen.)
DOLORES. Hola, Domingo, que tal?
SENEN. Señora, no me sulfure
ni gaste bromas conmigo.
DOLORES. Jesús, qué tipo más fúnebre!

ESCENA XIV.

DICHOS y PEPE.

PEPE. Señor, por usted preguntan.
DOLORES. Ay, voy á ver lo que ocurre. (Váse.)
ABDON. Que pasen.
PEPE. Voy al momento. (Váse.)
ABDON. Sírvase usted, y disimúleme
entrar en aquella sala. (Una de la derecha.)
LOLA. Con mucho gusto. (Entra.)
ABDON. Ya suben.
SENEN. (Yo voy á armar un escándalo.
No aguanto que más se burlen.)

ESCENA XV.

D. ABDON, DOÑA DOLORES y el BOLERO.

ABDON. Otro belen! Yo me rio!
DOLORES. Presento á usté á don Bautista
Calamares. Gran artista!
ABDON. Muy servidor...
DOLORES. É hijo mio.
ABDON. Otro?
DOLORES. Este fué del primero!
Hijo de don Pablo Leal,
un valeroso oficial

que se halló en el Trocadero.
Con permiso. (Váse por el foro.)

ABDON. Ya se fué.
Usted es artista?

CALAM. Sí.
Yo soy artista de aquí, (Actitud de baile.)
pa servir á su mersé.
(Quítase como por encanto el traje, quedando en uno ridículo de bolero antiguo.)

ESCENA XVI.

D. ABDON y CALAMARES.

MÚSICA.

BOLERO.

CALAM. Aquí viene un bolero
muy afligío.
(Un movimiento corto de baile.)
Soy el más desgraciaó
que ustés han visto.
Ya está usté viendo
que ahora mismo de pena
me estoy muriendo.
(Baila casi llorando.)
Y olé y olé.
Mi salía y un paseo
son chipé.
Y olé y olá;
venga á verme quien quisiere
la verdad.

II.

Hoy tunante el casero
me dió el recibo;
y que no tengo un cuarto
le he respondido.
Sin dos pesetas
me ha dejado la fuga

de Baldomera.
Y olé, y olé,
mi salía y mi paseo
son chipé.
Y olé y olá,
venga á verme quien quisiere
la verdad.

HABLADO.

ABDON. Baila usted de un modo clásico.
CALAM. Bailo la verdá... Un estilo...
Conque, diga usté, señó.
ABDON. Venga.
CALAM. Y con perdon sea dicho.
Es aquí dónde contratan
pá el gómito?
ABDON. Cómo?
CALAM. Digo
pá la Habana?
ABDON. Sí señor.
Qué, piensa usté en el suicidio?
CALAM. En cuanto en Cuba me dé
tierra firme mi destino,
me la bebo.
ABDON. Qué?
CALAM. Otra cuba
de aguardiente, y concluío.
ABDON. Está usted desesperado?
CALAM. Y hay para estarlo, padrino!
Mire usted, tengo más penas!
Escuche usted. Tengo un hijo
más hermoso que las flores
é Mayo... Cá... más bonito
entavía... En fin... yo soy
su propio daguerrotipo.
Pos er muchacho es bolero
como yo, no por lo fino,
por lo de aquí, que es lo puro.
Es un barbian, pero amigo,
dos perras de suripantas

camelan al chavaliyo
con fatigas, y armao
qué sé yo, la mar de líos,
y le han roto la escritura.
Er trabajaba en er Circo
de Arderíus, y ya ve usted,
hemos quedao perdíos;
de modo y manera que estoy
con er corazon más chico
que un torrao de las ferias.
(Llora haciendo dos pasos de baile.)

ABDON. (Cosa más rara! Es un tipo.)

CALAM. Se admira usted de que baile?
No hay más remedio. Es un vicio.
Yo me bailo hasta durmiendo.
De la casa de pupilos
me han despedido, porque
bailoteando dormío
rompía todas las sábanas
con rodillas y tobillos. (Aflígese.)

ABDON. Procure tranquilizarse.

CALAM. Ya me encuentro más tranquilo.

ABDON. Le contrataré al muchacho.

CALAM. Bien, pero y á mí...

ABDON. Lo mismo.

CALAM. Yo soy á más de bolero
tóo lo que se ha conocío!

ABDON. Si fuera tenor.

CALAM. Lo soy,
mas con er tiempo varío.
Soy tenor en primavera.

ABDON. En primavera?

CALAM. Barítono
desde que empieza er verano.

ABDON. Demonio!

CALAM. Lo dicho dicho.
Suelo ser bajo en otoño.

ABDON. Y siguiendo ese camino
será usted tiple en invierno?

CALAM. Eso nunca, señor mio!
Ya ve usted, soy un cantante
que tiene tres cuerdas.

ABDON. Digo!
CALAM. Y aun pienso tener la cuarta.
La adivina?
ABDON No adivino.
CALAM. La cuerda con que me ahorque
si usted me niega su auxilio.
ABDON. Lo tendrá.
CALAM. Gracias. Pues diga
para qué teatro firmo
mi escritura.
ABDON. Para el de
Tacon!
CALAM. Tacon? Jesucristo!
Teatro es ese que nunca
he llevao en los botitos. (Llora.)
ABDON. Pero no se aflija usted.
CALAM. Si tengo er pecho partío,
pero es por amor al arte,
señor... por eso me aflijo.
Yo mendigando contratas,
yo, señores, que me he visto
solicitao por tóos
los teatros conosíos!
Escuche usté aquí mi historia.
ABDON. Sin llorar.
CALAM. Ya estoy tranquilo.
Nasí en Jerés una vé
y vaya, que es la verdá
como se la cuento á usté.
Conque yo soy de Jeré
pa lo que guste mandá.
Mi infancia sin importancia
trascurrió; así estaba escrito.
Y á qué hablar con arrogancia
de la infancia, si en la infancia
era yo muy pequeñito?
Á mi madre oí desí,
y lo dise er pueblo entero
tachándolo de deslís,
que era mi sueño felis
ser lo qué fuí... Ser bolero.
El ensueño realicé

que absorbió todo mi afan,
y varios años pasé
haciendo *pa-de-buré*
matalaraña y *flinflan.*
Qué triunfos!... Gloria me dá
recordarlo, no es jactancia.
Aplausos gané y caudá
trabajando en Portugá
y en Inglaterra y en Francia.
Á los palacios mi gloria
me daba pase, sin vénia.
Yo he senao, no es faloria,
ná, con la reina Vitoria
y la emperatriz Eugenia.
Por estas, no son argusias
pa catanearlo á usté.
Con Bismarck tomé café
y er propio Sar de las Rusias
me ha jaleao. Chipé.
Así los tiempos se fueron
y siempre yo en popa iba,
hasta que al fin me partieron.
Yo morí cuando vinieron
los grandes bailes de Rivas.
Ay don Simon! no sé yo
como usté nos la diñó.
Vino el *Espíritu* aqué
y dió er género fransé
la castaña al españó.
Los boleros se acabaron
ó á cómicos se metieron.
Gracioso me hice y me asaron,
que hasta los perros ladraron
cuando declamar me oyeron.
No obstante, no desmayé,
pero aunque firme seguí
lleno de entusiasmo y fé,
el teatro por fin dejé
llevando el dolor aquí.
(Sin determinar el punto.)

ABDON. Dónde? Concrete la accion.

CALAM. Á un corazon tan sencillo

tratarlo sin compasion!
ABDON. Dolor en el corazon?
CALAM. No señor. en el tobillo.
Ante el recuerdo se irrita
mi mente y se desbarata.
ABDON. Que el dolor no se repita.
Y quién lo causó? Una grita?
CALAM. Qué una grita? Una patata.
Frutos gané inextinguibles
al servicio de las artes,
pues á los ecos terribles
de mi voz, por todas partes
llovían los comestibles.
He sido yo peluquero,
avisador, racionista,
guarda ropas, farolero,
comparsa, sastre, portero
y mozo del atrezzista.
Yo á los telares subí,
yo hasta los fosos bajé,
candilejas encendí,
y do quier que trabajé
me gritaron hasta allí.
En mi desdicha fatal
sólo á ser bolero aspiro.
Si usted no calma mi mal, (Bailando.)
me sepulto en el canal
ó me mato en el Retiro.
(Queda en actitud de baile.)

ESCENA XVII.

DICHOS y D. SENEN.

ABDON. Nada, quedará en seguida
nuestro asunto terminado.
Domingo? Domingo?
SENEN. Basta.
ABDON. Extiende al punto un contrato
para el señor Calamares.
SENEN. No quiero. (Desesperado ya.)

ABDON. Qué!
SENEN. Ya estoy harto
de aguantar impertinencias
y voy á armar un escándalo!
(Va llamando de puerta en puerta.)
Salga usted, doña Julita. (Derecha.)
ABDON. Qué va á hacer el mentecato?
SENEN. Y usted, señora merluza! (Izquierda.)
ABDON. Si le doy un latigazo...
SENEN. Y usted, mamá universal. (Foro.)
ABDON. Qué estás haciendo, muchacho?
SENEN. Y oiga usted, señor cangrejos.
CALAM. Calamares, so mulato!
SENEN. Es igual, todo es marisco. (Sofocado.)

ESCENA XVIII.

DICHOS, JULIA, LOLA y DOÑA DOLORES, que han salido un poco ántes.

CALAM. Le voy á largar dos palos.
LOLA. Quién me llama?
JULIA. Qué sucede?
SENEN. Que yo soy un hombre honrado,
que aborrezco las mentiras,
que el señor no es empresario,
y que á ustedes y al señor (Por Calamares.)
y á mí, nos está engañando.
ARTISTA. Cómo se entiende?
ABDON. No es cierto.
Es falso!
SENEN. Es verdad.
ABDON. Es falso!
SENEN. Doy mi palabra de honor.
LOLA. Ay! pos si llego á *avriguarlo*...
(Accion de dar una bofetada.)
DOLORES. Se me figura que usted
se lleva el tercer sopapo.
JULIA. Y yo le saco los ojos!
CALAM. Y yo... casi ná... lo mato!
(Haciendo un paso de baile.)

ESCENA XIX.

DICHOS y PEPE.

PEPE. Don Abdon? Qué gritería!
Á ver si vamos callando!
(Mucha voz. Silencio.)
ABDON. Qué es ello?
PEPE. Que por usted
preguntan.
ABDON. Y quién?
PEPE. Me ha dado
la persona que le espera
esta tarjeta. (Se la da.)
ABDON. Dios santo!
Mi mujer!
SENEN. El cielo es justo.
PEPE. Qué le digo?
ABDON. Yo me escapo!
DOLORES. Cómo?
ABDON. Mas...
DOLORES. De aquí no sale!
ABDON. Yo me voy!
CALAM. Atrás, paisano!
ABDON. Sálvese usted, don Senen!
SENEN. Si yo fuera un hombre malo...
ABDON. Pepe, entreténla un momento,
un poco, mientras me lavo.
Dile que no estoy en casa,
que vendré dentro de un rato.
En fin, lo que quieras.
PEPE. Bueno.
ABDON. Que yo te haré un buen regalo.
CALAM. Es inútil!
LOLA. Cá!
DOLORES. De aquí
no se pasa!
CALAM. Que no hay paso!
SENEN. Voy á salvarle!
(Deja caer muchos duros sobre una bandeja.)
ARTISTA. Qué es eso?

(Vuelven la cara como fascinados.)

ABDON. (Ese ardid me pone en salvo!) (Vase.)

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, ménos ABDON y PEPE.

CALAM. Llamaba usted?
(Poco á poco van acercándose hácia D. Senen.)
DOLORES. (Vas á armarte!) (Á Julia.)
LOLA. Es á mí segun paréce.
DOLORES. Jesús y cómo enternece
la voz divina del arte!
SENEN. Esto es para ustedes.
Calam. Qué?
Llorando estoy como un niño;
no por ná, por el cariño
que ya le he tomao á usté!
DOLORES. Y yo.
SENEN. No son mis deseos
de llorar... Pepe? (Sale éste.)
CALAM. Adelante.
(Alegrándose de repente.)
SENEN. Sirve un almuerzo abundante
con Champan y con Burdéos.
PEPE. Cinco cubiertos?
SENEN. Contar...
Cinco.
CALAM. Seis será mejor.
SENEN. Uno más?
CALAM. Para el señor, (Al público.)
á quien voy á convidár.
Es porque decirle quiero...
Ñada. En baile.
TODOS. En baile?
CALAM. Sí.
Quiero la gracia pedí
ar compás de mi bolero.
(Repite el bolero y en el estribillo bailan todos.)

MÚSICA.

CALAM. Naita mas una cosa
me apena el alma,
y es pensar que me nieguen
allí las palmas.
Muy afligío
por alegrarme un aplauso
no más te pido.
TODOS. Y olé, y olé.
Mi salía y mi paseo
son chipé,
y olé, olá
vengan palmas, vengan palmas
de verdá!

(Cae el telon.)

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, de *D. Alfonso Durán*, Carrera de San Jerónimo, de *D. Leocadio Lopez*, calle del Cármen; y de *Murillo*, calle de Alcalá.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LIRICO-DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.

EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS.

AURORA DE LIBERTAD,

APROPÓSITO PATRIÓTICO EN UN ACTO Y EN VERSO.

MADRID:
OFICINAS: PEZ, 40, 2.°
1868.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma,
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Articulo por articulo.
Aventuras imperiales.
Achaques matrimoniales.
Andarse por las ramas.
A pan y agua.
Al Africa.
Bonito viaje.
Boadicea, *drama heróico*
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes mal adquiridos.
Bien vengas mal si vienes solo.
Bondades y desventuras.
Corregir al que yerra
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empeñe un marido!
Con razon y sin razon.
Cómo se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres políticas
Contrastes.
Catilina.
Cárlos IX y los Hugonotes.
Carnioli
Candidito.
Caprichos del corazon.
Con canas y pollEando.
Culpa y castigo.
Crisis matrimonial.
Cristóbal Colon.
Corregir al que yerra.
Clementina.
Con la música á otra parte.
Cara y cruz.
Dos sobrinos contra un tio.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera
Dos artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa..
D. José, Pepe y Pepito.
Dos mirlos blancos.
Deudas de la honr
De la mano á la boca.
Doble emboscada.
El amor y la moda.
¡Está loca
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala
El niño perdido.
El querer y el rascar.
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el miriñaque.
¡Es una malva!
Echar por el atajo.
El clavo de los maridos.
El onceno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un ángel!
El 5 de agosto.
El escondido y la tapada
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judio.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey García.
El afan de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó, el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada dia.
El mestizo.
El diablo en Amberes.
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquesito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español en las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.
¡El autor! ¡El autor!
El enemigo en casa.
El último pichon.
El literato por fuerza.
El alma en un hilo.
El alcalde de Pedroñeras.
Egoismo y honradez.
El honor de la familia
El hijo del ahorcado.
El dinero.
El jorobado.
El Diablo.
El Arte de ser feliz.
El que no la corre antes..
El loco por fuerza.
El soplo del diablo.
El pastelero de Paris.
Furor parlamentario
Faltas juveniles.
Francisco Pizarro.
Fé en Dios.
Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.
Historia china.
Hacer cuenta sin la huéspeda.
Herencia de lágrimas.
Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Ilusiones de la vida.
Imperfecciones.
Intrigas de tocador.
Ilusiones de la vida
Jaime el Barbudo.
Juan Sin Tierra.
Juan sin Pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.
Los nerviosos.
Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los extasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La banda de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio
La gloria del arte.
La Gitanilla de Madrid
La Madre de San Fernando
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
La escuela de los perdidos.
La escala del poder.
Las cuatro estaciones.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria).
La calle de la Montera
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.

AURORA DE LIBERTAD.

4

AURORA DE LIBERTAD,

APROPÓSITO PATRIÓTICO

EN UN ACTO Y EN VERSO,

IMPROVISADO POR

RAFAEL M. LIERN. y Cerach

Estrenado en el teatro de Novedades de Madrid el 17 de Octubre de 1868, y en el Principal de Barcelona el 4 de los mismos.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSE RODRIGUEZ, CALVARIO, 18
1868.

PERSONAJES. ACTORES.

PERSONAJES	MADRID.	BARCELONA.	ZARAGOZA.
MARGARITA.	D.ª R. Tenorio.	D.ª E. Liron.	D.ª F. Diaz.
EL PUEBLO.	D. J. Ortiz.	D. J. Mata.	D. F. de P. Gomez.
PABLO.	Sr. Mora.	Sr. Escaneso.	Sr. Barta.
JOSÉ.	Benedí.	García.	Albalat.
NIÑO.	Arroyo.	Morera.	N. N.
NIÑA.	N. N.	N. N.	N. N.
JAIME.	Diez.	N. N.	Gonzalez.
LA REVOLUCION.	Cervi.	Buron.	Galvan.
UN EMIGRADO.	Guerra.	Liron.	N. N.

La Libertad, la Igualdad, la Fraternidad, la Saña, la Ambicion, el Pillaje, el Incendio, el Hambre, la Ley, la Justicia, etc., etc.

AL SEÑOR D. VICTOR BALAGUER.

En siete horas he escrito este apropósito. No se lo dedico á usted como obra literaria, sino como ligero producto de mi patriotismo. En Barcelona lo he escrito, y justo es, dada esta circunstancia, que el apropósito lleve al frente el nombre del primer poeta catalan, que es al mismo tiempo uno de los liberales más puros y decididos de la progresista Cataluña.

Sea la bondad de V. al aceptarle, tan grande, como grande es la honra que recibe al dedicárselo su afectísimo amigo y admirador

Rafael M. Liern.

ACTO ÚNICO.

Interior de una quinta. Decoracion pobre y corta. Puertas laterales y al foro.

ESCENA PRIMERA.

MARGARITA y JAIME; este aparece saliendo por la puerta derecha.

MARG. ¿Ha habido cartas?
JAIME. Ninguna.
MARG. ¡Qué ansiedad!
JAIME. Ya habrá noticias.
MARG. La Vírgen de las Mercedes
defienda de mal su vida.
¿Y los niños?
JAIME. Levantándose
deben estar.
MARG. ¡Prendas mias!
plantas á quienes la sombra
de su padre no cobija,
¿cómo han de crecer lozanas?
JAIME. Ya no está lejano el dia
en que su sombra les preste.
MARG. ¡Pobre Jaime! Tú deliras.
Sin duda tu buen deseo
tales ilusiones pinta.

Emigrado de su patria
allá en la Inglaterra fria,
en ella y en nuestros hijos
pensando, se mortifica;
falto de una libertad
que débil no solicita
puesto que quiso alcanzarla
en noble y abierta lidia.
Podrá mirar el poder
compasivo al que suspira (Ironía amarga.)
por la libertad sagrada?
Si fuera algun parricida,
algun ladron que robase
los goces de una familia,
tal vez pudiera volver
perdonado á la Península,
que asesinatos y robos
es lo más que hacer podia.
¿Pero á un liberal? ¡Quimera!
Ese liberal, si un dia
rodeado de otros tan buenos (Entusiasmo.)
da á la libertad un viva,
hundir podrá los poderes
y aniquilar la malicia,
y confundir á la estafa
y acabar con las intrigas,
y el poder no quiere eso;
por eso esa camarilla
Francia le da al liberal
y España al liberticida.

JAIME. Es verdad. (Abatido.)

NIÑO. (Dentro.) Jaime?

MARG. Los niños.

NIÑO. Éntranos pan en seguida.

MARG. Anda, Jaime, dales pan.

JAIME. (Confuso.) Voy, señora.

MARG. Date prisa.
¿Qué buscas? (Viendo que no se mueve.)

JAIME. Un mendruguito
que he cercenado á mi niña.
Es duro, no le querrán.

MARG. ¡Pobres hijos de mi vida!

JAIME. Ni hay para encender la lumbre, señora.

MARG. ¡Cuánta desdicha! ¿Y Pablo?

JAIME. Salió hace poco á empeñar una mantilla.

MARG. Última prenda que tengo. ¿Y mañana?

JAIME. La divina Providencia velará por nosotros.

MARG. ¡Que me asista!

NIÑO. (Dentro.) Mira que tenemos hambre.

MARG. Dame, lo entraré yo misma.

(Arrebata el pedazo de pan y váse por la puerta derecha.)

ESCENA II.

JAIME, á poco PABLO.

JAIME. ¡Una santa es mi señora! ¡Socorra el cielo sus cuitas!

PABLO. Mal va si los liberales no triunfan. Vamos, no sé...

(Pablo con acento aragonés muy marcado. Traje el del campo de Zaragoza.)

JAIME. Ah, Pablo!

PABLO. Sí, tome usté.

JAIME. (Descorazonado.) ¿Qué es esto?

PABLO. Catorce reales.

JAIME. ¡Ay qué poco! Me contrista el alma que se destroza.

PABLO. No habrá paz en Zaragoza mientras queden prestamistas.— ¡Un real por duro! ¡Ladron!

JAIME. Pronto nuevos horizontes...

PABLO. Entre ellos y polizontes ya está fresco el Aragon. (Con fuego.) No estará la España quieta mientras que la buena gente no queme públicamente

la policía secreta.
Ya tengo gana de ver
en pedazos como tirantes,
á esos fuelles vergonzantes
de la oreja del poder.
Más de cincuenta he de ahorcar
como se me ponga aquí.

JAIME. ¿Y qué dicen? Vamos, dí?

PABLO. Que esta noche se va á armar.
Pero con eso nos pagan
y á hacer esperar obligan;
Poco importa que lo digan,
lo que importa es que lo hagan.
Y no es porque tengan miedo ..
sino que...

JAIME. Si álguien te oyese...
Cállate.

PABLO. Si yo tuviese
un baturro en cada dedo! (Fuego.)

JAIME. Justifico tu arrogancia.
¿Y qué harias?

PABLO. Lo que usté;
ya estaria... quien yo sé
cenando en París de Francia.
Mas juro por esta cruz...—
Ah! se me habiá olvidado;
ahí fuera he visto un soldado
que me parece andaluz.

JAIME. ¿Y qué hacia?

PABLO. Qué? miraba
de un modo...

JAIME. Otro compromiso.

ESCENA III.

DICHOS y JOSÉ. Traje de licenciado. Pantalon blanco y chaqueta amarilla.

JOSE. Dan ustedes su permiso?

PABLO. (Ese es de quien yo le hablaba.)

JOSE. Á la paz de Dios, señores.
No vive aquí úna señora
que se llama... (Habla José con acento andaluz.)

JAIME. Diga usted.
JOSE. Ah! sí! ya recuerdo; doña
Margarita de Aguilar?
JAIME. Aquí vive.
JOSE. Sea en buen hora.
Y está en casa?
JAIME. Creo que sí.
JOSE. ¿Podrá verla mi persona?
JAIME. Quién es usted?
JOSE. Soy un moso
que... vamos, trae sus cosas.
Lisensiao, ya se vé,
soy Pepe y nasí en Carmona,
pero me crié en los puertos
entre mansaniya y mosas.
Conque vaya... (Habla al oido á Jaime.)
PABLO. (La fanfarria
de andaluz ya se le nota.)
JAIME. De veras?
JOSE. Por estas cruces.
Si está, vamos, que la importa
ver un papel que la traigo
firmao con sangre propia.
JAIME. Voy á llamarla. (Váse.)
PABLO. (El Gordito,
no haria tanto la mona.)
JOSE. En cuanto la pobre lea.
Que sarga esa cara e rosa...
(Volviéndose y por Pablo.)
Miá qué otra cara e perro.
Uy, qué facha más guasona.
(Quitándose un cigarrillo de la oreja.)
¿Me dasté lumbre, tocayo?
PABLO. Tome usted.
JOSE. Valiente gorra.
No tendrá usté mu caliente
la chichí...
JAIME. (Viene con sorna?)
JOSE. Usté debe ser faccioso.
(Da un salto hácia atrás Pablo.)
Como llevasté esa orla!
PABLO. Oiga usté; es este pañuelo

aragonés y á mucha honra, (Mucho calor.)
y en venas aragonesas
no corre sangre facciosa;
que si los baturros vieran
en sus hijos ni una gota,
á puñetazos harian
que la derramáran toda;
y yo sobre aragonés
soy hijo de Zaragoza,
donde hasta los monaguillos
son liberales...

JOSE. Si es broma.
Venga esa mano.

PABLO. Ni gana.

JOSE. Hagamos paces.

PABLO. ¡Zambomba!
(Quítase el pañuelo y lo tira al suelo.)
Coja usted ese pañuelo
con los dientes de la boca,
que es una reliquia santa
de la libertad preciosa!
Cójale usted.

ESCENA IV.

DICHOS, JAIME y MARGARITA.

JAIME. Militar,
aquí está ya la señora.

PABLO. (Pues lo que es yo no le cojo
si no lo besa y no llora.)

JOSE. Le traigo á usted esta carta.

MARG. Es su letra.

JAIME. ¡Qué zozobra!

MARG. ¡Es letra suya!

JAIME. De mi amo!

JOSE. Á qué viene esa congoja?
Ántes de que usted empiece
guárdese usted esa borsa.
(Da una que toma Jaime.)

MARG. Compra pan para mis hijos.

JAIME. De la Providencia es obra.

(Pónese Margarita á leer para sí con avidez.)
Se estaban muriendo de hambre.

JOSE. ¡Si no han dejao una mota!
En mandando moderaos
no hay en el mundo persona
que vea un duro. Es chipé! (Al aragonés.)

PABLO. No, no es chipé; es que es ladrona
toda la comparsa esa.
Del sudor de España toda
son los acaparadores,
y el almacen es la bolsa
de los que mandan.

JOSE. Chipé.

PABLO. ¡Que no es chipé!

JOSE. Dale bola.

PABLO. Es que son ladrones.

JOSE. Bueno,
son una espesie de bombas
que absorben toita la plata
de toitas las personas,
y hasen que bostese España
abriendo tanto de boca.

PABLO. Cuando ellos mandan no hay cólicos,
como sólo hay para sopa...

MARG. Noticia feliz!

JAIME. Se rie?
debe ser noticia gorda.
(Margarita los reune á todos y lee con entusiasmo.)

MARG. (Leyendo.) «Tranquiliza tu ansiedad;
»ya dejé la tierra extraña,
»y tierra pisé de España
»al grito de libertad.
»Nuestra gloriosa marina
»levanta pisados fueros.
»¡Honor á los herederos
»de Churruca y de Gravina,
»cuya gloria se conoce
»que circunda á estos valientes.
»Inspirando están sus frentes
»las brisas del año doce.
»Las grandezas españolas
»que manchaban negras brumas

»renacen de las espumas
»de las gaditanas olas;
»que al regar con majestad
»á España, y con heroismo
»la imprimen nuevo bautismo
»de honor y de libertad.
»¡Ojalá sean los que izan
»esta bandera de union
»tan puros cual puras son
»las aguas que los bautizan!
»La revolucion sin saña
»vuelta en sí de su desmayo,
»desde Cádiz, como un rayo,
»va á estenderse por España
»con anchas alas abiertas
»llenas de plumas altivas.
»Tal vez cuando esta recibas
»llamando estará á esas puertas.
»Abridlas de par en par,
»que pura va y meritoria
»sobre un pedestal de gloria
»nuestra patria á levantar.
»En ella los ojos fijos
»tened. La salud va en ello;
»pronto de mi amante cuello
»te colgarás con mis hijos,
»y entre aquel llanto que baña
»de amor á los corazones,
»gritarán nuestros pulmones
»con delirio... ¡Viva España!»

TODOS. ¡Viva!
MARG. ¡Hermoso corazon!
JAIME. ¿Qué es eso, llorais, señora?
MARG. ¿Que si lloro? Quién no llora
por el bien de su nacion?
¿No lloras mal que te cuadre?
Mas por llorar no me aflijo,
que es llanto alegre del hijo
que ve feliz á su madre.
Es llanto que da consuelo.
(Lloran todos.)
¡Que venga pronto ese rayo!

JOSE. (Á Pablo.) ¿Que usté no llora, tocayo?
PABLO. (Rehaciéndose.) Cuando coja ese pañuelo.
JOSE. Me está poniendo en un brete,
y alzándolo se alboroza
uno de la Zaragoza
que manda el señor Topete.
(Quítase la chaqueta amarilla dejando ver la de marino.)
PABLO. ¡Vírgen del Pilar! (Mucha vida en esta escena.)
JOSE. Paisano.
PABLO. Ya se acabó nuestra guerra,
no se incline usted á tierra.
Venga á mis brazos, hermano.
Amigos desde este dia.
Amistad. (Le da la mano.)
JOSE. La tengo presa.
La amistad aragonesa
honra mucho á Andalucía.
JAIME. Aún me estoy haciendo cruces.
MARG. Son bravos y son corteses.
JOSE. (Con entusiasmo.) ¡Vivan los aragoneses!
PABLO. ¡Que vivan los andaluces! (Se abrazan.)
MARG. Todos son de una nacion
á quien la virtud inflama.
(Óyese un trueno muy fuerte y á continuacion grandes aldabazos.)
¿Quién llama? Decid, quién llama.

ESCENA V.

DICHOS y la REVOLUCION.

REV. (Dentro.) Paso á la Revolucion.
Ved que no quiero aguardar
ni una pregunta sucinta.
MARG. Ved las puertas de la quinta
abiertas de par en par.
(Entra la Revolucion. Túnico corto y manto rojos. El pelo en greñas y culebras enroscadas. La tea incendiaria en la mano.)
REV. Abrirme, señora, luego

ha sido prudente hazaña.
Vengo á levantar á España
de grado, ó á sangre y fuego.
Cansado de padecer
en calabozo profundo,
hasta los ejes del mundo
me propongo conmover,
y verlo puedo volcado,
porque potente y furioso
soy el rugido espantoso
que lanza el pueblo irritado.
Arma que el cielo en su dia
le dió al pueblo á manos llenas
para romper las cadenas
de opresora tiranía.
Producto de la razon
y de exagerados yugos,
el pueblo, contra verdugos
tiene la revolucion.
Libre me presento aquí
para sembrar en la tierra
estrago exterminio y guerra.
¡Hola, los vicios á mí!

MUTACION.—CAVERNA.

ESCENA VI.

DICHOS y los personajes que marca el diálogo. Los hijos de MARGARITA rodean á su madre. El PUEBLO separado de los VICIOS. Su traje debe ser el más usual de cada poblacion en que se represente esta obrita.

REV. Llegad, secuaces, llegad,
y venid en torno mio.
Hora regeneradora
por los cóncavos vacios
del puro cielo de España
sonó ha un instante. Conmigo
venid, y piedra por piedra,
rompamos el edificio
que alzó con mengua de España

disfrazado despotismo,
tumba que á las libertades
robó su esplendente brillo.
Conmigo venid al punto.

PUEBLO. Yo no voy.

REV. Mancebo altivo,
quién eres que así respondes?

PUEBLO. Soy el Pueblo.

REV. Eres mi hijo
y habrás de seguirme.

PUEBLO. (Mucha dignidad.) Nunca.
¿Quiénes son esos esbirros
que te acompañan? Veamos.

REV. Todos los secuaces mios.
(Desembozan los mantos. Cada cual trae su nombre en el pecho.)
Hé aquí, el Saqueo, la Saña,
la Ambicion, el Exterminio,
la Inmoralidad, la Guerra,
el Asesinato inícuo,
el Pillaje y el Incendio,
y el Crímen, y el Latrocinio,
Tú sólo me faltas, Pueblo;
yo te llamo, ven conmigo.

PUEBLO. Es mucho el Pueblo español
para andar entre bandidos. (Calor.)

REV. Qué dices? Sígueme al punto.

PUEBLO. Piensa que aunque comedido
contesto á tales insultos,
pueden mis honrados bríos,
para humillarte, escupir
en ese tu rostro lívido
el veneno del agravio
que á mi honor has inferido.

REV. Eres orgulloso.

PUEBLO. Mi honra
derechos me da á ese título.

REV. Eres audaz.

PUEBLO. Puedo serlo,
pues el valor va conmigo.
Aparta. Temiendo estoy,
al mirarte en este sitio,

que emponzoñen tus alientos
la pureza de los míos.

REV. Blandiendo la roja tea
voy á seguir mi camino.

(El Pueblo sujeta á la Revolucion por un brazo, y la trae al proscenio.)

PUEBLO. Sigue el que te han señalado
en Cádiz, donde has nacido.
Yacias aherrojada,
y de libertad el grito
lanzado desde las naves
por nuestros bravos marinos,
te sacó de las mazmorras
donde te habian hundido
la ambicion y la impureza
de mis fieros enemigos.
Cruza España—te dijeron—
y entre sus valientes hijos
ve despertando virtudes,
repitiendo nuestro grito.
Hidra monstruosa, responde:
¿cómo el encargo has cumplido?
Rodeándote de esa turba
de crímenes y de vicios?
Huye de aquí; tu contacto
mi honor empañará limpio.
Los hijos de España son
guerreros, mas no asesinos.
Cuando vemos nuestros fueros
sacrosantos en peligro,
y la virtud humillada,
y el crímen enaltecido,
y la honradez escupida,
y respetado el cinismo,
frente á frente, en campo abierto,
con nobleza nos batimos,
vertiendo arroyos de sangre
que consagra el heroismo,
y abren las doradas puertas
de la mansion del Altísimo,
do se ungen las blancas sienes
de los mártires políticos. (Entusiasmo.)

Y bravos en la pelea,
y audaces en el bullicio,
y esforzados en el riesgo,
y honrados siempre y altivos
somos los hijos de España,
del honor espejos limpios,
generosos si vencemos
y arrogantes si vencidos,
despreciando libertades
á ese precio envilecido,
que el pueblo que no es honrado,
el pueblo que adora el vicio,
ni puede llamarse rey,
ni de libertad es digno.
(Dando mucho valor á esta frase.)

REV. Tú juzgas por tí.

PUEBLO. Por todos.

REV. Esos escuálidos niños
tienen hambre. Dales pan.
(Les da su pan el Pillaje.)

PILLAJE. Tomad, tomad, hijos mios.

NIÑO. ¿Quién eres?

PILLAJE. Soy el Pillaje.

NIÑO. (Rechazando el pan.)
Morir de hambre preferimos,
lo entendeis? Porque robado
es malo hasta el pan bendito.

REV. Tomad vos joyas, señora.

MARG. Tengo una de mucho brillo:
el santo amor á mi patria.

REV. (Á José.)
Toma tú.

JOSE. Yo soy muy rico.

REV. Pues qué eres?

JOSE. Soy liberal,
y ademas de eso, marino,
y el señor don Juan Topete
me tiene mucho cariño.
Pa qué quiero más riqueza?

REV. ¿Y tú, anciano? Á tí te digo.

PABLO. Soy aragonés. Silencio. (Porque insiste.)
Gano, no robo.

PUEBLO. (Gozoso.) Has oido?
Huye de aquí, miserable.
REV. Su virtud me ha confundido.
(Transicion.)
Honrada quiero vencer.
Si te honro, ¿serás mi amigo?
PUEBLO. Te daré gustoso toda
la sangre del pecho mio.
REV. Salpicad, olas de Cádiz,
este semblante amarillo,
y en mi frente, aun no manchada,
confirmad vuestro bautismo.
Huyan de mí la ambicion
y el asesinato inícuo,
y el pillaje y el incendio,
y el robo y el exterminio,
y den plaza á las virtudes
esos repugnantes vicios.
(Huyen despavoridos los crímenes.)
PUEBLO. Ven á mis brazos. Yo te amo,
voy á caminar contigo,
y tu poder y mi fuerza
lograrán el bien perdido.
La Revolucion con honra.
¡Este es de España el delirio!
(Toca la orquesta, muy piano, el himno de Riego.)
REV. ¿Qué es eso?
PUEBLO. Que en el Oriente
de nuevo se pinta el brillo
de la libertad sagrada,
de mis españoles ídolo.
Viva España!
TODOS. Viva, viva!
PUEBLO. Mira de la dicha el símbolo!

APOTEOSIS.

Gloria. Formando grupo la Libertad, el Triunfo, la Ley, la Justicia, la Igualdad, la Fraternidad y otras virtudes. La Marina, el Ejército, etc., etc.—Al pié del grupo, el Emigrado con una bandera nacional.

NIÑO. Es mi padre!

MARC. Sí, tu padre.
NIÑO. Padre, ven.
MARC. ¡Esposo mio!
(Se agrupan y abrazan.)
EMIG. Dadme los brazos. Ya veo
lo que por mí habeis sufrido.
Hambre teneis y miseria,
y todo ¿por qué delito?
Por ser sangre de las venas
de un liberal decidido.
Tigre del bien de mi España,
miserable despotismo,
malo es robar á los hombres...
¡pero robar á los niños!
Yo ganaré pan honrado
bajo este glorioso símbolo.
PUEBLO. Á cuya sombra, este pueblo
enaltecerá á tus hijos.
EMIG. (Con bravura.)
Tú eres rey. La patria mia
con tu majestad asombras,
y huyen ante tí las sombras
de la negra tiranía.
De la mar el agua fria
há poco la hizo brotar;
(Por la bandera.)
tú la sabrás conservar
sin que sus timbres rebajes,
tan limpia cual los encajes
de las olas de la mar. (Le da la bandera.)
PUEBLO. Venga ese signo glorioso
que humilló el poder inmundo;
á enseñarle voy al mundo
con mi brazo poderoso.
Inmaculado y hermoso
con el honor se acompaña,
y esas luces con que baña
su majestad vencedora,
son las que anuncian la aurora
de la libertad de España.
Viva España!
TODOS. Viva, viva!

PUEBLO. Viva este glorioso símbolo!
TODOS. Viva!
PABLO. ¡Que viva Espartero! (Vivas.)
PUEBLO. De España es lucero limpio.
PABLO. No hay que olvidarlo, no sea
todo para los marinos.
PUEBLO. (Se rodea de todos.)
Por la libertad luchemos,
y ardiendo en patriotismo,
si viéramos nuestros fueros
sacrosantos en peligro,
y la honradez escupida,
y el crímen enaltecido,
y la virtud humillada,
y respetado el cinismo,
arroyos demos de sangre,
que en la mansion del Altísimo
con laureles se corona
á los mártires políticos;
y bravos en la pelea,
y audaces en el bullicio,
y esforzados en el riesgo,
y honrados siempre y altivos,
rechacemos libertades
á precios envilecidos,
que el pueblo que no es honrado,
el pueblo que adora el vicio,
ni puede llamarse rey,
ni de libertad es digno.
EMIG. Los brazos, querido hermano!
PUEBLO. Tu llanto mi rostro baña.
Viva España!
TODOS. Viva España!
PUEBLO. Viva el pueblo soberano!
(Se repiten los vivas. Alúmbrase la escena con bengalas, y suena el himno de Riego á toda orquesta. Agrúpanse bajo la bandera nacional.)

FIN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

EN UN ACTO.

Una coincidencia alfabética.
Un animal raro.
Lo que le falta á mi marido.
Al borde del precipicio.
Dos y tres... dos.
Aurora de la libertad.

EN DOS ACTOS.

Una conversion en diez minutos.
Un liberal como hay muchos.

EN TRES ACTOS.

La Almoneda del diablo.
La paloma azul.
La espada de Satanás.
El laurel de plata.
La azucena del prado, zarzuela [1].

PIEZAS BILINGÜES.

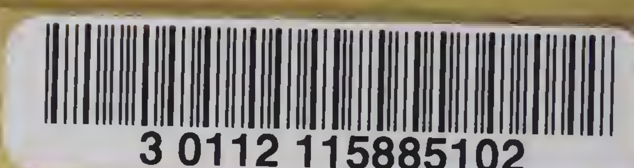
De femater á lacayo.
Les elecsions d'un poblet.
Un rato en l'hort del Santissim.
En les festes d'un carrer.
La mona de Pascua.
La flor del cami del Grau.
La toma de Tetuan; [2] zarzuela.
Dos pichones del Turia, [3] zarzuela.
La cotorra d'Alacuas.
Telémaco en l'Albufera, parodia.
Una broma de Sabó.
Una paella.

1 Música de D. Joaquin Miró.
2 Id. Id.
3 Música de D. F. A. Barbieri.

La segunda cenicienta.
La peor cuña.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
Las sisas de mi mujer.
Llueven hijos.
Las dos madres.
La hija del Rey René.
Los extremos.
La frutera de Murillo.
La cantinera.
La venganza de Catana.
La marquesita.
La novela de la vida.
La torre de Garan.
La nave sin piloto.
Los amigos.
La judía en el campamento, ó glorias de Africa.
Los criados.
Los caballeros de la niebla.
La escala de matrimonio.
La torre de Babel.
La caza del gallo.
La desobediencia.
La buena alhaja.
La niña mimada.
Los maridos (refundida.)
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbano.
Marta y María.
Madrid en 1818.
Madrid á vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.
Mártires de Polonia.
Mai ta!! ó la Emparedada.
Miserias de aldea.
Mi mujer y el primo.
Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hombre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.
No lo quiero saber.
Nativa.
Olimpia.
Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el desagravio del Cid.
Por la puerta del jardin.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista de Ronda.
Por una pension.
Para dos perdices, dos.
Préstamos sobre la honra
Para mentir las mujeres.
¡Que convido al Coronel!...
Quien mucho abarca.
¡Que suerte la mia!
¿Quién es el autor?
¿Quién es el padre?
Rebeca.
Rival y amigo.
Rosita.
Su imágen.
Se salvó el honor.
Santo y peana.
San Isidro (*Patron de Madrid.*)
Sueños de amor y ambicion.
Sin prueba plena.
Sobresaltos de un marido.
Si la mula fuera buena.
Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Tod unos.
Torbellino.
Un amor á la moda.
Una conjuracion femenina.
Un dómine como hay pocos
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco.
Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retratro á quemaropa
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de córte.
Una falta.
Un paje y un caballero
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!
Un marido cogido por los cabellos.
Un estudiante novel.
Un hombre del siglo.
Un viejo pollo.
Ver y no ver.
Zamarrilla, ó los bandidos de la Serrania de Ronda.

ZARZUELAS.

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas feo.
Ardides y cuchilladas
Clavcyina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céfiro y Flora.
D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde proveedor.
Don Pascual.
El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El calesero y la maja.
El perro del hortelano.
En ceuta y en Marruecos.
El leon en la ratonera.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico.)
El Postillon de la Rioja (*Música.*)
El vizconde de Letorieres.
El mundo á escape.
El capitan español.
El corneta
El hombre feliz.
El caballo blanco.
El colegial.
El último mono.
El primer vuelo de un pollo
Entre Pinto y Valdemoro.
El magnetismo... ¡animal!
El califa de la calle Mayor.
En las astas del toro.
El mundo nuevo.
El hijo de D. José.
Entre mi mujer y el primo.
El noveno mandamiento.
El juicio final.
El gorro negro.
El hijo del Lavapies.
El amor por los cabellos.
El mudo.
El Paraiso en Madrid.
El elixir de amor.
El sueño del pescador.
Giralda.
Harry el Diablo.
Juan Lanas. (*Música.*)
Jacinto.
La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro omnibus.
Las bodas de Juanita. (*Música.*)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estátua encantada.
Los jardines del Buen retiro.
Loco de amor y en la córte.
La venta encantada.
La loca de amor, ó las prisiones de Edimburgo.
La Jardinera. (*Música.*)
La toma de Tetuan.
La cruz del valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Lo herederos.
La pupila.
Los pecados capitales.
La gitanilla.
La artista.
La casa roja.
Los piratas.
La señora del sombrero.
La mina de oro.
Mateo y Matea.
Moreto. (*Música.*)
Matilde y Malek-Adhel.
Nadie se muere hasta que Dios quiere.
Nadie toque á la Reina.
Pedro y Catalina.
Por sorpresa.
Por amor al prójimo.
Peluquero y marqués.
Pablo y Virginia.
Retrato y original.
Tal para cual.
Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.
Un marido por apuesta.
Un quinto y un sustituto.



PUNTOS DE VENTA Y COMISIONADOS PRINCIPALES.

PROVINCIAS.

Albacete.	S. Ruiz.
Alcalá de Henares.	Z. Bermejo.
Alcoy.	J. Martí.
Algeciras.	R. Muro.
Alicante.	Viuda de Ibarra.
Almagro	A. Vicente Perez.
Almería.	M. Alvarez.
Andújar.	D. Caracuel.
Antequera.	J. A. de Palma.
Aranjuez.	D. Santisteban.
Avila.	S. Lopez.
Aviles.	M. Roman Alvarez.
Badajoz.	F. Coronado.
Baeza.	J. R. Segura.
Barbastro.	G. Corrales.
Barcelona.	A. Saavedra, Viuda de Bartumeus y I Cerdá.
Bejar.	P. Lopez Coron.
Bilbao.	E. Delmas.
Búrgos.	T. Arnaiz y A. Hervias.
Cabra.	B. Montoya.
Cáceres.	J. Valiente.
Cádiz.	V. Morillas y Compañia.
Calatayud.	F. Molina.
Canarias.	F. Maria Poggi, de *Santa Cruz de Tenerife.*
Carmona.	J. M. Eguiluz.
Carolina.	E. Torres,
Cartagena.	J. Pedreño.
Castellon.	J. M. de Soto.
Castrourdiales.	L. Ocharán.
Ceuta.	M. Garcia de la Torre.
Ciudad-Real.	P. Acosta.
Córdoba.	M. Muñoz, F. Lozano y M Garcia Lovera.
Coruña.	J. Lago.
Cuenca.	M. Mariana.
Ecija.	J. Giuli.
Ferrol.	N. Taxonera.
Figueras.	M. Alegret.
Gerona.	F. Dorca.
Gijon.	Crespo y Cruz.
Granada.	J. M. Fuensalida y J. M. Zamora.
Guadalajara.	R. Oñana.
Habana.	M. Lopez y Compañia.
Haro.	P Quintana.
Huelva.	J. P. Osorno:
Huesca.	R. Guillen.
Irun.	R. Martinez.
Játiva.	J. Perez Fluixá.
Jerez.	F. Alvarez de *Sevilla.*
Las Palmas (Canarias)	J. Urquia.
Leon	Miñon Hermano.
Lérida.	J. Sol é hijo.
Linares.	R. Carrasco.
Logroño.	P. Brieba.
Lorca	A. Gomez.
Lucena.	J. B. Cabeza.
Lugo.	Viuda de Pujol.
Mahon.	P. Vinent.
Málaga.	J. G. Taboadela y F. de Moya
Manila (Filipinas).	A. Olona.
Mataró.	N. Clavell.
Mondoñedo.	Viuda de Delgado.
Montilla.	D. Santolalla.
Murcia.	T. Guerra y Herederos de Andrion.
Ocaña.	V. Calvillo.
Orense.	J. Ramon Perez.
Orihuela.	J. Martinez Alvarez.
Osuna.	V. Montero.
Oviedo.	J. Martinez.
Palencia.	Hijos de Gutierrez.
Palma de Mallorca.	P. J. Gelabert,
Pamplona.	J. Rios Barrena.
Pontevedra.	J. Buceta Solla y Comp.
Priego (Córdoba.)	J. de la Gámara.
Puerto de Sta. Maria.	J. Valderrama.
Puerto-Rico	J. Mestre, de *Mayagüez.*
Requena.	C. Garcia.
Reus.	J. Prins.
Rioseco.	M. Prádanos.
Ronda.	Viuda de Gutierrez,
Salamanca.	R. Huebra.
San Fernando.	R. Martinez.
S. Ildefonso (La Granja)	J. Aldrete.
Sanlúcar.	I. de Oña.
San Sebastian.	A. Garralda
S. Lorenzo. (Escorial.)	S. Herrero.
Santander.	C. Medina y F. Hernandez.
Santiago.	B. Escribano.
Segovia.	L. M. Salcedo.
Sevilla.	F. Alvarez y Comp.
Soria.	F. Perez Rioja.
Talavera de la Reina.	A. Sanchez de Castro.
Tarazona de Aragon.	P. Veraton.
Tarragona.	F Font.
Teruel.	F. Baquedano.
Toledo.	J. Hernandez.
Toro.	L. Poblacion.
Trujillo.	A. Herranz.
Tudela.	M. Izalzu.
Tuy.	M. Martinez de la Cruz
Ubeda.	T. Perez.
Valencia.	I. Garcia, F. Navarro y J. Mariana y Sanz.
Valladolid.	D. Jover y H. de Rodrigz.
Vich.	Soler, Hermanos.
Vigo.	M. Fernandez Dios.
Villanueva y Geltrú.	L. Creus.
Vitoria.	A Juan.
Zafra.	A. Oguet.
Zamora.	V. Fuertes.
Zaragoza.	L. Ducassi, J. Comin y Comp. y V. de Heredia.

MADRID.

Librerias de la Viuda é Hijos de Cuesta, y de Moya y Plaza, calle de Carretas; de A. Duran, Carrera de San Gerónimo; de L. Lopez, calle del Cármen, y de M. Escribano, calle del Príncipe.